

Bianca™

Un hombre indómito

Miranda Lee

Un hombre indómito
Miranda Lee

UN HOMBRE INDÓMITO, N.º 2075 - mayo 2011
Título original: Not a Marrying Man

Argumento:

Al multimillonario Warwick Kincaid le gustaba correr riesgos, siempre que no le hablaran de matrimonio e hijos. Y el máximo tiempo que estaba con una mujer eran doce meses.

Warwick le pidió a Amber Roberts que se fuera a vivir con él al lujoso piso que tenía en Sidney, y ella se atrevió a soñar con que cambiara… Pero después de diez meses juntos, Warwick empezó a comportarse de forma fría y distante. Y ella se preguntó si se habría acabado el plazo de estar con él…

Prólogo

Extractos del diario de Amber Roberts durante el mes de septiembre de sus veinticinco años

Martes

¡Qué día tan agotador! Al llegar al trabajo he descubierto que habían vendido el hotel y que el nuevo dueño pasaría a visitarlo a media mañana. Es un hombre de negocios británico, llamado Warwick Kincaid. Según Jill, es un empresario conocido por estar metido en muchas cosas y por no quedarse con ninguna durante demasiado tiempo y esto, tanto con las mujeres como con los negocios. No tengo ni idea de cómo sabe Jill todo eso, supongo que porque es adicta a las revistas de cotilleos. Como es natural, se ha armado un lío tremendo, ya que todo el mundo se pregunta qué va a pasar con los puestos de trabajo. Yo no estoy demasiado apegada al mío, pero tampoco quiero perderlo en estos momentos. Es difícil ahorrar para comprar una casa sin tener un sueldo. De todos modos, al final Warwick Kincaid no ha aparecido. Nos han dicho que estaba demasiado ocupado. No estoy segura de si es una buena o una mala noticia. Se supone que va a venir mañana.

Miércoles

Bueno, en esta ocasión, sí que ha venido. Y ojalá no lo hubiese hecho. ¿Qué puedo decir de él? Que es tal y como me lo imaginaba, pero más joven. Debe de rondar los cuarenta. También es el hombre más guapo que he conocido. No podía dejar de mirarlo. Y se ha dado cuenta, cómo no. Y me ha mirado también. Nunca me había ruborizado tanto en toda mi vida. Va a volver mañana a hablar con toda la plantilla, de uno en uno, para intentar averiguar por qué un hotel con tanta clase no está generando beneficios. Ésas son sus palabras, no las mías. Cuando se ha ido, Jill me ha dicho que le había gustado y que tuviese cuidado. Yo me he echado a reír y le he contestado que no sea tonta, que estoy enamorada de Cory y que ningún hombre, por alto, moreno y guapo, o rico, que sea, tiene nada que hacer conmigo. Pero esta noche ha venido a buscarme Cory y he echado de menos el cosquilleo en el estómago que había sentido al ver a Warwick Kincaid. Luego, me he alegrado de que Cory tuviese prisa por marcharse a su casa. Aunque parezca una locura, conocer a Warwick Kincaid me ha hecho preguntarme si de verdad estoy enamorada de Cory. Tal vez sólo esté enamorada de la idea de casarme y tener mi casa y mi familia, como siempre he querido. Eso ya es preocupante. Como también lo es haber

estado dándole vueltas a qué me voy a poner mañana. Me da la sensación de que esta noche no voy a dormir demasiado bien, pero tengo que hacerlo si quiero estar guapa mañana por la mañana. Oh, Dios mío, ¿cómo he podido pensar eso? Quizás fuese mejor que no durmiese. Ahora tengo que acabar. Tengo que hacerme las uñas y ponerme una mascarilla en el pelo.

Jueves

Casi me da miedo escribir lo que ha ocurrido hoy. Porque, si lo hago, será todavía más real, más importante y más inquietante. Aunque, en realidad, no ha pasado nada. Quiero decir, que no ha intentado flirtear conmigo ni nada parecido. Sólo me ha hablado acerca del hotel, como a todo el mundo. Ha parecido gustarle mi sugerencia de que el hotel necesitaba más servicios, como un gimnasio y un restaurante. O al menos un bar en el que los clientes puedan relajarse y tomar algo. En apariencia, ha sido una entrevista profesional, pero no ha dejado de mirarme a los ojos ni un instante. Y lo increíble no ha sido sólo el modo en que me miraba. Había algo más. Sé que no es sólo una sensación mía. No ha sido mi imaginación. Había algo entre nosotros. Una carga eléctrica, excitante y enervante al mismo tiempo. Cuando hemos terminado de hablar y he tenido que levantarme, me temblaban las piernas. He conseguido salir del despacho y volver a recepción, donde me he dejado caer en mi silla. Me he sentido débil. Todavía me siento así al pensarlo. Llevo toda la noche dándole vueltas al tema. ¿Cómo voy a comprometerme con Cory si sé que no lo amo? Quiero decir, que ¿cómo voy a amarlo si deseo acostarme con otro hombre? Porque así es. Quiero tener sexo con Warwick Kincaid. No puedo creerme que lo haya admitido, pero ¿qué sentido tiene escribir un diario si mientes? Así que, sí, quiero acostarme con Warwick Kincaid. Aunque eso no es amor, ¿no? Es sólo deseo. ¿Se puede estar enamorada de un hombre y desear a otro? Tal vez sí. ¿Yo qué sé? Es la primera vez que me siento así. Lo que tengo que hacer es hablar con alguien del tema, pero no con mis amigas. Todas se ponen muy tontas cuando hablamos del sexo contrario. Con mamá tampoco puedo hablar de ello. Se moriría del susto. Piensa que soy una buena chica. Yo también lo pensaba, hasta hoy. Tal vez hable con tía Kate. Ella ha vivido mucho. La llamaré mañana y le preguntaré. Ella me hablará sin tapujos. Sí, eso haré.

Viernes

Bueno, Warwick Kincaid ha vuelto esta mañana a primera hora y me ha ignorado por completo, cosa que me ha disgustado mucho. Debería sentirme agradecida, pero me he sentido tan mal conmigo misma, que a la

hora de la comida he decidido dejar el trabajo. No podía seguir trabajando para ese hombre ni un minuto más. He esperado a que fuese a marcharse a casa antes de darle la carta de baja voluntaria que había redactado durante la hora de la comida. Él la ha leído y me ha mirado fijamente. Yo, cómo no, he vuelto a ruborizarme. Luego me ha dicho que aceptaba mi dimisión, y después me ha dejado de piedra al preguntarme si quería cenar con él esta noche. Sé que tenía que haberle dicho que no. Sé que es de los que sólo quieren a las chicas jóvenes y monas como yo para una cosa, pero le he dicho que sí. Porque la inquietante realidad es que yo lo quiero para lo mismo. No estoy enamorada de él. Ni siquiera estoy segura de que me guste, pero sé que voy a terminar con él en la cama esta noche. Estaría loca si pensase que vamos a cenar y luego me va a traer a casa. Además, tengo la horrible sensación de que, al acostarme con Warwick Kincaid, la vida me va a cambiar de un modo que todavía no soy capaz de imaginar. Ya no merece la pena que llame a tía Kate. No puede ayudarme. Nadie puede ayudarme. Tengo ganas de llorar. No es lo que quiero, pero no puedo evitarlo. Mamá piensa que voy a salir con Cory esta noche, así que no se preocupará si no vuelvo a dormir a casa. Siempre me quedo en su casa los viernes por la noche. Al menos, he hecho lo correcto al llamarlo y romper con él. Le he dicho que he conocido a otra persona y que lo sentía. Él se lo ha tomado bastante bien, creo, y eso ha sido todo un consuelo. Pero ya no hay marcha atrás. A lo hecho, pecho.

Capítulo 1

Julio, diez meses más tarde…

Amber apretó con fuerza los dientes mientras volvía a comprobar si tenía algún mensaje en su teléfono. Seguía sin saber nada de Warwick. Marcó su número y oyó por enésima vez que el teléfono al que había llamado no estaba disponible. No le dejó ningún mensaje. No merecía la pena. Ya le había dejado tres, a cada cual más frustrada.

Cuando le había sugerido a Warwick una cena romántica en casa, en vez de ir a un restaurante, éste le había prometido que llegaría a las siete y media. Después, poco antes de las seis, le había enviado un mensaje diciéndole que tal vez llegase algo más tarde, sobre las ocho.

Eran casi las nueve y no había vuelto a tener noticias suyas.

–Seguro que has tenido tiempo para llamarme –murmuró entre dientes mientras volvía a la cocina, tiraba el teléfono móvil sobre la encimera de granito negro y apagaba el horno en el que se había estado recalentando la carne stroganoff que había preparado.

Al menos, no se había puesto a hacer el arroz. Tal vez todavía pudiese salvar la cena, a pesar de que hacía rato que se le había pasado el apetito.

Abrió la enorme nevera de acero inoxidable, en la que nunca había demasiada comida, ya que casi no comían en casa, y sacó la botella de Sauvignon Blanc neozelandés. Se sirvió una copa del que se había convertido en su vino favorito y atravesó con ella el comedor, haciendo una mueca al pasar por delante de la mesa puesta. Luego salió a la terraza con la esperanza de que el efecto tranquilizador del agua del mar la calmase.

Desde allí, las vistas del puerto de Sidney eran impresionantes. Era una pena que hiciese tanto frío. La brisa procedente del mar no tardó en despeinar su larga melena. Amber hizo otra mueca, se giró y volvió a entrar al interior, cerrando las puertas de cristal tras de ella. Por un momento, se le había olvidado que era invierno, ya que en casa de Warwick siempre hacía calor.

Dejó la copa en una de las mesitas de cristal que flanqueaban el sofá de piel y fue hacia el dormitorio principal. Sintió que se le hacía un nudo en el pecho al ver la cama abierta y las velas perfumadas que había colocado en las mesillas.

–Cerdo –murmuró, entrando en el cuarto de baño de mármol de color crema para peinarse.

No tardó en hacerlo, ya que llevaba el pelo largo, liso y con un flequillo despuntado.

Sus emociones, no obstante, no eran tan fáciles de controlar.

Amber todavía se acordaba de la primera vez que había estado allí mismo, mirándose al espejo, con los ojos azules dilatados de la excitación. Había sido la primera noche que había ido a cenar con Warwick, la noche en que su vida había cambiado para siempre…

Éste la había llevado a un restaurante de cinco estrellas primero, donde la había impresionado con la mejor comida y el mejor vino, además de con su entretenida conversación. Había sido normal que, una chica como ella, de veinticinco años, que sólo había salido de Australia para ir de vacaciones con su familia a Bali y a las islas Fiyi, se hubiese quedado impresionada con un hombre como él, que había estado en todas partes y lo había hecho todo. Era imposible no sentirse halagada por el hecho de que alguien con su inteligencia y estatus la hubiese elegido a ella: Amber Roberts, recepcionista.

Después, la había llevado allí, sin molestarse en poner excusas, dejándole muy claras sus intenciones desde el principio.

Ella había intentado no parecer demasiado impresionada, ni por su deportivo italiano, ni por su lujoso piso, que había comprado dos semanas antes. Pero ella era una chica normal, trabajadora, que había crecido en el oeste de Sidney. No estaba acostumbrada a aquellos lujos. Ni a aquel tipo de hombre.

Esa noche, Warwick no sólo la había hecho volar, sino que había tomado posesión de ella con una fuerza y una pasión que la habían dejado tambaleándose y dispuesta a decirle que sí a cualquier otra cosa que le propusiese.

Pero él la había sorprendido. A la mañana siguiente, Amber había esperado que se despidiese de ella sin más, pero, en su lugar, Warwick la había abrazado y le había dicho que estaba loco por ella y que quería que fuese su novia. Quería que fuese a vivir con él, que viajase con él, que estuviese con él todo el tiempo. No podría trabajar, por supuesto. Tendría que acompañarlo siempre que él se lo pidiese. Viajaba bastante, tanto por negocios como por placer.

Amber había estado a punto de decirle que sí incluso antes de que él le dijese cuáles eran las condiciones de lo que le proponía.

–Para que no me malinterpretes –le había dicho–. No quiero casarme ni tener hijos. Y no creo en las relaciones para toda la vida. Suelo aburrirme pronto. Mi límite con las mujeres suele estar alrededor de los doce meses. Aunque tal vez contigo, mi dulce y querida Amber, haga una excepción. Si te soy sincero, ya eres una excepción. Jamás le había pedido a una mujer que viniese a vivir conmigo. Me atrevo a decir que me va a salir caro, pero hay algo en ti que me resulta completamente irresistible. ¿Qué me dices? ¿Quieres subirte en mi montaña rusa o no?

Y ella podía haberle contestado que no, ¿pero cómo iba a decirle eso después de la experiencia de la noche anterior? Warwick sabía

muy bien cómo hacer el amor a una mujer. Y se había pasado horas haciéndoselo.

Así que le había dicho que sí y allí estaba, diez meses después, todavía viviendo con él y siendo su novia. O su amante, tal y como la había llamado en tono irónico su tía Kate en una ocasión.

Pero ¿durante cuánto tiempo más?

Aquélla era la tercera vez que Warwick la dejaba plantada. Un par de semanas antes, había cancelado una escapada de fin de semana a Hunter Valley, una excursión que Amber había estado deseando hacer, para marcharse a Nueva Zelanda con dos socios a practicar varios deportes de riesgo. Aunque lo peor había sido cuando, la semana anterior, se había negado a acompañarla al funeral de su tía Kate aduciendo que tenía mucho trabajo. Y, para rematarlo, le había dicho que, de todos modos, nunca le había caído bien a aquella vieja, ni ella a él.

Aquello había estado completamente fuera de lugar. Amber había querido mucho a su tía y se había puesto muy triste con su repentina muere con sólo setenta y dos años, no era tan vieja.

Había sido horrible tener que sentarse en aquella iglesia sola, y tener después que defender la ausencia de Warwick. Su relación con él la había separado bastante de su familia, ya que sólo la había acompañado a dos reuniones familiares en todo el tiempo que habían estado juntos: a casa de sus padres, en Carlingford, en Navidad; y en Pascua, a una barbacoa familiar en casa de su tía Kate, en la playa de Wamberal, en la Costa Central.

Y a pesar de haber sido muy educado con todo el mundo, había dejado claro, al menos para ella, que se había aburrido mucho. En ambas ocasiones había sido el primero en marcharse.

Los dos hermanos de Amber no se habían reprimido a la hora de hacer comentarios acerca del hecho de que su rico amante no se hubiese molestado en presentarse en el funeral de su tía Kate. Ni siquiera los había ablandado ver que Warwick le había prestado su Ferrari rojo para ir hasta Wamberal.

Al volver del funeral, Amber no había podido seguir controlando sus emociones y le había dicho a Warwick exactamente lo que pensaba de su falta de sensibilidad y apoyo, y luego se había ido a dormir a una de las habitaciones de invitados.

Había esperado que él intentase convencerla de que volviese a la habitación principal, pero no lo había hecho. Y no habían vuelto a hacer el amor desde entonces, algo extraño, ya que cuando Warwick quería sexo, podía llegar a ser bastante despiadado.

Era evidente que no lo había querido la semana anterior, pero Amber quería que la desease.

Si hubiese estado más segura de sí misma, habría intentado

seducirlo, pero hacer de mujer fatal no era su estilo.

A esas alturas, estaba desesperada por hacer algo que calmase sus peores temores de que Warwick estaba empezando a aburrirse de ella. Por eso le había sugerido que cenasen en casa, a la luz de las velas. Y a él parecía haberle gustado la idea, porque le había dado un largo beso en la puerta, antes de ir a atender su siguiente adquisición inmobiliaria.

Que, en esa ocasión, no era un hotel. A Warwick ya no le interesaba ese tipo de negocio, ni siquiera aunque hubiese obtenido bastantes beneficios al poner un gimnasio y un bar en el hotel en el que Amber había trabajado. Se había decidido por un club nocturno, al que quería que fuesen los ricos y famosos de la ciudad. Había consultado muchas cosas con ella acerca de la decoración. Amber estaba tan emocionada con el proyecto como él, y lo había acompañado a verlo muchas veces.

Aunque ninguna durante la última semana. Warwick no se había ofrecido a llevarla y ella tampoco se lo había pedido.

De todos modos, esa tarde había pasado varias horas preparando la noche que tenían por delante. Había ido a la peluquería, después a comprarse un vestido nuevo bonito y femenino. Más tarde había comprado la comida, había puesto la mesa, había preparado el dormitorio y, por último, se había puesto guapa.

Amber se miró al espejo. Sí, se había pasado horas arreglándose, asegurándose de que estaba tal y como le gustaba a Warwick.

A simple vista, su aspecto no había cambiado mucho desde el día en que se habían conocido. Su peinado seguía siendo el mismo, aunque se había puesto el pelo un poco más rubio a petición de Warwick. Y tenía más estilo. Se había perfilado algo más las cejas y había empezado a utilizar productos cosméticos muy caros, aunque no notase mucho la diferencia con los del supermercado. Tal vez los pintalabios le durasen un poco más, y el rímel era siempre waterproof.

Su figura seguía siendo básicamente la misma, aunque pasaba más horas en el gimnasio. Era algo más alta que la media y tenía la suerte de tener una complexión delgada, pero con las curvas suficientes como para atraer la atención masculina.

Lo que si había cambiado drásticamente era su armario. Warwick había insistido en que dejase que la vistiese como debía vestirse cualquier mujer de «exquisita belleza». Siempre la llamaba mujer, y no chica. Ella había sido incapaz de resistirse a sus cumplidos, y a él, y en esos momentos sólo tenía ropa de diseño.

Aunque nada que fuese demasiado sexy. Warwick decía que lo realmente sexy era sugerir, no enseñar.

Amber notó un escalofrío al pensar en lo que llevaba puesto debajo del vestido. El timbre de su teléfono móvil le hizo dejar caer el

cepillo del pelo y correr hacia la cocina.

–Menos mal que no has colgado… –dijo casi sin aliento nada más contestar al teléfono.

–Esto… soy mamá, Amber. No… quien tú creías que era.

Amber intentó ocultar su decepción y dio gracias de que el teléfono pudiese avisarla si entraba otra llamada mientras hablaba con su madre.

–Hola, mamá. ¿Qué ocurre?

Su madre casi no la llamaba últimamente, su relación se había vuelto bastante tensa desde el día que había anunciado que había dejado su trabajo y a Cory para irse a vivir con su jefe multimillonario.

Amber entendía que su familia no lo aprobase y, al final, había dejado de intentar justificarse. Porque sabía que no había justificación. Ni siquiera podía utilizar la excusa del amor. Por aquel entonces, no había habido amor, sólo deseo. Aunque ella prefería pensar en ello como pasión, una pasión tan intensa que era imposible de describir, en especial, a su madre.

Habían pasado varios meses antes de que se hubiera dado cuenta de que se había enamorado de Warwick. Hasta entonces, había estado tan ciega de deseo, que no se había dado cuenta del vínculo emocional que la unía a él. El esclarecimiento de sus verdaderos sentimientos había tenido lugar de repente y con la fuerza de un rayo. A finales de verano, habían ido a pasar un fin de semana a un complejo turístico en North Queensland y Warwick había decidido hacer puenting. Ella se había negado a participar, pero lo había acompañado. Algo había ido mal durante el salto y Warwick había estado a punto de darse con la cabeza en el suelo. Ella se había sentido aterrada.

Hasta entonces, se había convencido a sí misma, tal vez para protegerse, de que no sufriría cuando lo suyo se terminase. Al fin y al cabo, a la gente se le rompía el corazón cuando amaba de verdad. Y se había repetido a sí misma una y otra vez que le sería difícil volver al mundo real, pero que sobreviviría.

De repente, al darse cuenta de que Warwick había estado a punto de matarse, Amber había visto cómo sería la vida sin él. Entonces había sido consciente de que había estado engañándose todo aquel tiempo.

Lo amaba. Estaba locamente enamorada de él.

Pero no se lo había dicho, ya que Warwick le había dejado claro desde el principio que el amor, como el matrimonio y los hijos, no estaban en sus planes. No obstante, como cualquier mujer, Amber había empezado a albergar la esperanza de convertirse en la excepción de aquella regla, de que un día Warwick descubriese que se había enamorado también de ella y quería que estuviesen juntos para

siempre. Pero dicha esperanza estaba empezando a desvanecerse.

–Ha pasado algo extraño con relación al testamento de Kate –anunció su madre, interrumpiendo sus pensamientos.

–¿El qué? Se lo ha dejado todo a papá, ¿no?

¿A quién si no? Tía Kate siempre había adorado al padre de Amber, su único hermano.

–Se lo había dejado todo a él en su anterior testamento, pero, al parecer, había hecho uno nuevo, con dos amigos como testigos: Max y Tara Richmond. Los conoces, ¿no?

–Sí, por supuesto.

Amber había conocido a los Richmond dos años antes, el día de Navidad, en casa de su tía.

Max Richmond era dueño de una cadena internacional de hoteles, entre los que estaban el Regency Royale de Sidney, pero estaba parcialmente retirado y vivía en la Costa Central con su esposa. Ambos habían sido buenos amigos de la tía Kate. Eran una pareja de aspecto elegante, con dos hijos pequeños muy educados: un niño encantador llamado Stevie y una niña rubia muy guapa llamada Jasmine, que siempre sonreía a todo el mundo desde su sillita.

Amber recordó haber pensado en más de una ocasión que eran la familia perfecta.

–No sé si te fijaste –continuó su madre–, pero los Richmond no asistieron al funeral de la tía.

–No, no me di cuenta –respondió ella, pensando que había estado demasiado triste.

–Estaban en el extranjero cuando falleció Kate y no se enteraron de la noticia hasta ayer, que volvieron a casa. De todos modos, por abreviar, se pusieron en contacto con nosotros de inmediato y nos explicaron que estaban en posesión de un nuevo testamento que la tía había hecho justo después de Pascua, este mismo año. En él, Kate le ha dejado el fondo de inversión a tu padre, pero su casa y todo lo que hay dentro es para ti.

–¿Qué? No me parece bien ¡No me lo merezco!

–Da igual si te lo mereces o no –replicó su madre–. La casa rural de tu tía es ahora tuya.

Amber no salía de su asombro. La casa de su tía estaba situada a tiro de piedra de la playa de Wamberal, un lugar muy concurrido durante los meses cálidos del año. A tía Kate nunca le habían faltado clientes y se había ganado muy bien la vida, a pesar de que, en los últimos tiempos y debido a su edad, había descuidado un poco el negocio. No tenía página web y la casa era conocida por el boca a boca, o albergaba a clientes que habían pasado por allí y habían visto el cartel. No obstante, y aunque ella no quisiese seguir con el negocio, sólo la casa valía cerca de un millón de dólares.

–¿Y qué le ha parecido a papá? –preguntó Amber preocupada–. ¿Está disgustado?

–Se disgustó un poco al principio. No porque quisiera la casa para él. Ya sabes que nuestro negocio va bien y no necesitamos el dinero, pero pensábamos que Tom y Tim estarían incluidos en el testamento de Kate. Cuando tu padre habló con ellos, le dijeron que no pasaba nada y se alegraron por ti. Comentaron que no estaban tan unidos a tía Kate como tú. No iban a verla ni la querían tanto como tú. Y, además, los dos tienen buenos trabajos –añadió Doreen, orgullosa de sus hijos–. No necesitan que nadie los ayude, como tú.

–¿Qué quieres decir? –inquirió Amber, dolida.

Tanto su padre como su madre se habían volcado siempre en sus dos hijos varones, y la habían ignorado a ella. Por eso, no era de extrañar que Amber siempre hubiese deseado marcharse de casa y formar su propia familia, una en la que el amor estuviese repartido de manera uniforme.

–Todos estamos preocupados por ti, Amber, viviendo con ese hombre sin corazón. Y Kate estaba especialmente intranquila. Tengo la sospecha de que sabía que no iba a vivir mucho más y por eso cambió su testamento a tu favor, para que tuvieses un medio de vida. Al menos, tendrás una casa y un trabajo cuando ese hombre te deje. Cosa que no creo que tarde en ocurrir.

–Eso no lo sabes –replicó Amber, sin poder contenerse.

–Te equivocas, cariño. Sé muchas cosas de Warwick Kincaid y ninguna buena. Tal vez tenga éxito en los negocios, pero su vida personal es harina de otro costal. De tal palo, tal astilla.

–¿Qué quieres decir?

–Todo el mundo sabe que su padre era un mujeriego que se suicidó después de perder millones de dólares en el casino.

Aquello sorprendió a Amber. Warwick le había contado que su padre había muerto de forma inesperada con cincuenta y un años, pero ella había dado por hecho que había tenido un infarto o algo parecido.

–Su esposa se divorció de él poco después de tener a su único hijo –prosiguió Doreen–, pero el precio a pagar fue renunciar a la custodia del niño. Por aquel entonces, James Kincaid era uno de los banqueros más ricos de Inglaterra y tenía mucho poder e influencia. Si quieres saber más, está todo en internet.

–No me hace falta, mamá. Estoy al corriente de la historia familiar de Warwick –mintió ella.

Warwick era un hombre que vivía el presente y no solía hablar del pasado. Tampoco le preguntaba nunca a Amber por el suyo. No obstante, ella le había preguntado en una ocasión y él le había contado lo del divorcio y que su madre, con la que no mantenía el

contacto, era actriz. Sabía de ella que no se había vuelto a casar, por lo que no tenía hermanastros. Pero Warwick no le había dicho nada de que su padre hubiese sido un mujeriego, ni de que se hubiese suicidado.

–Entonces, supongo que sabes que tu novio también es un mujeriego –comentó su madre en tono mordaz–. Con una amante en cada país en el que ha vivido: Francia, España, Italia, Turquía, Egipto, India, China, Vietnam… Y, ahora, Australia. Es probable que al año que viene se marche a Nueva Zelanda, y luego, a hacer las Américas. Es un aventurero, Amber. Un jugador, como su padre. Tal vez no juegue a las cartas ni a la ruleta, pero juega con su vida. Hace cosas peligrosas.

–Sí, eso ya lo sé, mamá –admitió ella–. Por favor, te importa si dejamos el tema. No me estás diciendo nada que no sepa.

Bueno, hasta esos momentos no había sabido mucho acerca de su vida amorosa, pero él mismo le había advertido desde el principio que nunca estaba mucho tiempo con la misma mujer.

–Y, aun así, sigues con él –dijo su madre con incredulidad.

–Lo quiero, mamá.

Era la primera vez que se lo decía a alguien en voz alta.

–Lo dudo mucho –replicó su madre–. Te has dejado impresionar por su aspecto y por su estilo de vida.

–Te equivocas, mamá. Lo quiero –insistió Amber–. Y no voy a dejarlo. A no ser que él me lo pida.

Su madre suspiró.

–Entonces, ya está todo dicho. ¿Qué vas a hacer con la casa de Kate? No puedes dejarla deshabitada, tienes que hacer algo con ella.

–Podría alquilarla, ¿qué te parece? Como… casa de vacaciones –sugirió. No quería venderla, al menos, por el momento.

–Supongo que sí, pero antes tendrás que buscar un agente inmobiliario de confianza. Y pronto. Tu padre estuvo allí el fin de semana pasado. Cortó el césped y regó el jardín, pero no puede seguir haciéndolo siempre. Ahora, esa casa es responsabilidad tuya.

A Amber le dio un vuelco el corazón al oír que abrían la puerta. Por fin había llegado Warwick. ¡Gracias a Dios! Había empezado a preocuparse por que hubiese tenido un accidente.

–Lo siento, mamá, pero tengo que colgarte. Iré mañana por allí y recogeré las llaves. ¿Vas a estar en casa?

–Sí, pero sólo hasta las doce. Tengo peluquería a las doce y media.

–Entonces, llegaré antes. Adiós.

Amber volvió a dejar el teléfono en la encimera y salió de la cocina con el corazón acelerado, con una mezcla de alegría y enfado.

Sólo de verlo sus emociones se inclinaron más hacia la alegría.

Warwick seguía siendo el hombre más guapo del mundo, con un rostro fuerte y masculino, una cabeza bien formada, unos ojos azules muy sensuales y una boca todavía más sexy. Todo eso, unido a un cuerpo de infarto y a un maravilloso acento inglés, hacían que le diese mil vueltas a James Bond. No era del todo despiadado, tal y como había dicho su madre, pero imponía mucho.

Había que tener valor para enfrentarse a él. Normalmente, Amber le perdonaba que tuviese tendencia a llegar tarde, pero, en esa ocasión, no iba a hacerlo.

–¿Se puede saber dónde estabas? –inquirió–. Sabías que había preparado una cena especial para esta noche. ¿Por qué no me has llamado? ¡Te he dejado un montón de mensajes!

Capítulo 2

WARWICK cerró la puerta tras de él y echó el cerrojo antes de mirar a su novia, que estaba comprensiblemente disgustada.

¡Y preciosa con aquel vestido rosa! Aunque no fuese un vestido sexy ni escotado.

Ninguna mujer lo había excitado tanto como Amber, y sin hacer ningún esfuerzo. Sólo tenían que estar en la misma habitación para que lo excitase.

De repente, dudó ser capaz de poder continuar con su plan, que consistía en sacar al hombre despiadado que en realidad llevaba dentro. Era mucho más sencillo olvidarse del tema, disculparse por haber llegado tarde y hacer lo que su cuerpo le pedía que hiciese: pasarse toda la noche devorando a Amber.

La tentación era enorme, pero Warwick se dio cuenta de que su conciencia también pisaba con fuerza. Llevaba un tiempo preocupado por el tema, y todo gracias a la maldita tía Kate.

Era cierto que, desde el principio, había sabido que era un error acostarse con una chica como Amber, que era demasiado joven, demasiado dulce y demasiado sensible.

Pero no había sido capaz de reprimirse. La química que había entre ambos había sido demasiado poderosa, desde el instante en que se habían cruzado sus miradas.

Por entonces, Warwick se había dicho a sí mismo que pasaría con ella sólo una noche, para ver cómo era hacer el amor con alguien tan sorprendente. Con una chica que se ruborizaba cuando uno la miraba a los ojos, con una chica que se había sentido tan atraída por él, que había decidido dejar su trabajo.

Bueno, pues había probado la experiencia y, a la mañana siguiente, no había podido dejarla marchar.

Pero había llegado el momento de hacerlo.

«Es el momento de ser cruel para no hacerle daño».

–Por favor, no empieces a hablarme como si fueses mi esposa, Amber –le dijo con frialdad mientras se aflojaba la corbata y se desabrochaba el primer botón de la camisa–. Te mandé un mensaje de texto diciéndote que llegaría tarde –añadió, acercándose al bar a servirse un whisky–, así que no seas pesada.

–Sólo te he pedido que tengas mas consideración conmigo –replicó ella en voz baja.

Él tenía que haber mantenido la cabeza agachada, pero la miró y vio dolor en sus ojos azules.

No podía hacer aquello. No esa noche. Habría sido demasiado cruel.

–Tienes razón –admitió en tono más cariñoso–. Lo siento, cariño.

Estoy muy liado. He tenido que resolver varios problemas con uno de los contratistas. Por eso he llegado tarde –mintió.

En realidad, había estado solo en un bar, durante dos horas, con una copa de whisky en la mano.

–¿Qué te parece si voy a darme una ducha y a ponerme cómodo mientras tú terminas de preparar la cena? –le sugirió–. No se habrá echado todo a perder, ¿no?

–No –respondió ella. Los ojos de Amber brillaron inmediatamente de felicidad y él se sintió culpable.

«Oh, Warwick, Warwick», pensó casi con desprecio. «¿Cómo vas a salir de este lío? Esta chica te quiere. ¿No lo ves?».

Sí, por supuesto que lo veía, y se sentía frustrado.

No era la primera vez que se daba cuenta de aquello. El día que había hecho puenting, por ejemplo, había visto escritos en el rostro de Amber sus sentimientos. La había visto temblar de miedo, y de alivio al ver que no se había hecho daño.

Por desgracia, ser amado como lo amaba Amber, con tanta dulzura y sinceridad, era tan adictivo como la peor droga. Iba a tener que hacer un gran esfuerzo para dejarla, y esa noche no se veía capaz. Sabía que Amber deseaba que le hiciese el amor después de la cena, y eso minaba su determinación de terminar con la relación.

Tal vez hubiese llegado el momento de contarle la verdad acerca de sí mismo, para obligarla a hacer frente al hecho de que no tenían futuro.

¿Podría hacerlo? ¿Debería hacerlo?

Lamentablemente, tal vez revelarle sus defectos genéticos y las inevitables consecuencias de éstos no tuviese el resultado deseado. Si había aprendido algo acerca del carácter de Amber durante los últimos diez meses, era que era tan compasiva como apasionada. Se disgustaba siempre que veía en la tele a niños pobres, animales abandonados o guerras. Él había decidido poner una caja de pañuelos de papel al lado del sofá para cuando lloraba.

Tal vez Amber echase a correr cuando se enterase de lo que le esperaba en un futuro, pero ¿y si lo hacía hacia sus brazos, y no en dirección contraria?

Ése era un riesgo que Warwick no podía correr. Tendría que encontrar otra manera de terminar con su relación.

–¿Es ésa tu copa de vino? –le preguntó, señalando la mesita en la que estaban los pañuelos de papel.

–Ah, sí. Me la he servido hace un rato cuando te estaba esperando.

Eso hizo que volviese a sentirse culpable.

–Apuesto a que sé lo que es –le dijo él–. Un Sauvignon Blanc de la región de Malborough.

Amber sonrió.

–Me conoces demasiado bien.

«Sí», pensó él mientras ponía unos cubitos de hielo y el whisky en su copa. «Y te mereces a alguien mejor que yo. Te mereces a un hombre que vaya a casarse contigo, que te dé hijos y quiera envejecer contigo. Yo no puedo hacer nada de eso».

Warwick frunció el ceño mientras se llevaba la copa a los labios, molesto de repente por sus sensibleros pensamientos. Siempre había sido realista, y la realidad de su vida era que no podía ofrecerle a Amber más de lo que le había ofrecido al principio.

Aunque ya le había aportado muchas cosas al llevarla a vivir con él. Amber había viajado y aprendido mucho. Se había relacionado con personas importantes, la habían vestido los mejores diseñadores, se había alojado en los hoteles más lujosos.

Algunas mujeres habrían matado por lo que había tenido durante los últimos diez meses.

Por desgracia, Amber no era una de esas mujeres. Warwick sabía que no le importaba nada de eso. Sólo quería su amor y una alianza.

Aunque ella no se lo hubiese dicho. Nunca.

Su tía Kate sí se lo había dicho, en Pascua, durante una barbacoa que había hecho en su casa y a la que Amber lo había arrastrado.

–¿Te das cuenta de que Amber estaba casi comprometida cuando te conoció? –le había dicho–. Tenía un novio muy agradable que le habría dado lo que ella quería: un marido que la amase y su propia familia. Dos cosas que tú jamás le darás, Warwick Kincaid.

Y le habría dicho mucho más si hubiese tenido la oportunidad.

–¡Debería darte vergüenza! –había añadido entre dientes al ver que Amber se acercaba a ellos.

De eso habían pasado tres meses y él no le había contado a Amber lo que su tía le había dicho. Tampoco le había preguntado nada acerca del hombre con el que había estado a punto de casarse. No había querido regodearse en la vergüenza que las palabras de Kate le habían causado, había preferido refugiarse en el calor y en la pasión de Amber, diciéndose que él no la había obligado a dejar al otro. Jamás la había obligado a nada. Todo lo que había hecho, lo había hecho libremente. Amber quería estar con él.

Pero, poco a poco, esa vergüenza había ido saliendo a la superficie. Lo mismo que su conciencia, durante tanto tiempo enterrada. A posteriori, su plan de dejar de actuar como un novio enamorado y empezar a mostrarse tal y como era en realidad no había estado bien ideado. Warwick no había anticipado el dolor que provocaría en ella su repentino cambio de comportamiento. Ni tampoco había imaginado que él mismo se sentiría tan mal.

Lo mejor sería cortar por lo sano.

Cuando llegase el momento adecuado.

Vio a Amber inclinarse para tomar su copa y pensó que, en cualquier caso, no sería esa noche.

–La cena tardará al menos quince minutos –dijo ella al erguirse–. Todavía no he hecho el arroz.

–¿Qué has preparado?

–Carne stroganoff –respondió Amber, apartándose con la mano libre el pelo de los hombros–. Quería algo sencillo, para variar.

Warwick se puso tenso al darse cuenta de que Amber tenía los pezones erguidos debajo del vestido de seda. Al parecer, ambos se sentían igual de frustrados. Normal, teniendo en cuenta que no habían tenido sexo durante la semana anterior. Se había mantenido apartado de ella con el objetivo de hacer que lo odiase, pero el resultado había sido el contrario.

Como había decidido olvidarse temporalmente de su plan, ya no tenía que seguir controlándose.

–He cambiado de opinión –dijo.

–¿Acerca de qué?

–De la cena.

Ella lo miró confundida.

–¿No quieres cenar?

–Todavía no.

–Entonces, ¿qué quieres?

–Que te quites el vestido.

–¿Qué? –preguntó Amber sorprendida.

Warwick pensó que nunca antes le había pedido que se desnudase para él. ¿Por qué no?

–Ya me has oído –le dijo con una voz tan dura como su erección.

–Pero… podría verme alguien –balbució ella–, desde la playa.

–No te verían bien –replicó Warwick–. Venga, Amber, no tienes de qué avergonzarte. Tienes un cuerpo precioso. Necesitas un poco de ayuda, ¿es eso?

Capítulo 3

AMBER se quedó mirándolo fijamente. «Lo que necesito es un poco de respeto», sintió ganas de gritar.

Pero no consiguió hablar, se le había secado la boca.

Se quedó allí clavada, mientras él se acercaba con su copa en la mano, llevándosela a los labios y bebiendo despacio. Sus miradas se cruzaron por encima del borde y a Amber le sorprendió ver tanta frialdad en los ojos de Warwick. ¿O era deseo lo que brillaba en ellos?

No estaba segura. Desde que había llegado a casa, Warwick había estado alternando sus miradas frías y cálidas, y la tenía muy confundida.

Se dijo a sí misma que debía moverse. Hacer algo, decir algo.

¡Lo que fuese!

Pero no pudo mover la lengua ni las piernas.

Warwick se puso detrás de ella, le apartó el pelo, se lo puso sobre el hombro izquierdo y luego exploró con la boca su oreja derecha.

Pero no fueron sus labios los que hicieron que Amber temblase, sino el miedo a lo que iba a permitir.

–No –se oyó susurrar.

–¿No qué?

–No me hagas esto…

–Pero si tú quieres que lo haga –murmuró Warwick, mordisqueándole el lóbulo de la oreja–. De eso se trataba esta noche, no de cenar.

–No –repitió ella–. No… del todo.

Él rió de forma muy sexy.

–Sí, sí del todo.

Amber se puso tensa al notar que le bajaba la cremallera del vestido y sintió un escalofrío cuando le pasó la copa fría por la espalda.

–Lo deseas tanto como yo –le dijo él, bajándole el vestido.

Éste cayó a sus pies, dejándola desnuda, sólo con los zapatos rosas de tacón.

No era la primera vez que no se ponía ropa interior, pero era la primera vez que se sentía avergonzada por no haberlo hecho.

«Soy exactamente lo que la tía Kate dijo que era», pensó, allí desnuda, ante la mirada de su amante. No era su novia ni su compañera, sino su amante, una mujer mantenida. Mantenida sólo para darle placer sexual a su señor.

Se le hizo un nudo en el estómago al ver que Warwick se ponía delante. Sintió deseo y necesidad, la necesidad de ser acariciada, besada, amada.

Cerró los ojos para no ver cómo él la devoraba con la vista, pero eso la excitó todavía más. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron, esperando las caricias de él. Anhelándolas.

Notó su aliento en la nuca y supo que Warwick había vuelto a ponerse detrás de ella. También debía de haber dejado la copa, porque le acarició los brazos con ambas manos, lo que hizo que se le pusiesen los pelos de punta.

–¿Tienes idea de cómo me pones? –murmuró él, apretándose contra su espalda desnuda.

–No –respondió Amber con voz temblorosa.

Sólo sabía cómo se sentía ella. Cómo el orgullo pasaba a un segundo plano ante el placer que él le procuraba. Aunque aquella noche no fuesen a hacer el amor. Aquello era sólo sexo, nada más.

–Si fuese un príncipe de la Edad Media –le susurró Warwick al oído–. Te tendría así… encerrada en una torre… sin hacer nada… esperándome.

Ella se estremeció sólo de imaginárselo. No sabía por qué la idea la excitaba tanto. Tenía que haber sentido repulsión.

–¿Te gustaría? –le preguntó él, apretándose contra su trasero desnudo.

–Sí –admitió Amber.

–¿Qué voy a hacer contigo?

Amber gimió, había llegado al punto en el que el orgullo y la vergüenza habían perdido toda su relevancia. Necesitaba tener a Warwick dentro, allí mismo, aunque estuviesen delante de la ventana del salón, a menos de cien metros del mar, donde había barcos llenos de turistas que habían ido a cenar al puerto de Sidney.

–Por favor –le rogó, separando las piernas.

Warwick oyó la desesperación en su voz y notó su excitación. Tenía que haberse sentido triunfante, pero ¿por qué se sentía avergonzado de sí mismo?

La respuesta era evidente.

Porque Amber lo amaba y él era un cerdo.

Pero aun así se bajó la cremallera de los pantalones, a pesar de que su conciencia le estaba gritando que no lo hiciera. Amber no era la única que había perdido el control de su cuerpo.

Gimió al penetrarla y ella hizo también un sonido, no de dolor, sino de placer. Y ya fue imposible parar. Con la mano derecha en su estómago y la izquierda agarrándole un pecho, Warwick empezó a mover las caderas.

Intentó ir más despacio para no terminar demasiado pronto, pero su cuerpo no lo obedeció. Notó cómo la sangre le corría por las venas y supo que iba a llegar al clímax. ¡Hacía décadas que no llegaba tan pronto!

Se sintió aliviado al ver que Amber temblaba entre sus brazos, presa de otro orgasmo, y se entregó al suyo.

Gritó y la apretó contra su cuerpo mientras eyaculaba en ella con la violencia de un volcán.

El cuerpo de Amber se contrajo alrededor de él todavía con más fuerza. La fantasía de estar encerrada en un torreón, esperándolo para hacer aquello, la había excitado mucho.

«Deberías hacer más juegos eróticos con ella, Warwick», se dijo a sí mismo.

Sabía que le quedaban muchas cosas por enseñarle y por hacer con ella, pero ¿debía hacerlo?

A pesar de sentirse tentado a convertirse en el tutor de Amber en las artes eróticas, sabía que corría el riesgo de corromperla.

Y eso era lo último que quería hacer con ella. Quería darle placer, satisfacerla, pero no corromperla.

Si lo hacía, destruiría su inocencia. Una inocencia que era demasiado preciosa. Amber era demasiado preciosa.

Mientras la llevaba al dormitorio, pensó que iba a echarla muchísimo de menos cuando la dejara, pero esa noche, no lo haría. Por el momento, seguía siendo suya.

No iba a pensar en el futuro. Esa noche era para el placer.

Para el placer de ambos, pero, sobre todo, para el de ella.

Capítulo 4

CUANDO Amber se despertó a la mañana siguiente, ya no le preocupó que Warwick fuese a dar por terminada con su relación en un futuro próximo. Sonrió y vio su cuerpo desnudo sobre las sábanas de satén. Estaba dormido.

Era normal que estuviese agotado. La noche anterior había estado insaciable, lo que le había demostrado que todavía no se había aburrido de ella. Todavía le sorprendía lo bien que él conocía el cuerpo femenino y cómo sabía hacer realidad los deseos secretos de una mujer. Y no podía imaginarse viviendo sin hacer el amor con él… ¡No podía imaginarse viviendo sin él!

«Pero tal vez tengas que hacerlo algún día», le susurró la voz de su conciencia.

Amber se preguntó qué haría entonces, pero prefirió aferrarse a la esperanza de que eso no ocurriese nunca. Tal vez su sueño de que Warwick se enamorase de ella y le pidiese que se casase con él pudiese hacerse realidad. Había ocasiones, como la noche anterior, en que lo creía posible. Cuando hacían el amor, había ternura y consideración, algo que alejaba a Warwick del mujeriego de sangre fría que le había descrito su madre la noche anterior.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó Amber, volviendo al dormitorio y mirando el reloj digital que había sobre la mesilla–. ¡Las once menos veinte!

Luego corrió a despertar a Warwick.

–¡Levántate! ¡Levántate! Te necesito –le dijo.

–Supongo que es una broma –respondió él–. Creía haberte dado lo suficiente para que aguantases por lo menos veinticuatro horas.

–¡No quiero eso, tonto! –contestó ella–. Necesito que me lleves a casa de mi madre antes de las doce, y luego a Wamberal, a casa de la tía Kate.

–¿Para qué? Tu tía Kate ya no está allí.

–Porque me la ha dejado a mí –anunció Amber–. En su testamento. Hizo un testamento nuevo y acabamos de enterarnos. Mamá me llamó anoche para contármelo, pero se me había olvidado decírtelo. Ahora no empieces a hacerme preguntas. No tenemos tiempo.

Warwick se sentó en la cama sin protestar y, poco después de las once salían de casa.

–Llamaré a mamá en cuanto pasemos el túnel –dijo Amber en el coche, sacando el teléfono móvil del bolso–. Para decirle exactamente cuándo llegamos.

–Cuéntame –le pidió Warwick, mirándola de reojo–. ¿Eres la única beneficiaria del nuevo testamento de tu tía?

–No. A mi padre le ha dejado el fondo de inversión, pero la casa y todo lo que hay dentro es sólo para mí.

–Umm. Apuesto a que a tu madre no le ha parecido bien que te la haya dejado a ti, y no a sus queridos hijos.

Amber giró la cabeza para mirarlo.

–¿Pensabas que no me había dado cuenta de que los trata a ellos mejor que a ti? –inquirió Warwick, antes de que a ella le diese tiempo a hablar–. Y tu padre, también. ¿Por qué crees que estaba deseando marcharme de su casa el día de Navidad? No se me da bien mantener la boca cerrada cuando veo injusticias, en especial cuando éstas afectan a alguien que me importa.

Amber no supo qué decir. Aquello era lo más parecido a una declaración de amor que había oído de boca de Warwick. Se sintió tan conmovida, que se le hizo un nudo en la garganta.

–No… no sabía que te hubieses dado cuenta –balbució por fin.

–Pues lo vi desde el principio. No dije nada porque era Navidad, y porque no quería dar a tus padres más motivos para que te despreciaran. Es evidente que no aprueban nuestra relación, aunque no me lo hayan dicho a la cara. Los tendría en mayor estima si lo hubiesen hecho. Tu tía Kate era muy pesada, pero al menos, te quería lo suficiente como para decirme lo que pensaba.

–¿Lo hizo?

–Sí.

Kate era conocida por decir siempre lo que pensaba, y por odiar a los hombres. Aunque no a todos. Le había caído bien Max Richmond y siempre lo había elogiado, pero había que admitir que no era normal que un multimillonario hubiese dejado su alto nivel de vida para casarse y formar una familia alejado de la fama.

–¿Qué te dijo? –le preguntó Amber, a pesar de temerse la respuesta.

–Lo normal –contestó Warwick encogiéndose de hombros–. Que era un egoísta y que debían colgarme y descuartizarme por aprovecharme de una jovencita inocente como tú y haberte convertido en mi amante.

–Ah.

Warwick la miró.

–¿No estarás llorando?

–No –respondió ella temblando.

–Estás llorando. Y no soporto que llores.

–Tampoco lloro tanto –se defendió Amber.

–Supongo que lo dices de broma, cariño. Lloras cuando ves las noticias, los anuncios, y con esas películas sensibleras que tanto te gustan. Te he puesto una caja de pañuelos al lado del sofá para que te limpies las lágrimas.

–No son lágrimas de verdad. Estoy hablando de lágrimas de verdad.

Sólo había llorado de verdad un par de veces desde que se había ido a vivir con él. Una vez, porque su madre había sido muy crítica con su relación. Y la segunda, al enterarse de la muerte de su tía Kate. Ah, sí, y después de haber discutido con Warwick la semana anterior.

Pero no había llorado delante de él.

–Las lágrimas no resuelven nada –comentó Warwick.

–No se supone que deban hacerlo –replicó ella–. Salen y ya está.

–No me gusta el modo en que las mujeres utilizan las lágrimas para conseguir lo que quieren.

–Yo no lo hago.

–Es verdad –dijo él, aunque a regañadientes–. No lo haces.

–No quiero discutir, Warwick –le dijo Amber, que no quería que la felicidad que sentía esa mañana se viese empañada por nada.

–Pues prométeme que no vas a llorar.

Ella le sonrió.

–Mira, ya he parado.

–¿Y, luego, cuando vayas a casa de tu tía?

–Haré un esfuerzo por no llorar –le aseguró Amber, aunque sospechaba que entonces sí echaría un par de lagrimillas.

–Umm, creo que tendría que haberte prestado el coche para que fueses sola a Wamberal.

–Yo quería que me acompañaras. Necesito tus consejos para decidir qué voy a hacer con la casa de tía Kate. Además, no me gusta conducir tu coche.

–¿Qué? ¿No te gusta conducir un Ferrari? ¿Estás loca?

–No me gusta la velocidad tanto como a ti. Prométeme que no irás demasiado deprisa por la autopista. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Warwick estuvo a punto de echarse a reír. Él no tenía todo el tiempo del mundo. Lo que significaba que no quería pasar su preciado tiempo con ella en Wamberal, donde estaba seguro de que Amber iba a volver a llorar. Había decidido que todavía no podía deshacerse de ella. Le había quedado claro la noche anterior. Todavía no podía separarse de ella, pero tal vez sacase pronto la fuerza necesaria para hacerlo. Hasta entonces, mantendría las cosas tal y como estaban.

–Te esperaré en el coche –le dijo cuando llegaron a casa de sus padres, en Carlingford–. Tengo que hacer un par de cosas –añadió, sacando la BlackBerry.

Amber no quiso discutir con él. Además, no quería tenerlo a su lado cuando su madre le abriese la puerta. Salió del coche y subió las escaleras del porche corriendo. Iba a llamar al timbre cuando la puerta se abrió y apareció su madre, con gesto enfadado.

–Pensé que ya no ibas a venir –le dijo en tono agrio.

–Si te he llamado por el camino para decirte que venía.

–No sé por qué lo has dejado para el último momento –espetó su madre.

–Lo siento, mamá –se disculpó ella, como llevaba haciendo toda la vida–. Anoche nos acostamos tarde y… nos hemos quedado dormidos. Si me das las llaves, me marcharé.

Doreen resopló, se giró y tomó dos juegos de llaves de la cómoda que tenía al lado.

–Toma. El segundo juego es del coche de Kate. Al parecer, también es tuyo ahora.

–¿De verdad? –preguntó Amber, contenta con la noticia.

–Bueno, ¿y qué le parece a tu amante que hayas heredado? –inquirió Doreen en tono ácido.

–No hables así de él, mamá. Se llama Warwick y está muy contento por mí.

–Eso lo dudo, querida. A los hombres les gusta llevar las riendas. Lo último que querrá es que seas independiente.

–No sé por qué dices esas cosas de él. ¿Qué te ha hecho?

–Lo que no me gusta es lo que te ha hecho a ti.

–¿Y qué me ha hecho que te parece tan horrible? Tim estuvo viviendo con su mujer antes de casarse. Y Tom fue un mujeriego antes de conocer a Viv. Me parece que tienes una vara de medir distinta para mis hermanos y para mí, pero es que a ellos los quieres mucho más que a mí, ¿no?

Su madre la miró sorprendida.

–¡Eso no es verdad!

–Claro que sí. He intentado ser una buena hija, pero nada de lo que he hecho ha sido suficiente. Aunque, claro, yo no he sido brillante en los estudios, ni buena deportista, como ellos.

Lo único que tenía era su belleza, algo por lo que su madre jamás la había alabado.

No obstante, se parecía mucho a ella, o a como había sido Doreen de joven.

De repente, a Amber se le ocurrió que su madre podía tener celos de su juventud. A pesar de que Doreen Roberts había envejecido bastante bien, tenía treinta años más que ella.

–Siento que pienses así, Amber –le dijo su madre–, pero te equivocas. Sólo quiero que seas feliz.

–Pues tienes un modo muy extraño de demostrármelo –replicó ella–. Será mejor que te marches a la peluquería. No quiero que llegues tarde a una cita tan importante. Adiós.

Conteniendo las lágrimas, Amber volvió al coche corriendo. Warwick estaba hablando por teléfono cuando se subió.

–Suena bien –estaba diciendo–. Allí estaremos. Gracias, Jim.

–¿Estaremos dónde y cuándo? –preguntó ella.

–En casa de tu tía sobre las dos. He llamado a unos agentes inmobiliarios muy buenos para que nos veamos allí. Amber se sintió molesta sin saber por qué. En realidad, no quería quedarse con la casa.

–¿He hecho algo mal? –le preguntó Warwick.

–No –respondió ella suspirando.

–Pensé que querías venderla.

–Y quiero venderla, pero…

–¿Qué?

–Que no estoy segura.

–Tu madre te ha dicho algo que te ha disgustado.

Amber se echó a reír.

–Mi madre siempre me dice cosas para disgustarme.

–¿Y qué ha sido esta vez? Supongo que algo relacionado con nuestra relación.

–Entre otras cosas. Mira, ahora no quiero hablar del tema. ¿Te importaría arrancar?

–Claro. Voy a poner algo de música.

No volvieron a hablar hasta que llegaron a la autovía. Para entonces, Amber ya estaba más tranquila y había empezado a pensar en el problema de la casa de su tía.

–No estoy segura de que tía Kate me dejase su casa para que la vendiese –comentó–. Creo que me veía viviendo en ella y alquilando las habitaciones.

Warwick la miró sorprendido.

–¿Por qué ibas a hacer algo así?

–¿Por qué no? He trabajado en la hostelería toda mi vida. Podría llevar la casa rural sin ningún problema.

–Estoy seguro de que sí, pero eso sería llevar una existencia muy solitaria. Al fin y al cabo, ahora que tu tía ha fallecido no tienes familia allí, ni amigos, que yo sepa.

–Eso no es del todo cierto. Conozco a los Richmond, que viven en Wamberal.

–¿Quiénes son los Richmond? Nunca me has hablado de ellos.

–Eran buenos amigos de mi tía. De hecho, fueron testigos de su testamento. Tara y Max Richmond.

–¿No estarás hablando de Max Richmond, el magnate hotelero?

–Sí, ¿lo conoces?

–He oído hablar de él. Sabía que había vendido casi todos sus hoteles internacionales y se había retirado, pero no sabía adónde. ¿Se ha casado con alguien de Wamberal?

–No. Tara es de Sidney. Tía Kate me contó un poco su historia de amor. Al parecer, llevaban un tiempo saliendo juntos cuando Tara se

quedó embarazada por accidente. Como tenía miedo de que Max no la creyese, se marchó a casa de mi tía. Al parecer, los hombres ricos siempre tienen la paranoia de que todas las mujeres quieren cazarlos quedándose embarazadas. ¿Es verdad? –le preguntó a Warwick.

Era algo que jamás se le había pasado a ella por la cabeza. Tomaba religiosamente la píldora y no creía en la maternidad fuera del matrimonio.

–Sí, es verdad –admitió él.

–Yo nunca haría algo así –le dijo Amber con firmeza.

–Lo sé. Es evidente que Max Richmond llegó a la conclusión de que su novia tampoco lo haría.

–Ah, sí, te estaba contando su historia.

–Supongo que se casaron y desde entonces han vivido felices.

–Eso dicen. Parecen la familia perfecta. Tienen dos hijos pequeños, una niña y un niño.

–Si son tan buenos amigos de tu tía, ¿por qué no estaban en su casa en Pascua?

–Porque estaban de viaje. Viajan bastante. De hecho, estaban fuera cuando la tía murió.

–Entonces, ¿Richmond no se ha retirado del todo?

–Creo que no. Todavía tiene hoteles en Asia y el Regency Royale en Sidney. Tiene un ático en él. La tía Kate se alojó allí en una ocasión y me contó que era impresionante.

–¿Cuántos años tiene Richmond? ¿Unos cuarenta?

–Yo diría cuarenta y cinco.

–¿Y su esposa?

–No lo sé. Treinta y pico. Y es una belleza.

–No me sorprende. Los hombres ricos de verdad no se casan con chicas normales y corrientes.

«Algunos no se casan nunca», pensó Amber, pero no lo dijo.

–No me sorprende que Richmond no se haya retirado del todo –continuó Warwick–. Se aburriría, todo el día en casa. Y tú también te aburrirías en una casa rural, Amber, y te sentirías sola.

–Pero conocería a gente.

–Que se iría al día siguiente. Una casa rural es un trabajo para una pareja. O para una solterona, como tu tía. A ti no te pega. No creo que estés pensándolo de verdad.

–Eso depende…

–¿De qué?

Amber dudó antes de responder.

–Depende de lo que dure nuestra relación –contestó por fin.

–Ya veo.

Amber intentó juzgar qué había querido decir con eso, pero Warwick no estaba muy comunicativo, algo típico en él.

–Sé que no te gusta hablar del futuro –continuó, decidida a aclarar las cosas–. Yo he intentado vivir el momento, como haces tú, pero en realidad no soy así, Warwick. Siempre he sido una persona práctica, a la que le gusta planificar. Estos últimos diez meses han sido maravillosos y jamás me arrepentiré de ellos, pero necesito saber si es posible que tengamos un futuro juntos. Lo dejé todo para ir a vivir contigo: mi trabajo, un novio con el que iba a comprometerme, a mis amigos… Hasta a mi familia, en cierto modo. Y si rompemos, me quedaré sin nada.

Capítulo 5

WARWICK deseó después habérselo pensado mejor antes de haber abierto la boca, pero, en el momento, le molestó que Amber pensase que iba a dejarla tirada, sin nada.

–Si rompemos, me ocuparé de dejarte bien situada. Tengo la intención de darte el piso de Point Piper. Y este coche.

Ella soltó un grito ahogado y Warwick comprendió que no le había gustado lo que había oído.

Y él tenía que haberlo sabido. Estaba enamorada y no quería ser tratada como una amante cazafortunas cuando lo que quería era amor y matrimonio. E hijos.

Una vez más, se sintió tentado a contárselo todo, pero la idea de ver dolor en los ojos de Amber hizo que se contuviese. Prefería ver desprecio, o incluso odio.

–Supongo que no te ha gustado mi sugerencia –añadió en tono indiferente. Amber luchó por mantener la compostura.

–¿Esperabas que me gustase? –inquirió.

–He aprendido a esperar lo más inesperado de las mujeres.

Amber lo fulminó con la mirada. ¿Era aquél el mismo hombre que le había hecho el amor con tanta ternura la noche anterior?

Su familia tenía razón. No tenía corazón. Y ella… ¡estaba loca!

Pero se sorprendió a sí misma tomando una decisión.

–En ese caso, te encantará oír que aceptaré encantada el piso como pago por los servicios prestados. El coche no lo quiero, ahora tengo el de mi tía Kate.

–Pero dudo que sea un Ferrari –replicó él.

–No, pero no me gustan los Ferrari. Si no te importa, me gustaría que no sobrepasaras el límite de velocidad. Me da igual que pierdas el carné de conducir, pero no quiero perder mi vida.

Él levantó un poco el pie del acelerador, pero siguió a ciento veinte kilómetros por hora, diez por encima del límite.

–Además –continuó Amber, con el corazón acelerado–, cuando lleguemos a casa de tía Kate, ¡habremos terminado! La idea de seguir viviendo con un hombre como tú un solo día más me da náuseas.

–Por Dios santo, ¡no te pongas tan melodramática! Sabías a lo que te exponías cuando te viniste a vivir conmigo. No finjas lo contrario.

–No lo hago, pero creo que las cosas han cambiado. Pensaba que yo te importaba como tú me importas a mí –dijo, mordiéndose el labio inferior para no llorar ni decirle que lo amaba.

–Y me importas –insistió Warwick–. Si no, no querría regalarte un piso que vale cinco millones de dólares que, por cierto, no has rechazado. Aunque no te habría admirado si lo hubieses hecho, habría

pensado que eres una ingenua y que estás loca.

–Y eso es lo que he sido hasta ahora, pero ya no. Por fin me he quitado las gafas color de rosa para mirarte.

–Muy bien, iba siendo hora.

–Llevabas un tiempo planeando romper conmigo, ¿verdad?

Él guardó silencio unos segundos y frunció el ceño.

–Tengo que admitir que me preocupaba que pudieses estar sintiendo algo por mí –respondió por fin.

–Eso te daría miedo, ¿no?

–Sí.

–¿Por qué? ¿Qué es lo que te aterra tanto del compromiso? –le preguntó Amber con frustración.

–El hecho de saber que no sería capaz de mantenerlo y eso me haría sentir culpable. De tal palo, tal astilla, Amber. Mi padre era muy mujeriego.

–Eso es una excusa. Que tu padre fuese un mujeriego no quiere decir que tú tengas que serlo también.

–Me parezco a él en todo, créeme. Mira, no tenía planeado hacerte daño, pero sé que lo haré si te quedas mucho más tiempo conmigo. Eres una chica estupenda y te mereces a alguien mejor que yo, a alguien que te quiera y que te dé lo que quieres en realidad. Que no es ser la amante de un hombre rico.

–¿Me estás diciendo que estás siendo cruel conmigo por mi bien?

–Supongo que sí.

–Pues no te entiendo, Warwick –admitió.

–Ni lo intentes, cariño.

–No me llames así. Odio que me llames así.

–¿Por qué?

–Porque me haces sentir barata.

–¡No seas ridícula!

Entonces se hizo el silencio. Ninguno de los dos volvió a hablar hasta que llegaron a la costa.

–Es un lugar muy bonito –comentó Warwick entonces.

–¿Qué? –preguntó Amber, que había estado pensando en otra cosa.

–Gosford. Es una ciudad muy bonita.

–Supongo que sí.

–¿Quieres que paremos a comer? –le preguntó él.

Amber se miró el reloj. Eran poco más de la una, pero no tenía hambre.

–Preferiría ir directa a casa de tía Kate, si no te importa. ¿Te acuerdas del camino?

–Sí.

–Pues tienes buena memoria, para haber estado allí sólo una vez.

–Tengo memoria fotográfica.

El comentario sorprendió a Amber. Warwick no solía hacerse cumplidos a sí mismo, a pesar de ser un hombre muy inteligente.

–¿Tu padre también la tenía? –le preguntó.

–La verdad es que no –respondió él–. Eso lo he heredado de mi madre. Era actriz. Al parecer, sólo tenía que leer los guiones una vez para aprendérselos de memoria. O eso me contó mi padre. Y no tengo ningún motivo para dudar de él, porque a mí me ocurre lo mismo.

–Supongo que eras muy bueno en el colegio –comentó Amber, pensando que era la primera vez en diez meses que tenía una conversación así con él.

–Sí, uno de los mejores –admitió Warwick.

–Yo no era buena estudiante –dijo ella suspirando–, por eso dejé el colegio con dieciséis años.

–Ser buen estudiante no es lo más importante. Yo he conocido a académicos brillantes con muy poco sentido común. Tú eres muy capaz e inteligente, y estoy seguro de que puedes conseguir lo que te propongas. Y tienes un don de gentes increíble. Le caes bien a todo el mundo. Tienes razón al decir que podrías llevar muy bien la casa rural.

A Amber le entraron ganas de decirle que no quería llevar la casa rural, que quería quedarse con él, que lo amaba.

Pero no tenía sentido. Se había terminado.

Ésa era la deprimente realidad y, lo peor sería oír a sus padres y a sus hermanos diciéndole:

–¡Te lo advertimos!

Aunque tal vez cerrasen el pico cuando ella les diese parte del dinero que iba a ganar con la venta del piso de Point Piper. Porque sabía que Warwick se lo daría. En realidad, había sido sincero desde el principio, advirtiéndole que no le gustaban los compromisos, pero ella había ignorado sus advertencias y, como consecuencia, tendría que vivir mucho tiempo con el corazón roto.

Su corazón se encogió al pensar en un futuro sin él, un futuro vacío y deprimente.

Tal vez fuese buena idea quedarse a vivir en casa de su tía y trabajar en ella. Otra alternativa sería ponerla a la venta, irse a vivir a Sidney y buscar un trabajo allí.

Pero sabía que no tendría la valentía de hacerlo inmediatamente. Necesitaba estar un tiempo sola para llorar la muerte de todos sus sueños y esperanzas. ¿Y qué mejor lugar para hacerlo que la casa de su tía, en la que estaría muy tranquila en esa época del año? No tenía que ponerla en funcionamiento todavía. Podría pasarse un mes allí, paseando por la playa, leyendo los maravillosos libros que su tía había coleccionado durante años.

Tal vez incluso volviese a escribir un diario…

Había dejado de escribirlo al mudarse a casa de Warwick y, en esos momentos, se alegraba de no haber reflejado por escrito su propia estupidez. Le habría dolido mucho leerlo después.

–No hace falta que rompamos todavía –le dijo él de repente, sacándola de sus pensamientos.

Amber se giró a mirarlo. Observó su perfil y luego sus dedos largos y fuertes, que estaban agarrados al volante. Los mismos dedos que la noche anterior le habían dado tanto placer.

La tentación de seguir con él era muy fuerte, pero ¿cómo iba a hacerlo sin sacrificar el poco orgullo que le quedaba?

Y ya no sería lo mismo después de aquello. Terminaría odiando a Warwick. Y odiándose a sí misma. Era mejor cortar por lo sano en ese momento. Despedirse con cierta dignidad.

–No, Warwick –le respondió con sorprendente firmeza–. Creo que es mejor que lo dejemos hoy. Déjame en casa de tía Kate y márchate directo a Sidney.

Cuanto antes lo perdiese de vista, mejor. Aunque sacarlo de su cabeza fuese a costarle más.

–¿Así, sin más? –preguntó él–. ¿Y si yo no quiero romper hoy? ¿Y si no quiero volverme a Sidney? Deberías tener al menos la educación de ofrecerme una taza de café y una visita al cuarto de baño. Llevo un buen rato conduciendo.

Amber suspiró. Warwick tenía razón. Ella también tenía ganas de ir al cuarto de baño, pero no le ofrecería el café. No iba a darle ninguna oportunidad para que la hiciese cambiar de idea. Podía pararse a tomar algo en la autovía.

De repente, se dio cuenta de que se había saltado la salida.

–¡Has tomado la rotonda y no has girado a la derecha! –exclamó con frustración.

Capítulo 6

WARWICK juró. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué estaba buscando excusas para prolongar las cosas? Lo mejor sería dejarla en casa de su tía y marcharse.

Pero la deseaba. Tal vez más desde que Amber le había dicho que quería dejarlo. Tendría que haberse sentido aliviado de haber podido terminar con ella sin más. Se había temido que, cuando llegase el momento, Amber se deshiciese en lágrimas y le dijese que lo amaba y que no podría vivir sin él.

En su lugar, se había mostrado fuerte y decidida. Y había aceptado el piso, lo que le sorprendía.

Le había hecho ver en ella a una Amber desconocida. La chica que estaba sentada a su lado en esos momentos, que se atrevía a terminar con él, no era la criatura dulce, cariñosa y dócil con la que había convivido durante los diez últimos meses. Aquella chica imponía mucho más. Y le parecía todavía más atractiva.

Cuando vio que tenía las mejillas sonrojadas y la barbilla levantada, notó que lo invadía una ola de deseo aún más intensa que la de la noche anterior. La idea de no volver a hacerle el amor no le cabía en la cabeza. Y tampoco podía dejarla allí y marcharse solo a Sidney.

–Donde el semáforo –le indicó Amber–, gira a la derecha y después te iré diciendo cómo llegar.

–Ningún problema –contestó él–. No tengo prisa.

Y luego la miró. Cuando Amber giró la cabeza y sus miradas se cruzaron, el corazón le dio un vuelco en el pecho. Conocía aquella mirada, sabía lo que significaba.

«Antes, muerta», pensó enfadada, a pesar de que su cuerpo había respondido tal y como Warwick lo había programado para que respondiese. Se le aceleró el pulso, se le hizo un nudo en el estómago, se le endurecieron los pezones.

Se dijo que no podía permitir que entrase en casa de tía Kate con ella. A Warwick se le daba demasiado bien la seducción, y ella era demasiado débil en sus brazos, así que no podía dejar que la besase.

Amber se armó de valor mientras le indicaba cómo llegar.

Tendría que haber previsto que a Warwick no iba a gustarle que rompiese con él. Tenía un ego enorme y éste le decía que debía ser él quien rompiese siempre todas las relaciones. Era él quien ponía las normas y quien tomaba las decisiones.

«Pues esta vez, no», pensó Amber. Nunca le habían gustado las chicas que volvían con sus novios con la excusa de que los querían aunque éstos las hubiesen tratado mal. «Si amar a alguien significa permitir que no te traten con respeto, no quiero ese tipo de amor».

Aunque entonces se dijo que, en realidad, no se merecía el respeto de Warwick. Para él, no era mejor que sus anteriores… amantes. Tal vez peor. ¿Acaso no se había ido a vivir con él cuando lo único que le había prometido había sido diversión y juegos? Warwick le había advertido desde el principio que su relación era sólo temporal. Y, aun así, ella había aceptado. Y, en esos momentos, estaba dispuesta a aceptar el pago por los servicios prestados.

¿Hasta dónde era capaz de rebajarse?

No obstante, su comportamiento no hacía menos malo el de él.

–Ya sé ir desde aquí –le dijo Warwick.

Treinta segundos más tarde estaban en la calle de su tía.

A Amber se le hizo un nudo en la garganta al ver el cartel que anunciaba la casa. Iba a ser una sensación extraña, ver que tía Kate no abría la puerta ni la recibía con su maravillosa sonrisa.

Warwick tomó el camino que llevaba al jardín trasero de la casa, donde había sitio para aparcar. Debido a la orientación de la casa, la puerta trasera de la misma había sido utilizada siempre como puerta principal.

Amber observó que, a pesar de que su padre había cortado el césped recientemente, algunos macizos de flores estaban un poco descuidados.

La tristeza la invadió al mirar hacia la casa y ver las cortinas cerradas. Se le escapó un suspiró, casi un sollozo.

–Lo sabía –dijo Warwick después de apagar el motor–. Vas a llorar.

Eso la enfureció. ¿Cómo podía ser tan desconsiderado?

Giró la cabeza y lo fulminó con la mirada.

–No pienso hacerlo delante de ti –le dijo, tomando su bolso del suelo y abriendo la puerta del coche–. No te molestes en bajar. No vas a entrar. Y no quiero volver a verte.

Él frunció el ceño.

–¿De verdad? ¿Y el piso? Tendré que volver a verte si lo quieres.

–En realidad, he estado pensando acerca de tu generoso ofrecimiento –mintió, presa de la ira–, y he decidido que no lo quiero. No quiero nada de ti, Warwick Kincaid, salvo que desaparezcas de mi vida.

–No estás hablando en serio. Sólo estás enfadada.

–Sí que lo estoy.

–Pues no tienes ningún derecho a estarlo, no te he tratado mal.

–Me has utilizado y lo sabes.

–Ya te dije qué tipo de hombre era. Te advertí que no me enamoro ni me caso. Y no pareció importarte.

Amber sacudió la cabeza.

–Es verdad. Y me siento muy avergonzada por ello. Lo único que

puedo decir en mi defensa es que jamás pensé que pudieses tener tanta sangre fría.

–No tengo la sangre fría, y lo sabes muy bien –replicó él, volviendo a mirarla con deseo.

Ella apretó la mandíbula.

–No quiero seguir hablando contigo, Warwick. Se ha terminado. Hemos terminado. Márchate.

–No quiero dejarte así –le dijo él, frunciendo el ceño.

–¡Ya lo sé! Sé lo que quieres, Warwick Kincaid, pero no vas a conseguirlo. Jamás –salió del coche y cerró la puerta de un golpe–. Si no te marchas, llamaré a la policía.

Amber sacó el teléfono móvil del bolso.

–Te llamaré –le dijo él.

–No lo hagas, por favor.

–No podrás evitar que lo haga.

–Me compraré otro teléfono.

–¿Cómo?

–Tengo dinero, Warwick –le dijo ella–. ¿Crees que mi vida empezó el día que te conocí? Tengo casi veinte mil dólares ahorrados. ¡Sobreviviré sin tu maldito piso!

–¿Y tu ropa? ¿Y tus joyas?

–Tampoco las quiero. Tal vez puedas dárselas a tu próxima amante.

Él la fulminó con la mirada antes de arrancar el motor.

–No hemos terminado, Amber Roberts –la amenazó en voz baja–. Volveré cuando te hayas calmado.

Amber agarró su bolso con fuerza al ver cómo ponía el coche en marcha y giraba de manera violenta antes de desaparecer por la carretera.

Luego se quedó allí casi un minuto, hasta que dejó de oír el motor del Ferrari.

Fue entonces cuando empezó a llorar con tanta fuerza, que temió que la oyesen los vecinos.

Volvió a meter el teléfono en el bolso, ya que no quería hablar con nadie en esos momentos, y sacó las llaves de la casa. Una vez dentro, su llanto empezó a menguar.

Su disgusto, no. Dejó el bolso encima de la mesa de la entrada y enterró el rostro entre las manos.

–Oh, Warwick… Warwick –dijo desconsolada.

Le había prometido que volvería, pero dudaba que lo hiciese. En cuanto lo pensase bien, se daría cuenta de que no tenía sentido continuar con su relación.

A pesar de saber que era lo mejor, Amber no pudo evitar sentirse deprimida. Había creído de verdad que le importaba, que era para él

mucho más que un entretenimiento temporal.

Por suerte, no le había dicho que lo amaba. Ni lo haría jamás.

Suspiró y levantó la cabeza.

–Quizás debiera haber aceptado el piso –murmuró desanimada–. Todo el mundo pensará que soy tonta por no haberle sacado nada.

Aunque si lo hubiese aceptado, se habría convertido en lo que todo el mundo la llamaba a sus espaldas. En la fulana de un hombre rico. Al menos tenía su orgullo. Algo era algo.

¿O no?

De repente sonó su teléfono móvil. Y, por un segundo, se dio cuenta de que el orgullo no era tan poderoso como el amor. Lo cierto era que deseaba que fuese Warwick quien la llamaba. Quería que volviese.

Incapaz de contenerse, sacó el teléfono del bolso y lo abrió.

–¿Sí?

–Soy yo, Amber. Tu madre.

–Ah.

–¿Estás ya en casa de tía Kate?

–Sí.

–Mira, se me ha olvidado decirte que Max Richmonds quiere que lo llames. Al parecer, Kate utilizó a su abogado para hacer el testamento nuevo y vas a tener que firmar unos papeles para poner la casa y el coche a tu nombre.

–De acuerdo –respondió ella–. ¿Tienes su teléfono?

Amber apuntó el número.

–¿Algo más, mamá?

–Sí. No. Esto… ¿Puedes hablar unos minutos?

–¿De qué?

–He estado pensando en lo que me has dicho y me siento fatal. Te quiero, Amber. Entiendo que pienses que trato mejor a tus hermanos que a ti, pero me gustaría explicarte las circunstancias de tu nacimiento.

¿De verdad pensaba su madre que no sabía lo que había ocurrido? Amber era consciente de que su padre no había querido tener más hijos después de los dos primeros. Según había oído en cierta ocasión, sólo había deseado tener varones. Ella había nacido por accidente, y luego lo había complicado todo al resultar ser una niña, una niña a la que no le gustaba el deporte ni estudiar, que no podía competir con sus excepcionales hermanos.

–Mamá… por favor… no me apetece hablar de esto ahora.

–Desde que empezaste a salir con ese hombre, Amber, nunca tienes tiempo para hablar conmigo –le reprochó su madre.

Ella consideró por un momento contarle que había roto con Warwick, pero, afortunadamente, se contuvo. No quería que la

interrogase acerca de lo que había pasado.

–Acabamos de llegar, mamá, y ni siquiera he tenido tiempo de ir al baño. Te llamaré luego.

–¿Me lo prometes?

–Sí –respondió ella, sintiendo ganas de llorar–. Adiós. Contuvo un sollozo y colgó. Después, apagó el teléfono.

Se quedó un rato allí, con el teléfono en la mano y mirando al vacío. Las lágrimas no llegaron, gracias a Dios, pero se sintió fatal por cómo había reaccionado cuando había sonado el teléfono. ¿Cómo podía desear que volviese Warwick? Era un cerdo. ¡Un cerdo arrogante y egoísta!

Y, no obstante, se había enamorado de él. ¿Por qué? ¿Qué había hecho para merecer su amor? Había que admitir que había sido un buen amante. No, un amante estupendo.

Amber sacudió la cabeza. ¿Acaso su supuesto amor por Warwick estaba basado sólo en algo tan insustancial como el placer sexual? Si era así, era una mujer superficial.

Intentó buscar en su mente otras cualidades de Warwick que hiciesen que mereciese su amor.

Era sincero. Eso tenía que reconocérselo. Jamás le había mentido. Al menos, eso pensaba. También era muy generoso y donaba grandes cantidades de dinero a obras benéficas.

Aunque podía permitírselo. Era fácil ser generoso siendo tan asquerosamente rico.

¿Qué tipo de hombre habría sido si hubiese nacido pobre?

Amber pensó que sería un experimento interesante, hacer que Warwick tuviese que vivir con muchas menos comodidades. ¿Cómo se enfrentaría a las adversidades? ¿Sacarían éstas lo peor o lo mejor de él?

Amber se encogió de hombros. Jamás lo sabría. Warwick se había ido. Había salido de su vida, pero no de su corazón. Por desgracia, lo amaba. Y, al parecer, el amor no estaba siempre sujeto a la razón.

Por fin se guardó el teléfono en el bolso y atravesó el pasillo para ir al aseo que había debajo de las escaleras.

Al lavarse las manos, lo que vio reflejado en el espejo fue la tristeza que tenía dentro. No tenía mal aspecto, ya que casi no había llorado. Se peinó con los dedos y volvió a salir al pasillo para ir a la cocina y prepararse algo de beber. Allí, se quitó la chaqueta de cuero y la dejó en el respaldo de una silla antes de poner a calentar agua. Estaba sacando una taza del armario de pino que había sobre la encimera cuando llamaron al timbre.

Una vez más, volvió a sentirse vulnerable. Fue casi corriendo hacia la puerta y la abrió, pero no era Warwick, sino un hombre alto y



guapo al que no había visto nunca.

Capítulo 7

SÍ? –dijo Amber decepcionada.

–Hola –la saludó él, tendiéndole una tarjeta de visita–. Soy Jim Hansen, de Seachange Properties. He quedado aquí con el señor Warwick Kincaid a las dos.

A Amber se le había olvidado por completo.

–Hola –dijo, sonriendo con falsedad–. Soy Amber Roberts. La dueña de la casa soy yo, no el señor Kincaid. La acabo de heredar de mi tía.

–Ah, no lo sabía, lo siento.

–Supongo que Warwick no se lo ha dicho.

–No, pensaba que el dueño era él. ¿Va a dejar la venta de la casa en manos de su novio, señorita Roberts?

–Por supuesto que no –respondió ella con cierta brusquedad–. Y Warwick no es mi novio. Es sólo un amigo que me ha traído hasta aquí hoy. Ya se ha vuelto a Sidney.

El agente inmobiliario sonrió como solían sonreír-le los hombres a Amber.

–En este caso, esto es para usted, señorita Roberts –le dijo, dándole la tarjeta–. ¿O puedo llamarte Amber?

–Llámame Amber.

–Estupendo. Según mi conversación con el señor Kincaid, quieres vender la casa, ¿verdad?

–Si le soy sincera, señor Hansen…

–Jim –la interrumpió él.

–Sí, Jim –se corrigió Amber, un poco molesta porque el agente se tomase tantas confianzas–. Si te soy sincera, todavía no sé que voy a hacer. Me temo que Warwick ha dado por hecho que quería venderla y se ha tomado la libertad de llamarte sin consultármelo. Siento haberte hecho perder el tiempo.

–No hay necesidad de tomar de forma apresurada una decisión tan importante –comentó Jim–, pero, dado que estoy aquí, ¿por qué no me enseñas la casa? Así podré hacerte una tasación estimada y sabrás más o menos lo que vale, por si al final decides vender.

Amber estuvo a punto de decirle que no, lo que era una locura. Era sensato, conseguir una tasación. Además, no quería volver a estar sola. Triste y sola. Era mejor hacer algo constructivo y estar distraída.

–Me parece bien –le contestó–. Iba a tomarme un café. ¿Quieres uno?

–Encantado.

–Por aquí –dijo Amber, guiándolo hasta la cocina.

–Tiene muy buen tamaño –comentó él mientras se sentaba.

Diez minutos después, Amber estaba casi arrepintiéndose de

haberlo invitado a entrar. No estaba intentando flirtear con ella, pero sí que estaba utilizando ese encanto empalagoso que tenían todos los buenos vendedores.

Y Amber no estaba de humor para esas cosas.

–Si te has terminado el café, Jim –le dijo, poniéndose de pie de repente–. Te enseñaré la casa en un momento.

–De acuerdo –dijo él, levantándose.

–Como ves, esto es la cocina –empezó Amber, en tono profesional–. Supongo que podríamos describirla como rústica. Si me sigues, te enseñaré lo primero la planta baja.

La planta baja estaba formada por un salón y un comedor que daban a la parte delantera de la casa, al noreste, donde estaba la playa. En la parte de atrás había un office, y enfrente, una habitación muy grande que en pasado había sido un salón de juegos, pero que unos años antes su tía había convertido en su propio dormitorio, con un rincón de estar y un baño.

La parte de arriba también había sido reformada por la misma época, cuando su tía había decidido pasar de tener una casa rural modesta, a algo más exclusivo. Las cinco habitaciones y dos baños originales se habían convertido en tres dormitorios grandes con baño incluido, y también había una agradable sala de estar con toda una pared llena de libros. Dos de las habitaciones daban al jardín trasero, pero la más grande, y la sala de estar, daban al mar.

A Amber siempre le había gustado la casa, pero mientras se la enseñaba al agente inmobiliario, se dio cuenta de que la decoración era un poco anticuada y que algunos muebles estaban viejos. Las cortinas de encaje de los dormitorios estaban pasadas de moda y, aunque los suelos de madera estaban en buen estado, había que renovar las alfombras que los cubrían.

Tal vez fuese porque se había acostumbrado a vivir en el piso de Warwick, que era muy moderno y elegante, con la moqueta de color crema, los muebles nuevos y las superficies claras y brillantes. En cualquier caso, se dio cuenta de que había que modernizar aquella casa.

Al terminar el recorrido, tenía la cabeza llena de ideas.

–Es probable que termine vendiéndola –le dijo a Jim mientras lo acompañaba hasta la puerta trasera–, pero no voy a hacerlo ahora. No creo que pudiese sacar un buen precio tal y como está.

Además, quería tener algo en lo que ocupar su mente durante las siguientes semanas, algo que la distrajese de la depresión en la que estaba segura que iba a caer, sabiendo que todos sus sueños de un futuro con Warwick se habían desvanecido.

–Tienes razón –admitió Jim–. Conseguirás un mejor precio si haces algunos cambios. La decoración es típica de una señora mayor,

mientras que el comprador que pueda permitirse esta casa será probablemente una pareja joven que busque una casa para las vacaciones y para alquilarla también.

Jim respiró sólo un segundo.

–Aunque, si te soy sincero, Amber –continuó–, siempre hay compradores para esta zona, estén como estén las viviendas. Podría conseguirte un millón de dólares mañana mismo por ésta sin mover ni un dedo. Tengo que advertirte que los cambios llevan tiempo. Tiempo y dinero.

–Es cierto, pero en estos momentos el mercado inmobiliario está en alza y las propiedades que están frente al mar se venden mejor en primavera y verano. Lo más sensato sería que la arreglase un poco y luego ponerla a la venta dentro de un par de meses.

–¡Vaya! –exclamó Jim–, veo que además de guapa, eres lista.

Amber se limitó a sonreír.

–Ya tengo tu tarjeta –le dijo después–. Te llamaré si quiero vender.

–¿Quieres decir que tal vez no lo hagas?

–No me gusta tomar las decisiones de manera precipitada.

Sólo lo había hecho en una ocasión, y así estaba.

–Muy sensata. Mira, espero que no te sientas presionada, pero… ¿querrías cenar conmigo esta noche?

A Amber le sorprendió la pregunta. Había olvidado lo agresivos que podían llegar a ser los hombres cuando deseaban conquistar a una mujer. Durante los diez meses que había estado con Warwick, ninguno de sus conocidos se había atrevido a acercarse a ella.

Pero en esos momentos volvía a estar soltera y no tenía a nadie que la protegiese.

–Mientras hacías el café me he dado cuenta de que no tenías casi comida en los armarios de la cocina –continuó Jim antes de que le diese tiempo a responder–. Hay varios restaurantes estupendos en Terrigal.

Amber supo que Jim no la estaba invitando a cenar por que le preocupase que no tuviese comida en casa.

Jim debía de tener éxito en su trabajo. Si no, Warwick no lo habría llamado. Era guapo y seguro de sí mismo, así que también debía de tener éxito con las mujeres.

Pero con ella no iba a tenerlo. Iba a estar mucho tiempo sin querer saber nada de hombres.

–Gracias por la invitación, Jim –le contestó–. Es muy amable por tu parte, pero esta noche he quedado a cenar con unos amigos que viven por aquí.

Era mentira, por supuesto, pero a Amber nunca le había gustado ser brusca cuando rechazaba a un hombre.

Éste la miró decepcionado. Y, tal vez, un poco sorprendido. Era evidente que, como Warwick, tampoco estaba acostumbrado a que lo rechazasen.

Amber se maldijo por volver a pensar en él.

Jim no tardó en recuperarse.

–Te volveré a invitar otro día.

En esa ocasión, Amber decidió ser tajante:

–No lo hagas, por favor. Sería una pérdida de tiempo.

–Tienes novio, ¿no?

–Lo he tenido hasta hace poco, y no quiero otro.

–Entendido –respondió él sonriendo–. Llámame si necesitas algo. Lo que sea.

–Lo haré –volvió a mentir ella, sabiendo que buscaría a una mujer si decidía vender la casa–. Gracias por venir.

Se quedó en la puerta observando cómo se marchaba hacia su coche, un deportivo negro con el nombre HANSEN escrito en la matrícula. No era un Ferrari, pero también parecía caro. Él le dijo adiós con la mano y volvió a sonreír antes de subir.

Amber le devolvió el adiós, pero no la sonrisa.

«Márchate de una vez», pensó, molesta.

Y él lo hizo. Por fin.

Amber suspiró aliviada al ver desaparecer el coche negro por la calle. No entendía cómo había podido desear su compañía un rato antes.

El sol se escondió detrás de una nube y ella se estremeció. Se cruzó de brazos y se había dado la vuelta para volver a la casa cuando oyó un sonido que le era muy familiar. No había un ruido igual al del motor de un Ferrari.

Volvió a girarse, boquiabierta, al ver aparecer a Warwick por el camino, tal y como se había marchado, a demasiada velocidad, haciendo girar el coche con brusquedad y deteniéndolo en el mismo lugar en el que había estado aparcado el de Jim Hansen.

En esa ocasión, Amber reaccionó con sorpresa. En el fondo, había estado convencida de que Warwick no iba a volver. Lo vio salir del vehículo serio y con cara de frustración.

–Ya estaba empezando a pensar que iba a tener que entrar para sacar a ese idiota de la casa a patadas –gruñó–. ¿Qué has hecho con Hansen, que habéis tardado tanto? ¿O prefieres que no te lo pregunte?

Amber cerró la boca por fin, y la sorpresa se convirtió en ira.

–¡No! No quiero que me lo preguntes, porque lo que haga con Hansen o con cualquier otro hombre no es asunto tuyo. Hemos terminado, ¿recuerdas?

–Habremos terminado cuando yo lo diga. Y ese día aún no ha llegado. Ahora, ¿quieres que discutamos aquí para que nos oigan los

vecinos o prefieres que entremos en la casa y hablemos como dos adultos razonables?

Warwick no esperó a que le contestase, la agarró con fuerza por el brazo e hizo que atravesase la puerta abierta. Luego la cerró de golpe y sujetó a Amber por los hombros, para que lo mirase.

–Te lo voy a preguntar otra vez, Amber. ¿Por qué habéis tardado tanto?

–No sé por qué estás tan disgustado. Eres tú quien ha llamado a Jim para que viniese.

–¿Así que ya lo llamas Jim?

–¿Por qué no? En Australia no nos andamos con remilgos, enseguida nos tuteamos.

–Muy graciosa. ¿Le has pedido a Hansen que venda la casa?

–Todavía no. He decidido quedarme a vivir aquí una temporada.

–¿De verdad? Me preguntó por qué se ha ido entonces Hansen tan sonriente. Aunque, teniendo en cuenta el tiempo que has pasado con él, me lo puedo imaginar. Debe de pensar que eres pan comido.

–¡Por favor, Warwick! –exclamó Amber, zafándose de él y entrando en la cocina.

Él la siguió.

–Te ha pedido salir, ¿verdad? –espetó, agarrándose a una de las sillas con fuerza.

–¿Qué más te da a ti? –replicó Amber, desafiándolo–. En realidad, no me quieres. Ibas a romper conmigo. Sólo estás montando una escena porque tienes el ego herido.

–Te lo advierto, Amber.

Ella levantó la barbilla.

–No me das miedo, Warwick Kincaid.

–Pues debería dártelo. Y, además, estás equivocada. Claro que quiero que estés conmigo, Amber. Más que nunca. Ahora, dime que no has accedido a salir con Hansen.

Amber lo miró fijamente. ¡Estaba loco de celos! Y por eso la deseaba más que nunca. No porque se hubiese dado cuenta de que la amaba, sino porque otro hombre se había interesado por ella.

–Dímelo –repitió él.

Amber pensó que nunca había estado tan enfadada.

–No te atrevas a acosarme, Warwick Kincaid. No tengo por qué darte explicaciones. ¡No soy tuya!

–¿No? ¡Eso, lo veremos!

Warwick rodeó la mesa para llegar hasta donde estaba ella, que le dio con una silla en la espinilla y echó a correr escaleras arriba.

Lo oyó detrás de ella y se preguntó qué iría a hacer. Warwick podía ser un seductor despiadado cuando quería, pero a ella jamás la había obligado a hacer nada que no quisiera hacer.

De repente, al llegar al último escalón, Amber tropezó y cayó sobre la alfombra que había en el pasillo del primer piso. Warwick llegó a su lado un segundo después.

–¿Estás bien? –le preguntó, ayudándola a levantarse.

–¡Mantente alejado de mí! –gritó ella, apartándose de su lado y empujándolo con fuerza.

Warwick fue a dar contra la pared y protestó de dolor. Amber aprovechó ese momento para volver a bajar las escaleras corriendo.

Pero volvió a tropezar a la mitad y fue a aterrizar de nuevo al suelo.

Capítulo 8

OH, Dios mío –exclamó Warwick, al oír el horrible ruido que había hecho la cabeza de Amber al chocar contra el suelo.

«Está muerta», pensó aterrorizado mientras corría escaleras abajo, con el corazón casi parado al arrodillarse a su lado e intentar buscar su pulso.

–Por favor, Dios, que no esté muerta –rezó, por primera vez en toda su vida.

Entonces la vio parpadear y gemir suavemente, y su corazón volvió a latir con fuerza, sintiéndose aliviado y culpable al mismo tiempo.

Porque, si se había caído, había sido por su culpa. ¿Cómo había podido amenazarla así? Era normal que Amber hubiese sentido pánico. La había asustado.

–Lo siento –murmuró, mientras intentaba decidir qué hacer lo primero–. Lo siento muchísimo.

Empezó a poner las manos debajo de su cuerpo, pero ella cerró los ojos.

–¡No me toques! –le gritó, atemorizada.

–No seas tonta. No puedes quedarte ahí, en el suelo. Tengo que llevarte a una cama.

–¡No!

–Por favor, no voy a hacerte daño, Amber. ¿Qué clase de hombre piensas que soy?

–No lo sé –admitió ella–. Ya no lo sé.

Giró la cabeza para no mirarlo, pero Warwick se dio cuenta de que tenía lágrimas en los ojos.

Jamás se había sentido tan mal, jamás había tenido tantos remordimientos.

–Te doy mi palabra –le dijo con toda sinceridad, tomándola en sus brazos– de que no volveré a hacer nada que te disguste.

Ella volvió a mirarlo a los ojos, su mirada era triste.

–¿Qué más podrías hacer, Warwick? –le preguntó.

Y él pensó que tenía razón.

Llevaba años tratando mal a las mujeres, utilizándolas para satisfacer sus necesidades y abandonándolas después, cuando se aburría en la cama con ellas. Siempre había justificado aquel comportamiento escogiendo a mujeres que sólo buscaban su dinero.

Pero jamás podría justificar lo que había hecho con Amber. Ella no era así.

Tenía que dejarla marchar, pero antes, tenía que hacer las cosas bien.

–Amber, yo…

–No –lo interrumpió ella–. No quiero escucharte. Déjame en el suelo y márchate.

–Por favor, comprende que no pueda hacerlo, Amber. En primer lugar, podrías tener una contusión. Y, en segundo lugar, podrías tener algo roto.

–No tengo nada roto. Déjame en el suelo y te lo demostraré.

Él suspiró y la dejó bajar.

Amber gimió de dolor, lo que le demostró que tenía razón. Se había roto algo.

–Creo que es el tobillo –admitió–, echando el peso en el pie izquierdo y agarrándose a él–. Voy a tener que tumbarme. La habitación de la tía Kate está ahí mismo –añadió, señalando hacia el otro lado del pasillo–. Ah…

En esa ocasión, Warwick la sujetó antes de que volviese a caerse y la llevó a la habitación que le había indicado.

Era un dormitorio horrendo, con muebles de madera oscura y encaje por todas partes.

Dejó a Amber en la horrible colcha de ganchillo e intentó no preocuparse demasiado. Sólo se había desmayado. Nadie se moría por desmayarse. Se preguntó si debía taparla con una manta. Hacía frío dentro de la casa. Era evidente que la calefacción estaba apagada. Como no quería moverla, agarró un extremo de la colcha y la tapó. Cuando volvió a mirarla a la cara, Amber tenía los ojos abiertos.

–Me he desmayado –dijo, como si fuese un crimen.

–Sí.

–Es la primera vez que me pasa.

Él se sentó a su lado, en la cama, y sonrió.

–Supongo que porque es la primera vez que te rompes un tobillo. A mí ya me ha pasado y te aseguro que no es una buena experiencia.

–¿Cuándo te pasó?

–Hace unos años. Tuve un accidente haciendo rappel.

–¿Haciendo rappel? –repitió ella, sacudiendo la cabeza–. ¿Hay algo que no hayas hecho, Warwick?

–Claro, todavía me quedan cosas por probar, pero, lo primero, ¿te duele mucho?

–Tumbada, no tanto. Me duele el tobillo y la cabeza, pero puedo soportarlo.

–¿Por qué soportarlo? Seguro que tu tía tenía algún medicamento. ¿Dónde los guardaba? ¿En el cuarto de baño?

–No, en la cocina. En el armario que hay encima de la nevera.

–Iré a ver. No intentes levantarte –le advirtió, poniéndose en pie–. No quiero encontrarte en el suelo cuando vuelva –Warwick miró hacia abajo e hizo una mueca–. Sobre todo, en esa alfombra.

Amber no intentó moverse, tenía demasiado dolor. Esperaría a

que Warwick volviese con algún analgésico. Aunque era lo último que le apetecía y sabía que a él tampoco le gustaba jugar a las enfermeras.

Deseó que no hubiese vuelto. Y deseó no haberlo conocido jamás.

Pero la vida era cruel.

Warwick volvió enseguida con un vaso de agua y dos pastillas blancas.

–He encontrado unos analgésicos bastante fuertes –le dijo, dejándole las pastillas en la mano–. No eres alérgica a la codeína, ¿verdad?

–No –respondió ella, tomándose las pastillas con el agua.

–De acuerdo. He estado pensando. Tendré que buscar un médico que pueda venir aquí, porque no voy a poder meterte en el Ferrari con el tobillo roto. ¿A quién llamo? ¿Sabes quién era el médico de tu tía?

–Tengo malas noticias, Warwick, creo que, aquí en la costa, los médicos no van a las casas.

–¿Qué? ¿Por qué no?

–Porque son muy pocos, como ocurre en casi toda Australia.

–¿Y qué hace uno cuando tiene un accidente?

–Ir a urgencias, al hospital, donde a veces hay que esperar horas. O llamar a una ambulancia con la esperanza de que llegue pronto. Y, dado que no puedo ni andar, creo que la segunda será la mejor opción.

Warwick pensó que tenía que haber otra solución.

Entonces, se le ocurrió: ¡Max Richmond! No lo conocía, pero sabía que era rico, así que seguro que también tenía muchos contactos.

–¿Y Max Richmond? –le preguntó a Amber–. Dijiste que vivía cerca de aquí, y que tu tía era amiga suya y de su mujer.

–Sí, pero no pienso que…

–¿Tienes su número de teléfono? –la interrumpió Warwick.

–Sí, pero…

–Pero nada, Amber. No pienso esperar horas a que te atiendan. Seguro que Max Richmond conoce a algún médico que pueda venir a verte, pagándole bien. Después lo organizaré todo para llevarte a un hospital privado. Dame el número de teléfono de Richmond.

Amber se dio cuenta de que estaba volviendo a asumir el mando, y no iba a permitírselo. Había roto con él y, con todo el dolor de su corazón, no iba a permitir que volviese a controlar su vida.

–Warwick –le dijo, después de contar hasta diez.

–¿Qué pasa?

–Que no me sé el número de Max Richmond de memoria. Y, aunque me lo supiese, no te lo daría. Por favor, llama a una ambulancia.

Él guardó silencio unos segundos y luego asintió.

–Si es eso lo que quieres.

–Eso es lo que quiero. Y habla como si fuese una urgencia. Si no, tardarán siglos en llegar. ¿Puedes hacer eso por mí?

–¿Mentir, quieres decir?

–Sólo exagerar un poco.

–Claro.

Y lo hizo bastante bien.

–No tardarán –anunció Warwick después de colgar el teléfono.

–Bien –respondió ella–. Cuando la ambulancia me lleve al hospital, quiero que tú te marches a Sidney y que no vuelvas a llamarme nunca más.

–No voy a dejarte sola, Amber, al menos, hasta que sepa que vas a estar bien. No me pidas eso.

Ella suspiró, exasperada, no con él, sino consigo misma, por sentirse aliviada al ver que no se marchaba.

–¿Para qué vas a quedarte? –inquirió–. Hemos terminado. No tenías que haber vuelto.

Él suspiró.

–Lo sé. Ha sido un error.

Ella prefirió no contestar a aquello. Estaba a punto de llorar y no quería hacerlo.

–Lo siento mucho, de verdad, Amber –continuó Warwick–. Jamás he querido hacerte daño.

En esa ocasión, Amber no sintió ganas de llorar, sino de matarlo.

–Entonces, ¿qué pretendías?

Él la miró fijamente durante unos segundos.

De repente, Amber se dio cuenta de que no quería que su relación se terminase sin haberle contado la verdad.

–No pretendía decirte esto, Warwick, pero ha llegado el momento.

–¿Decirme el qué?

–Que te quiero.

–Por favor… no, Amber.

–No te preocupes. No te voy a montar una escena. Sólo quería decirte las cosas como son. Admito que, al principio, no te quería. Es normal, ni siquiera te conocía. Pero en algún momento… me enamoré de ti. No sé por qué, pero, ¿sabes qué? Que, algún día, cuando me olvide de ti, podré querer a otra persona, porque eso es lo que quiero hacer con mi vida. Mientras tanto, tú seguirás disfrutando del momento. Hasta que un día te despiertes y te des cuenta de que eres un viejo aburrido y solitario.

A Warwick se le encogió el corazón en el pecho al oír su declaración de amor. Le resultó extraño que le afectase más de lo que

había imaginado. Con respecto al resto, Amber tenía razón. Menos en lo de llegar a viejo, ya se ocuparía de que eso no ocurriese. Con respecto a la soledad, siempre se había sentido solo.

Salvo con ella, con la que se había sentido menos solo y más… querido. Eso era lo que Amber le había dado y a lo que él no había podido resistirse.

Amor.

¿Por eso le estaba costando tanto terminar con su relación? «Pero tienes que hacerlo, Warwick. Por su bien».

–Tienes toda la razón –le dijo–. Soy un cerdo frío e insensible y no tengo ni idea de por qué me quieres. No obstante, me alegra oír que quieres volver a enamorarte, pero no de Jim Hansen, por favor.

–No te preocupes, no lo soporto.

–Es un alivio.

Amber puso los ojos en blanco.

–¿Quieres que te recuerde que fuiste tú quien lo llamó?

–Sí, pero pensé que estaría contigo cuando viniera. Si hubiese sido así, no se habría atrevido a flirtear contigo.

–Sé cuidarme sola, Warwick.

–Eso espero.

–¿Siempre te preocupas tanto por todas tus amantes?

–No, pero las otras eran mis amantes y tú, queridísima Amber, ni novia, con la que he vivido y por la que me seguiré preocupando hasta que vea que estás bien. Así que tendrás que aguantar que vaya contigo al hospital. Además, no puedes impedírmelo, ¿no?

Amber se sintió exasperada y resignada al mismo tiempo.

–Supongo que no –refunfuñó–, pero no pienses que voy a volver a Sidney contigo.

–Jamás te pediría algo así –respondió él.

Ella lo miró sorprendida. Y un poco decepcionada, pensó Warwick. Al fin y al cabo, debía de seguir enamorada de él.

«Intenta no pensar en eso», se dijo a sí mismo.

En ese momento, oyeron un vehículo en el camino.

–Debe de ser la ambulancia –dijo Warwick–. Voy a abrirles la puerta y a decirles que ya estás consciente.

Amber sacudió la cabeza.

–Eres muy malo, Warwick Kincaid.

Capítulo 9

OJALÁ lo fuese», pensó él mientras salía de la habitación. Si hubiese sido malo, habría mentido y le habría dicho a Amber que él también la quería, y luego le habría pedido que se casase con él. Un hombre realmente malo, le habría contado la verdad acerca de sí mismo.

–Pero parece que no eres tan malo como pensabas –murmuró para sí mismo mientras salía de la casa.

Al final, no fue detrás de la ambulancia hasta Gosford, ya que el equipo médico le dijo que pasarían toda la tarde haciéndole pruebas a Amber, y él tendría que quedarse en la sala de espera. Le recomendaron que volviese a visitarla por la noche, cuando ya tuviesen un diagnóstico.

Warwick sabía que, si Amber tenía el tobillo roto, tendrían que operarla. A él lo habían operado. Lo único que le preocupaba era que se ocupase de ella un buen cirujano, así que lo que haría esa tarde sería buscar el mejor hospital privado de la zona.

Cuando la ambulancia se marchó, Warwick se quedó en el porche, al sol, pensando cómo informarse acerca de los mejores hospitales y especialistas lo antes posible.

Entró de nuevo en la casa y fue a la cocina, donde vio un teléfono y una agenda al lado. Buscó en la R y allí encontró lo que estaba buscando: el teléfono de Max y Tara Richmond.

Guardó el número en su BlackBerry y luego llamó.

–¿Dígame? –contestó una voz de mujer.

–¿Señora Richmond?

–Sí. ¿Quién es? –preguntó ella en tono ácido.

Debía de pensar que querían venderle algo.

–No me conoce en persona, señora Richmond. Soy Warwick Kincaid, amigo de Amber Roberts, la sobrina de Kate.

–¡Ah, sí! Señor Kincaid. Ya sé quién es. Kate nos habló de usted en alguna ocasión.

–Supongo que no demasiado bien –admitió Warwick en tono seco–, pero eso ahora da igual. Lo cierto es, señora Richmond…

–Puedes llamarme Tara. No soporto que me llamen «señora».

–Muy bien, Tara.

–Supongo que me llamas para pedirme el nombre y el teléfono del abogado.

–¿Qué? No, no llamo por eso.

–¿No le han dado a la señorita Roberts mi mensaje?

–¿Qué mensaje?

–Que Kate utilizó a nuestro abogado para hacer su último testamento. Y quiere que Amber lo llame.

–Ah, la verdad es que no lo sé. Amber no me ha comentado nada, pero eso no importa ahora. Lo que ocurre, Tara, es que Amber ha tenido un accidente en casa de Kate. Habíamos venido desde Sidney a pasar el día y, por desgracia, ha tropezado y se ha caído por las escaleras. Creo que se ha roto un tobillo.

–Vaya, qué mala suerte. ¿Habéis llamado a una ambulancia?

–Sí, acaban de llevársela al hospital de Gosford.

–Ah. ¿Y qué puedo hacer para ayudaros?

–Amber me ha explicado que no hay muchos médicos en la zona y no quiero que la opere cualquiera. Como comprenderás, quiero lo mejor para ella, por eso me preguntaba si vosotros podríais recomendarnos algún hospital privado.

–Umm. La verdad es que hay pocos hospitales privados en la costa, y no puedo recomendarte ninguno, ya que no los conozco. Max tampoco ha estado en ninguno de ellos. Yo di a luz a mis dos hijos en el hospital de Gosford, donde me trataron estupendamente. Aunque hay buenos y malos profesionales en todas partes. Además, creo que los médicos de Gosford trabajan allí y en clínicas privadas también.

–¿De verdad? Me da la sensación de que el sistema sanitario es parecido al del Reino Unido.

–Yo no me preocuparía por la atención médica. Seguro que Amber está bien en el hospital, la pobre. Va a tardar semanas en poder volver a andar. Espero que vuestra casa de Sidney no tenga escaleras.

–No, no las tiene –respondió él.

Aunque Amber no iba a querer ir allí con él. Tampoco podría quedarse sola en casa de su tía. Bueno, podría hacerlo si le permitía que él pagase a una enfermera para que la cuidase, aunque tenía la sensación de que tampoco iba a querer. Así que tendría que irse a casa de su madre.

–Acaba de ocurrírseme –añadió Tara– que si sólo habíais venido a pasar el día, supongo que Amber no tendrá bolsa de aseo ni ropa para cambiarse.

–No –respondió Warwick–. No se ha traído nada.

–Y supongo que si vas tú a comprarle algo, será un desastre, si te pareces a Max. Yo tampoco puedo ir porque Jasmine está durmiendo la siesta, pero sí puedo prepararte una bolsa para que se la lleves. Tengo algún camisón sin estrenar y muestras de cosméticos.

–Muchas gracias, es todo un detalle –respondió Warwick de corazón.

–No pasa nada. ¿A qué hora vas a ir al hospital?

–Me han dicho que no vaya hasta esta noche, cuando le hayan hecho las pruebas a Amber y sepan cuál es la situación.

–De acuerdo. Supongo que ahora estás en casa de Kate, ¿no?

–Sí.

–Bueno, Max suele ir a dar un paseo por la playa todas las tardes sobre las cinco. Nuestra casa está cerca de allí, así que puedo decirle que te lleve la bolsa.

–¿Seguro? También puedo ir yo a vuestra casa a recogerla.

–No, no hace falta. Seguro que a Max no le importa.

–Muchas gracias, Amber os estará muy agradecida.

–Encantada de poder ayudaros. Es una chica encantadora.

–Sí, lo es.

–Dile de mi parte que espero que se recupere pronto. Con un poco de suerte, a lo mejor no tiene el tobillo roto.

–Eso espero yo también. De todos modos, te llamaré cuando tengamos un diagnóstico.

–Estupendo. Adiós.

Después de colgar, Warwick se miró el reloj. Las cuatro y diez.

De repente, sintió hambre. Y frío. Aquella cocina era como una nevera y él estaba acostumbrado a estar siempre en lugares con calefacción. Ni siquiera se había llevado una chaqueta. Encontró una pequeña estufa en un rincón y lo encendió y, luego, buscó algo de comer.

En uno de los armarios había muchas latas y encontró pan en el congelador. Se preparó una tostada y café y, después de comerlo, decidió dar una vuelta por la casa. Cuando había ido en Pascua a la barbacoa, sólo había entrado una vez, para ir al aseo que había debajo de las escaleras. Ni siquiera había estado en la cocina, y mucho menos en la habitación de la tía.

Echó un vistazo rápido al salón y al comedor y vio más muebles de madera oscura. Él los prefería modernos y minimalistas.

Luego subió al piso de arriba más despacio que la vez anterior. Y se sorprendió al ver un termostato. No obstante, no encendió la calefacción, ya que pretendía volver a Sidney después de pasar por el hospital a ver a Amber.

Sin embargo, las habitaciones del piso de arriba le sorprendieron gratamente. No estaban tan mal. No tenían tanto encaje, sólo en las cortinas. Y no olían a lavanda. Le gustó sobre todo la más grande, que tenía una cama enorme, el cuarto de baño al lado y unas puertas de cristal que daban a un balcón con vistas al mar.

Tal vez pudiese quedarse allí esa noche… Abrió las puertas de cristal y salió al balcón, donde la fría brisa le acercó el olor a mar. Aquél era un recuerdo de su niñez que seguía gustándole: los veranos en la playa.

Cuando él tenía unos ocho años, su padre había comprado una casa de veraneo al lado del mar, en Cornwall, en un pueblo que tenía una de las mejores playas de Inglaterra. Aunque su padre no había pasado mucho tiempo allí, y él había tenido que quedarse con la

señora que cuidaba la casa casi todas las vacaciones. Se trataba de una señora corpulenta, llamada Phyllis, que bebía como una cosaca y que a él le dejaba hacer más o menos lo que quería. Warwick se había pasado los veranos jugando y nadando con los chicos del pueblo, que también le habían enseñado a pescar y hasta a hacer windsurf. Le había encantado ir allí y había odiado volver al internado después de las vacaciones.

Por desgracia, con doce años, su padre había decidido vender esa casa. Después de aquello, había pasado los veranos en varios campamentos para chicos adolescentes. Siempre los había odiado, tal vez porque su corazón se había quedado en la playa de Cornwall.

Aunque le encantaba el campo, no había nada como las vacaciones junto al mar.

En verano, pensó Warwick sintiendo un escalofrío. En invierno, el mar no le gustaba tanto. Sobre todo, sin chaqueta. Iba a volver a entrar en la casa cuando vio a un hombre alto y fuerte corriendo por la playa, con una bolsa de deporte en la mano. Tenía que ser Richmond, aunque todavía no fuesen las cinco. Lo vio desaparecer por la calle que había más cerca de la orilla y supo que no tardaría mucho en llegar allí.

Warwick bajó las escaleras y fue hacia la puerta trasera. La abrió justo en el momento en el que el magnate hotelero entraba en el jardín.

Aunque no tenía aspecto de magnate. Iba vestido con unos pantalones de chándal de color azul marino y una cazadora gris. Llevaba el pelo muy corto y no iba afeitado, y su aspecto era mucho más duro de lo que Warwick había imaginado. Su mirada, no obstante, era inteligente. Y había algo más en él…

Desaprobación.

–Tara me ha dicho que te traiga esto para Amber –le dijo sin más, tendiéndole la bolsa.

Era evidente que lo había prejuzgado y que no pensaba nada bueno de él.

Warwick pensó que tenía razón. Era un cerdo, pero un cerdo educado. Aquello era lo único bueno que le había enseñado su padre, a tener modales.

–Muy amable –respondió–. Y muchas gracias por venir hasta aquí. Soy Warwick Kincaid.

Y le tendió la mano derecha.

Richmond dudó un momento antes de aceptarla.

–Max Richmond –respondió–. ¿Qué tal está Amber? ¿Estáis seguros de que tiene el tobillo roto?

–No, pero no podía apoyarlo. Voy a llamar para ver cuándo puedo ir a verla al hospital.

–Mantennos informados, por favor. Tara está preocupada por ella.

–Por supuesto. Y muchas gracias otra vez.

–De nada, adiós –respondió Max Richmond en tono menos frío que al llegar.

Warwick observó cómo se alejaba corriendo antes de volver a entrar en la casa, que estaba fría, fría y oscura. Encendió la luz del pasillo, cerró la puerta y miró hacia las escaleras. ¿Debía subir al piso de arriba y encender la calefacción? ¿O buscar algún sitio en el que cenar algo caliente antes de ir al hospital a ver a Amber?

Amber…

Volvió a sentirse culpable al pensar en ella. Era normal que la gente tuviese tan mala opinión de él.

–Debería darte vergüenza –le había dicho su tía.

¿Qué habría dicho si hubiese visto cómo había actuado esa tarde? Se merecía lo peor por haber asustado a Amber. Por haber hecho que se cayese.

Estaba en el hospital, sola, por su culpa.

No había nadie a su lado, tomándole la mano. Nadie que pudiese asegurarle que se pondría bien, nadie.

Aunque Amber no quería que él le tomase la mano. Para ella, no valía ni siquiera para cuidarla. Y eso no era cierto, podía ayudarla económicamente, si se lo permitía.

Cerró la puerta de la casa y se prometió que haría todo lo que pudiese para convencer a Amber de que aceptase su ayuda mientras estuviese convaleciente. Si había estado a punto de aceptar el piso de cinco millones de dólares, podría aceptar que le pagase una enfermera.

Jamás se le ocurrió que el destino pudiese presentarle otra alternativa, ni que volvería a ponerlo a prueba de nuevo…

Capítulo 10

UN minuto después de que su madre hubiese respondido al teléfono, Amber se arrepintió de haberla llamado. Se sentía muy mal y se había asustado al pensar en la operación. Además, Warwick no había ido a verla y se sentía sola.

Por eso, le había parecido natural llamar a casa para contarles a sus padres que se había caído. Al ver que su madre se preocupaba, pensó en contarle también que había roto con Warwick.

Y entonces se dio cuenta de a lo que se iba a exponer.

–Estaré bien, mamá, de verdad –le dijo, cerrando los ojos con fuerza–. El doctor ha dicho que es una operación sencilla. Y que me darán el alta pasado mañana. No hace falta que vengas.

–¿Y qué pasará cuando salgas del hospital? ¿Qué harás?

–Me las arreglaré, mamá. Warwick cuidará de mí.

–¡Ja! –espetó Doreen–. Sé muy bien lo que hará. Contratará a alguna enfermera estirada para que se quede contigo en ese moderno apartamento suyo, mientras él se va a la caza de su siguiente amante. No, no, no, hija mía, vas a venir a casa, donde vamos a cuidar de ti como es debido.

Amber sintió pánico. No quería ir a casa de sus padres.

–Te equivocas con Warwick, mamá –le contestó, desesperada–. Ya se ha ofrecido a cuidar de mí personalmente. Y no en su apartamento. Vamos a quedarnos aquí, en casa de tía Kate.

–¡No seas ridícula! –exclamó su madre–. Esa casa tiene escaleras. Deberías saberlo, te acabas de caer por ellas.

–No tengo por qué subirlas. Puedo dormir en la habitación de la tía. Tiene un baño al lado, televisión y todo lo que pueda necesitar.

–Ah, sí, se me había olvidado esa habitación –admitió Doreen a regañadientes–, pero ¿y las comidas? No creo que Warwick Kincaid sepa cocinar.

–Claro que sabe cocinar. Warwick es capaz de hacer lo que se proponga –añadió Amber. Entonces abrió los ojos y lo vio a los pies de la cama, con el ceño fruncido.

Imaginó que habría oído al menos parte de sus mentiras. Se lo aclararía todo cuando le colgase el teléfono a su madre. Mientras tanto, tenía que seguir hablando con ella sin que se diese cuenta de que su relación con Warwick se había terminado.

–¿Y cómo vas a hacer para lavar la ropa? –insistió su madre–. Estoy segura de que no ha puesto una lavadora en toda su vida.

–Mamá, no hace falta ser un genio para poner una lavadora.

–No quieres mi ayuda, ¿verdad? –le dijo Doreen por fin.

Amber se sintió culpable.

–No es eso, mamá, pero ya no soy una niña. Tengo que aprender

a resolver mis propios problemas.

Su madre suspiró.

–Si necesitas algo, me llamarás, ¿verdad?

–Claro. Por supuesto que sí.

–No estáis tan lejos de Wamberal. Podría ir a pasar el día contigo y volverme a casa a la hora que tu padre vuelve de trabajar.

Amber pensó con tristeza que su madre no se había ofrecido a irse allí con ella un par de semanas. Eso habría significado anteponerla a ella a todo lo demás, y eso no podía hacerlo.

–Tengo que colgar, mamá –le dijo de repente–. Warwick acaba de llegar.

Su madre volvió a suspirar.

–Espero que todo vaya bien mañana, cariño –le dijo–. Seguiremos… en contacto.

Y luego, colgó.

–¿Qué es eso de que yo me he ofrecido a cuidar de ti personalmente? –le preguntó Warwick.

Amber se dijo que no merecía la pena mentir. Al parecer, lo había oído todo.

–Mamá quiere que vaya a casa con ella después de la operación –le contó, suspirando–. Como podrás imaginar, no quiero hacerlo, así que le he dicho que tú ibas a cuidar de mí.

–¿Y que voy a cocinar y a lavar la ropa? –preguntó Warwick en tono divertido.

Amber se encogió de hombros.

–Es que mi madre ha dicho que seguro que contratabas a una enfermera estirada para que se quedase conmigo en tu apartamento mientras que tú… esto… salías en busca de tu siguiente amante –le contó.

–Estupendo.

–No puedes culparla por pensar así.

–No, pero es normal que me moleste que todo el mundo piense mal de mí.

–¿Quién es todo el mundo?

–Max Richmond, para empezar.

–¿Has conocido a Max? ¿Y eso?

–Te haré un resumen. Encontré su número de teléfono en la agenda de tu tía y lo llamé para preguntarle sobre los hospitales privados de la zona. Su esposa respondió y me contó que estarás igual de bien en este hospital. ¿Cómo te están tratando?

–No tengo quejas por el momento. La comida no es demasiado buena, pero, de todos modos, no tengo hambre. ¿Tú has cenado?

–He comido algo en un bar cerca de aquí. Yo tampoco tenía hambre. Estaba demasiado preocupado por ti. ¿Qué te han dicho de

las pruebas? ¿Tienes el tobillo roto?

–Sí, tenías razón. Lo tengo roto. Van a operarme mañana por la mañana.

–¿Y el médico? ¿Qué te ha parecido?

–Las enfermeras dicen que es muy bueno.

–¿Cómo se llama? Lo comprobaré.

–No hace falta –le dijo Amber–. Warwick, tienes que parar. No soy responsabilidad tuya.

–Pues yo no lo veo así. Yo causé el accidente, Amber. Si no te hubiese perseguido escaleras arriba, si no te hubiese asustado tanto, no te habrías caído.

–Por favor… no quiero volver a hablar de eso. Lo hecho, hecho está.

Warwick odió ver vulnerabilidad en sus ojos, y también dolor.

–¿Y cuándo te darán el alta? –le preguntó.

–Pasado mañana.

–Ah, casi se me olvida –le dijo él–. Tara Richmond te ha mandado unas cosas. Un par de camisones y unos cosméticos. Así es como he conocido a Max Richmond, lo ha traído a casa.

–Es todo un detalle por parte de Tara.

–Me ha parecido muy simpática por teléfono.

–Lo es.

–Me ha pedido que la llame para contarle cómo estás.

–Debería hacerlo yo –dijo Amber, tomando su teléfono.

–¿Puedes hacerlo luego?

–No, creo que debería hacerlo ahora –respondió ella–. Tenía que haberlos llamado para que me diesen el teléfono de su abogado, para algo del testamento de la tía.

Max intentó no sentirse decepcionado al ver que Amber llamaba a los Richmond. No estaba acostumbrado a no ser él su centro de atención. Ni estaba acostumbrado a que lo mirase así, como si ya no formase parte de su vida.

Tara Richmond respondió al teléfono y Amber charló con ella un rato, mientras él miraba por la ventana. Aunque, en realidad, no estaba mirando nada, sino pensando.

Finalmente, se giró y fue hacia la cama. Amber se estaba despidiendo de Tara.

–No le has dicho que hemos roto –le dijo–. Ni tampoco se lo has contado a tu madre.

–Si lo hubiese hecho, habría insistido en que fuese a casa con ella. Así, podré hacer lo que quiera.

–No podrás arreglártelas sola cuando salgas del hospital –le advirtió Warwick–. Lo sé por experiencia. Necesitarás a alguien hasta que estés curada.

Amber no lo había pensado. Hasta entonces…

–Supongo que tendré que contratar a alguien –dijo.

–Las enfermeras cuestan una pequeña fortuna, Amber. Sé que tienes dinero, pero no te quedará mucho después de seis semanas de cuidados.

–¡Seis semanas!

–Eso será lo que tardes en curarte.

–No… me había dado cuenta.

–Pero yo sí. Por eso te propongo hacer lo que le has dicho a tu madre que voy a hacer: cuidar de ti en casa de tu tía hasta que estés mejor. Espera, no digas nada hasta que no haya terminado de hablar. Iba a ofrecerte contratar a una enfermera, pero me he dado cuenta de que, al final, tu madre se enteraría de lo que está pasando y tendrías que soportar un montón de recriminaciones y críticas, y no te las mereces. Sé que vas a pensar que tengo algún plan oculto, y que voy a intentar volver a conquistarte, pero te doy mi palabra de que no es así. Quiero hacer las cosas bien por una vez. Quiero reparar el daño hecho por haber sido tan egoísta en el pasado. Quiero cuidarte, Amber. No como tu amante, sino como tu amigo. Sin sexo. Cuando te pongas bien del todo, nos despediremos como amigos. No como hoy, que nos hemos separado enfadados. ¿Qué te parece? ¿Confías en mí?

Amber se quedó completamente anonadada. No supo qué decir. Porque claro que quería que Warwick se quedase con ella. Era como un sueño hecho realidad.

Aunque, no del todo. Un sueño hecho realidad habría sido que se quedase con ella porque la quería y no podía soportar la idea de perderla. Y Amber sabía que el ofrecimiento de Warwick no estaba basado en el amor, sino en la culpabilidad.

–Veo que no te entusiasma mi idea –le dijo él.

–Es sólo… que me ha sorprendido.

–Ya lo supongo, pero es todo culpa tuya.

–¿Mía?

–Sí. Cuando te he oído contándole a tu madre que soy capaz de hacer lo que me proponga, he empezado a pensar que tal vez sea verdad, tal vez incluso pueda cocinar y poner la lavadora. Admito que va a ser todo un reto, pero estoy dispuesto a aceptarlo si tú quieres.

En el fondo, Amber sabía que aceptar aquella propuesta no era buena idea, pero no tenía la fuerza emocional, ni física, para rechazarla.

–Está bien –dijo con cautela–. Acepto.

–Me alegro. Ahora, antes de que se me olvide, tienes que decirme qué quieres que te traiga de casa. Volveré a Sidney esta noche. Y antes de que me digas que no quieres nada, recuerda que necesitarás algo de ropa. No te puedes pasar las seis próximas semanas con lo que te deje

Tara. Ni vas a poder ir de compras.

Amber decidió que no era el mejor momento para mostrarse orgullosa.

–Está bien, pero no quiero demasiadas cosas. Sólo ropa informal, pijamas, ropa interior y mis cosas del baño. Ah, y el albornoz.

–Estupendo. Tal vez sea mejor que me marche ya. ¿A qué hora te operan mañana?

–Soy la primera de la mañana. No puedo beber ni comer nada después de la medianoche.

–Llamaré al hospital a media mañana para ver cómo han ido las cosas y vendré a verte después de comer. Supongo que entonces ya estarás para visitas. No eres alérgica a la anestesia ni nada de eso, ¿no?

–No... no lo sé –respondió ella, asustada–. Ya te he dicho que no me han operado nunca. Siempre he estado muy sana.

–En ese caso, todo irá bien –le dijo él, inclinándose para darle un beso en la frente–. Intenta dormir, cariño. Ah, perdona, Amber. Las malas costumbres tardan en corregirse. Vas a necesitar un poco de paciencia conmigo, pero me esforzaré por comportarme bien.

–Y por mantener las manos quietas –añadió ella.

Él las levantó.

–Te lo prometo.

Amber puso los ojos en blanco.

–Venga, márchate antes de que cambie de idea y te diga que no vuelvas.

–No creo que lo hagas. A no ser que quieras irte a casa con tu mamá.

Amber hizo una mueca.

–No me lo recuerdes.

–Lo haré si te conviertes en una de esas pacientes quejicas, imposibles de complacer.

–¿Hablas por experiencia propia?

–Tengo que confesar que no fui el mejor paciente del mundo cuando se me rompió el tobillo. Confío en que tú seas mucho más... dócil. Ahora, tengo que irme. Hasta mañana.

En cuanto Warwick hubo desaparecido de su vista, Amber se vio asaltada por un montón de dudas. Quería olvidarse de él, no enamorarse todavía más. Cosa posible si él le mostraba lo mejor de sí mismo.

Lo único positivo que veía en su propuesta era que, tal vez, sin la magia del sexo, descubriese que en realidad no estaba enamorada de él. Había leído en alguna parte que era normal que los jóvenes confundiesen el deseo con el amor. Si no era así, y se daba cuenta de que seguía queriéndolo, tal vez fuese una oportunidad para que él se

enamorase también.

¡Vaya! Eso no se le había ocurrido hasta entonces.

Por primera vez desde el accidente, Amber volvió a animarse.

–Eso está mucho mejor –comentó la enfermera cuando fue a tomarle la tensión.

–¿Qué quiere decir? –le preguntó ella.

–Que estás casi sonriendo. Debe de ser por ese chico tan guapo que acaba de marcharse. ¿Es tu novio?

Amber estuvo a punto de contarle la verdad, pero decidió no hacerlo.

–Sí –mintió–. Llevamos viviendo juntos casi un año –añadió.

–Qué bien.

–Es inglés.

La enfermera se echó a reír.

–Lo que es es un bombón –le dijo.

–Eso, también –admitió Amber.

–Si fuese tú, no lo dejaría escapar –le aconsejó la enfermera.

–Eso es lo que pretendo hacer –respondió Amber, admitiendo por fin que merecía la pena correr el riesgo de que se le rompiese el corazón intentándolo una última vez.

Aunque lo que no sabía era que tal vez no podía esperar tener un futuro con Warwick Kincaid. Que tal vez sólo podía esperar que le rompiese el corazón y que le hiciese infeliz…

Capítulo 11

CUANDO Warwick llegó a su piso de Point Piper, ya se había hecho a la idea de su decisión de cuidar de Amber. No tenía ninguna duda. Era lo correcto. Lo único que podía hacer para no tener remordimientos cuando se separasen.

Era cierto que iba a haber momentos difíciles. No había estado seis semanas sin sexo desde que había salido del internado con dieciocho años para ir a la universidad de Oxford, ni siquiera cuando se había roto el tobillo.

No obstante, sabía que podría arreglárselas.

Mientras buscaba las cosas de Amber, supo que sería muy duro. El camisón era muy sexy: de satén, seda y encaje. Amber nunca se ponía pijamas de franela. Ni siquiera en invierno. Como la temperatura en su apartamento era muy agradable, Amber siempre se había paseado por casa en ropa interior sin miedo a pillar un resfriado.

Y a él le encantaba verla luciendo lencería.

«No pienses en eso», se advirtió a sí mismo.

Hizo una mueca y cerró el cajón de la ropa interior con firmeza después de haber guardado las prendas necesarias en una bolsa. Después, entró en el baño y metió en un neceser grande todos los productos que Amber utilizaba para el cuidado de su rostro y de su pelo. Volvió al dormitorio y miró los perfumes que había encima del tocador. Eran todos muy caros, escogidos por él mismo porque le excitaban.

–No me ha dicho que se los lleve –murmuró.

Así que los dejó allí. Y decidió dejar también la lencería sexy. Al día siguiente le compraría un pijama más recatado.

La ropa de sport no le provocó ninguna estimulación visual, pero Warwick se dio cuenta de que Amber no podría ponerse los vaqueros ajustados cuando le escayolasen el tobillo. Él se había pasado varias semanas con pantalones de chándal, pero Amber no tenía ningún chándal. No le gustaban. Cuando iba al gimnasio, se ponía siempre pantalones cortos o mallas.

No obstante, Warwick metió los vaqueros en la bolsa, pero se dijo que tendría que comprar también un par de pantalones de chándal. Recordó haber pasado por un centro comercial entre Gosford y Wamberal, donde podría comprar todo lo que necesitase.

Cuando terminó de guardar las cosas de Amber, se preparó una maleta para él. Después, se dio una larga ducha e intentó no preocuparse por si podría soportar vivir como un monje durante tantos días. Cuando por fin se metió a la cama, estaba tan cansado, que no le dio más vueltas.

Sus sueños, no obstante, no fueron tan tranquilos, sino muy eróticos, y en ellos estaba Amber. Justo antes de despertar, soñó con ella desnuda en la cama de su tía Kate. Él estaba de pie junto a la cama, mirándola y muriéndose por acercarse a ella, pero sin poder moverse. Entonces otro hombre entraba en la habitación: eran Hansen. Cuando Amber levantó la colcha para invitarlo a meterse en la cama con ella, Warwick intentó gritar, pero no le salió ningún sonido de la boca. Entonces Hansen empezó a besar a Amber y él se despertó con los puños cerrados.

Se sintió aliviado al darse cuenta de que había sido sólo un sueño, aunque su cuerpo seguía en tensión. Suspiró, se levantó de la cama y fue a darse una ducha fría. Después, volvió a la cama y se quedó allí tumbado, pensando en Amber y en todo lo que ésta le había dicho el día anterior.

A pesar de ser un hombre inteligente, no estaba acostumbrado a reflexionar. Había dejado de hacerlo en cuanto se había dado cuenta de lo que le deparaba el futuro. Debía vivir su vida día a día, buscando el placer y la satisfacción de todo lo que le gustase mientras durase. No permitía que le preocupase lo que los demás pensasen de él. No se preocupaba tampoco por las consecuencias, ni siquiera en sus inversiones.

En ese aspecto, saber qué era lo que le esperaba había sido extrañamente liberador. ¿Qué más daba si perdía todo su dinero, en comparación con la inevitabilidad de perder la cabeza?

Su brillante mente dejaría de funcionar algún día. Warwick no sabía cuándo, pero dado su historial familiar, alrededor de los cincuenta años.

«Entonces, ¿qué vas a hacer durante los próximos diez años?», se preguntó tumbado en la oscuridad, esperando a que amaneciese. «¿Más de lo mismo? O algo diferente. ¿Algo un poco más… digno?».

–¡Qué palabra tan rara! –murmuró–. Digno.

¿Qué significaba?

Supo que no volvería a dormirse, así que se levantó de la cama y fue a la cocina tal y como estaba, desnudo, a prepararse un café. El reloj que había en la pared marcaba las seis y diez. El sol no tardaría en aparecer en el horizonte, anunciando un nuevo día.

–¿Qué significa vivir una vida digna? –se preguntó a sí mismo en voz alta.

Frunció el ceño. Un año antes, jamás habría mantenido aquella conversación consigo mismo. No habría puesto en duda su manera de vivir ni se habría preguntado cómo debía vivir lo que le quedaba de vida.

Pero un año antes no había conocido a Amber.

Un año antes, nadie lo había querido.

Warwick no quería que Amber volviese a mirarlo como lo había mirado el día anterior. Quería ver en sus ojos, si no amor, al menos, admiración. Quería que estuviese orgullosa de él.

Y tal vez lo consiguiese si la cuidaba como se había prometido a sí mismo que la cuidaría la noche anterior. Con sus propias manos. Manos que, al mismo tiempo, debería mantener alejadas de su atractivo cuerpo.

Hizo una mueca al pensar en que tendría que ayudarla a vestirse y a desnudarse, a bañarse, a meterse en la cama. Toda una lista de interminables suplicios.

Debía de ser masoquista. O un santo.

Por desgracia, no era ninguna de las dos cosas. Durante las siguientes seis semanas, iba a vivir ni más ni menos que un infierno.

Sacudió la cabeza y se llevó el café al salón, donde se sentó en el sofá, desde el que se veía el mar. Desde allí vio amanecer, mientras se hacía una lista mental de las cosas que tenía que hacer ese día.

«Informar al servicio de limpieza que voy a estar fuera seis semanas. Ir al club y decirle al jefe de obra que estaré una época comunicándome con él sólo por teléfono y por correo electrónico. Llamar al hospital para ver cómo ha ido la operación. Ir a Gosford. Comprar flores. Visitar a Amber. Ir al centro comercial».

Había varias cosas de la casa de la tía Amber que había que cambiar. Para empezar, la colcha de ganchillo. También compraría una colcha nueva para el dormitorio del primer piso, el que le gustaba más, en el que dormiría él, ya que no podría dormir en la misma habitación que Amber.

Luego, estaba el tema de la calefacción en la habitación del piso de abajo. También tendría que comprarle a Amber una televisión nueva, porque la que había en la habitación de su tía era muy vieja.

Tenía que hacer muchas cosas en un día, pero sabía que lo conseguiría. Era increíble lo que ayudaban los dependientes de las tiendas cuando uno tenía dinero. Y estaba decidido a que, cuando Amber llegase a casa al día siguiente, todo estuviese listo.

Capítulo 12

Extracto del nuevo diario de Amber, escrito dos semanas después de que le diesen el alta del hospital:

¡Otro largo, penoso y frustrante día! No soporto tener que seguir con esta maldita bota puesta, ni tener que utilizar el odioso andador. Aunque sea el mejor del mercado, ya que sé que Warwick ha alquilado el mejor. Hasta tiene una bandeja en la parte de arriba y una especie de cesta en la de abajo para poder llevar libros y otras cosas, pero no consigo leer. Antes me gustaba leer, pero llevo dos semanas sin poder hacerlo. Warwick me ha comprado un iPod y me ha descargado un montón de juegos, todo un detalle por su parte, supongo, pero no era lo que quería cuando me quejé de que estaba aburrida. Lo cierto es que quiero que Warwick juegue conmigo, que no me deje sola. Estoy harta de ver la televisión, aunque sea una televisión de pantalla plana que ha debido de costarle una fortuna. Cuando llegué a casa y vi todas las cosas que había comprado, incluido un aparato de calefacción y aire acondicionado para mi habitación, le dije que no tenía que haberlo hecho, pero no me hizo caso y ha seguido comprando cosas. Yo ya he dejado de protestar. Lo que sí hice por mí misma fue llamar a una agencia para que me mandaran a una mujer que me ayudara a ducharme y a vestirme todas las mañanas. No habría soportado que lo hiciese él. Aunque lo habría hecho. Es increíble cómo se está portando. Ha aprendido a cocinar utilizando los libros de recetas de la tía Kate. Aunque también llama a restaurantes con servicio a domicilio de vez en cuando. Tampoco parece que le importe poner lavadoras. La tía Kate tenía instalada toda una lavandería, con instrucciones para los clientes. Sé que no debería quejarme. Warwick está haciendo todo lo que dijo que haría, pero lo odio. Odio que hable con Max más que conmigo, pero, sobre todo, odio dormir sola. A él no parece importarle. Ni siquiera se inmutó cuando la otra noche entró en mi habitación y yo estaba desnuda, ya que iba a ponerme el pijama. La verdad es que ni me miró. Y eso me molestó mucho. Antes decía que tenía los pechos más bonitos del mundo. De repente, ya no los quiere ver ni de reojo. Así que tal vez mi frustración sea sexual. ¿Quién sabe? Ahora, tengo que dejarte, Diario. Warwick está en la puerta. Luego sigo.

Warwick siempre llamaba a la puerta antes de entrar en la habitación de Amber desde que la semana anterior había entrado y la había pillado poniéndose el pijama. Al verla sentada en la cama, desnuda de cintura para arriba, se había pasado el resto del día frustrado, y sólo se había tranquilizado después de ir a darse un baño al mar helado.

En esa ocasión, al entrar en la habitación, la vio sentada en el

sillón que había enfrente de la televisión, vestida con un chándal de terciopelo granate, con el pelo largo y rubio recogido en un moño. A pesar de no ir maquillada, estaba muy guapa, pero parecía triste. Warwick se preguntó qué habría estado escribiendo en el diario que le había pedido que le comprase el día después de salir del hospital y que, en esos momentos, descansaba en su regazo. Todavía tenía el bolígrafo en la mano.

–La cena está lista –le anunció–. ¿Necesitas ayuda para levantarte? Amber suspiró y dejó el diario y el bolígrafo encima de la mesita que tenía al lado.

–No, gracias. Ahora voy.

Warwick apretó la mandíbula. Entendía que Amber quisiese ser independiente, pero odiaba ver que le costaba tanto esfuerzo hacer las cosas. Odiaba no poder hacer lo que un hombre habría hecho por su mujer.

–Maldita sea –murmuró, acercándose a ella para sujetarla–. Sí, ya sé que debería mantener las manos alejadas de ti, pero mi paciencia tiene un límite.

Ella puso los brazos alrededor de su cuello y lo miró fijamente.

–Pensé… que ya no te gustaba –balbució.

Él se detuvo en el pasillo, con Amber en brazos.

–No te llevo a mi cama, Amber –le informó en tono brusco–. Te llevo a la cocina, a cenar.

–Ah –dijo ella, ruborizándose y bajando la mirada.

–¿Quieres que te lleve a mi cama?

Ella volvió a mirarlo a los ojos, con expresión confundida.

–No lo sé.

No lo sabía, pero estaba agotando su paciencia.

–Entonces, permite que te ayude a tomar la decisión. Si dices que sí, te haré el amor de buena gana. Toda la noche, si así lo deseas. No me está siendo fácil estar aquí contigo así. No me gusta el celibato, pero deja que te advierta, Amber, que te dejaré cuando estés mejor. No creas que vas a conseguir que me quede acostándote conmigo, porque no va a ser así.

Amber deseó que no hubiese dicho esa última frase. Deseó que se hubiese quedado en lo de que quería hacerle el amor. Entonces, ella se habría rendido a aquel intenso calor que le corría por las venas y no se habría preocupado por el futuro. Habría podido intentar vivir tal y como había vivido él siempre: disfrutando del momento.

Pero, no, Warwick le había dicho las cosas tal y como eran. Había tenido que dejarle claro qué era lo que le había ofrecido.

¡Cómo podía ser tan cruel!

–En ese caso, llévame a la cocina –le contestó en tono orgulloso.

–Bien –replicó él, yendo a la cocina y dejándola en una de las

sillas antes de ir a ver cómo iba la cena, y aprovechando el momento para recomponerse.

Había estado a punto de ignorar la negativa de Amber y llevársela a la cama. Porque había algo en sus ojos que le decía que deseaba que le hiciese el amor.

¡Y era lo mismo que quería él!

Pero si había llegado hasta allí, no era para caer en el primer obstáculo. Tenía que mantenerse fuerte. Porque era evidente que Amber no podía hacerlo. El accidente había hecho que estuviese vulnerable y débil. Y a él no le habría costado nada seducirla.

–He hecho la receta de tu tía del estofado de carne –le dijo, volviendo a la mesa con los platos–, pero en vez de acompañarlo de patatas, he hecho arroz.

–Tiene buena pinta –comentó Amber sin ánimo mientras tomaba el tenedor.

–¿Quieres una copa de vino tinto para acompañarlo? –le preguntó Warwick, levantando la botella que había comprado un rato antes–. Sé que no te encanta el tinto, pero con esto no se bebe vino blanco. Y este Merlot es muy bueno, muy suave al paladar.

–Me da igual –respondió ella encogiéndose de hombros.

Warwick se dio cuenta de que la cena iba a ser más bien triste. Y tuvo razón. Amber no habló, se limitó a comerse la carne como si fuese un robot. Se la comió toda, eso sí, lo que lo consoló un poco, después del esfuerzo realizado para preparar aquel maldito plato. Se había pasado horas metido en la cocina. Aunque en realidad no le importaba. Por extraño que pareciese, había descubierto que le gustaba cocinar, aunque se tardase tanto en hacer todo. Lo que odiaba era recoger después. De hecho, odiaba limpiar en general. Habría contratado a alguien para que lo hiciese, pero necesitaba distraerse lo máximo posible, y cansarse. Así que, además de hacer la casa y la compra, salía a correr por la playa dos veces al día, por la mañana el solo y por la tarde con Max, cuya simpatía parecía haberse ganado al final. De hecho, había ido a casa la noche anterior con una botella de porto y se la habían bebido juntos mientras charlaban de negocios.

No habían tocado ningún tema personal, cosa que Warwick agradecía. Le habría resultado molesto explicarle cuál era la situación con Amber sin parecer el malo de la película. Y lo era, por supuesto. Pero le caía bien Max y no quería que volviese a pensar mal de él. Así que cuando Max le había dicho que fuesen a una barbacoa a su casa ese fin de semana, como una pareja normal, él había aceptado la invitación.

Pero todavía no se lo había dicho a Amber. Tendría que hacerlo, porque Tara se pasaba a verla de vez en cuando y, antes o después mencionaría la invitación.

–Por cierto –dijo cuando vio que Amber había terminado de cenar–. Max y Tara nos han invitado a una barbacoa el sábado. A la hora de comer.

–¿Sí? ¿Cuándo ha sido eso?

–Anoche.

–Ah. ¿Y qué has contestado?

–Que sí.

–Sin consultármelo antes.

–Sí.

Amber intentó no explotar, pero pensó que Warwick era realmente incorregible.

–No quiero ir –mintió.

En realidad, estaba deseando salir de aquella casa.

–Si no quieres ir, tendré que contarles la verdad.

–¡Pues cuéntasela!

–¿Para qué? Ellos se sentirán incómodos y nosotros también.

–Tú te sentirás incómodo –replicó Amber.

–Es cierto, pero también pienso en ti. Max y Tara son buenas personas. Buenos amigos. Los vas a necesitar cuando yo me marche. ¿Por qué estropear su amistad aireando todos nuestros trapos sucios delante de ellos? Es mejor que sigamos fingiendo que somos lo que ellos piensan que somos: amantes. Así, cuando yo me marche, te ayudarán y te darán todo su apoyo.

–¿No será que no quieres que tu amigo se dé cuenta de que tía Kate tenía razón cuando dijo que eras un cerdo despiadado?

Warwick no pudo evitar sonreír. Amber era muy lista, siempre lo había pensado.

–Ése también podría ser un factor –admitió, rellenándose la copa de vino.

–Un factor muy importante, pero iremos a la estúpida barbacoa. Aunque no sé qué demonios voy a ponerme.

–Faltan cuatro días para el fin de semana. Algo idearemos. Ahora, ¿quieres más vino o no?

–No, no me ha gustado mucho.

–De acuerdo –dijo él, suspirando–. Entonces, te llevaré de vuelta a tu habitación.

–De eso nada. Volveré sola.

Él la miró con exasperación.

–¿Y cómo piensas hacerlo? El andador está en la habitación.

–Seguro que no te importa ir a buscármelo.

–Pues te equivocas –replicó Warwick, llevándose la copa a los labios.

–Por favor –le dijo ella.

–No me has dado las gracias por la cena.

Amber puso los ojos en blanco.

–Gracias por la cena.

–De acuerdo –dijo él, dejando la copa en la mesa–. Ahora voy a por el andador.

Amber observó cómo se levantaba y salía de la cocina, y no pudo evitar fijarse en lo guapo que estaba. Tenía el rostro bronceado gracias a que había estado yendo a correr y su cuerpo estaba más fuerte que nunca, en especial, el trasero. Aunque ella no necesitase imaginarse lo que había debajo de aquellos ajustados vaqueros. Conocía el cuerpo de Warwick a la perfección y le encantaba.

Pero lo que más le gustaba era lo que Warwick hacía con ese cuerpo. Su forma de hacerle el amor. Había tenido pocos amantes a lo largo de su vida, pero estaba segura de que, aunque hubiese tenido cien, ninguno habría sido comparable a él.

Cuando Warwick volvió a la cocina con el andador, Amber lo miró con todo descaro. Por suerte, él tenía la vista clavada en el suelo y no se dio cuenta. Ella se preguntó si acaso no había aprendido la lección un rato antes. Había estado a punto de ceder, de pedirle que le hiciese el amor toda la noche, sin preocuparse por el futuro. Lo que era una locura, ya que no estaba tomándose la píldora. La había dejado el mismo día del accidente, pensando que era una pérdida de tiempo.

Volver a acostarse con Warwick habría sido una tontería. Arriesgarse a quedarse embarazada habría sido totalmente inaceptable. Y habría podido ocurrirle porque, una vez en sus brazos, se habría excitado tanto, que no se habría parado a pensar en métodos anticonceptivos.

¡Estaba loca!

Cuando Warwick levantó la vista, Amber había conseguido calmarse.

–Gracias otra vez –le dijo.

–Es un placer –respondió él–. ¿Estás segura de que quieres hacerlo sola?

–Sí, por favor.

–En ese caso, creo que voy a salir a dar un paseo. Intenta no caerte mientras yo esté fuera, ¿de acuerdo? Sus miradas se encontraron. La de él parecía un tanto divertida, la de Amber era rebelde.

Intentó pensar en algo gracioso para decirle, pero antes de que le diese tiempo a hacerlo, Warwick se había dado la vuelta y había salido de la cocina.

–¡Maldita sea! –murmuró ella, que odiaba que fuese él quien tuviese siempre la última palabra.

Pero el portazo que dio al salir le hizo pensar que no estaba tan

tranquilo como había querido hacerle ver. Ella se fue a la cama, complacida por la idea de que Warwick también se sintiese frustrado.

No obstante, no pudo dormirse. Su mente estaba tan agitada como su cuerpo.

Al final, aceptó que había sido un error permitir que Warwick cuidase de ella. Tenía que haberse ido a casa de su madre. Todavía podía hacerlo. Su madre la llamaba día sí, día no. Aunque todavía no había ido a verla. Había dicho estar con la gripe desde el día después del accidente.

Amber no se lo creía del todo. No le había parecido que su madre estuviese tan enferma, pero tal vez estuviese paranoica.

No obstante, aquello era suficiente para que Amber no quisiese pedirle ayuda. Dadas las circunstancias, no le quedaba otra alternativa que seguir con aquella pesadilla.

Tendría que aguantar tres semanas y media más. ¡Qué horror!

Capítulo 13

CUATRO días después, Amber se despertó sintiéndose algo mejor al saber que iba a pasar el día fuera, vestida con ropa bonita, para variar. Tara había tenido el detalle de ir de compras para ella y le había llevado varios conjuntos de una tienda cercana para que les echase un vistazo.

Uno de ellos le había parecido bonito y práctico al mismo tiempo. Se trataba de un traje de pantalón azul claro, con el pantalón lo suficientemente ancho como para ocultar la fea bota que llevaba puesta. La chaqueta era larga, de punto, estilosa y moderna, y debajo llevaba una camisola de seda de color crema.

Amber había sabido que era perfecto incluso antes de probárselo.

El único problema era vestirse, ya que Judy tenía el fin de semana libre.

–Yo creo que podrás arreglártelas sola –le había dicho el día anterior–. Si no, pídele a Warwick que te ayude.

Amber le había dicho que sí a Judy, pero pensando que lo haría sola, aunque muriese en el intento.

Era cierto que ya guardaba mejor el equilibrio. Habían pasado tres semanas desde la caída, la herida se había curado y le habían quitado los puntos, pero todavía le dolía el tobillo si apoyaba el pie sin la bota. Podía llegar al baño sola, pero no se veía capaz de entrar y salir de la ducha sin ayuda. Lo que significaba que tendría que llamar a Warwick.

¡Y eso no era buena idea!

Al final, entró con la bota envuelta en papel transparente. Aunque tardó siglos. También le costó mucho secarse, ya que tuvo que hacerlo agarrada al toallero. Pensó que secarse el pelo no podría ser peor, así que llevó el secador y la ropa interior a la cama.

Posiblemente, el ruido del secador impidió que oyese que Warwick estaba llamando a la puerta. En cualquier caso, ésta se abrió de repente y él entró, deteniéndose de golpe al ver a Amber sentada en la cama, completamente desnuda.

–¡Ah! –gritó ella, tapándose con un cojín.

Él se echó a reír.

–Es un poco tarde para eso, ¿no crees? He llamado. Aunque es evidente que no me has oído. Sólo quería ver cómo ibas. Son las doce menos cuarto. Les dije que iríamos sobre las doce.

Amber hizo una mueca.

–Lo siento, pero voy a tardar al menos otro cuarto de hora. No me he maquillado todavía, ni estoy vestida.

–Sí, eso ya lo veo –respondió Warwick, que no podía creerse que Amber se hubiese ruborizado de aquella manera.

¿Cuántas veces la había visto desnuda?

«¿Y por qué te has excitado tú tanto al verla ahí sentada?».

–He tardado siglos en ducharme –le dijo ella, claramente incómoda con su presencia. Tal vez se había dado cuenta de que estaba excitado.

–Llamaré a Max y le diré que vamos a llegar quince minutos tarde –respondió Warwick, dándose la vuelta para salir corriendo de la habitación.

No tenía sentido que ambos siguiesen avergonzados. Ni que él siguiese deseando algo que no podía tener.

Quince minutos después, llamó de nuevo a la puerta de la habitación.

–Sí, puedes entrar –le dijo Amber–. Estoy lista.

Warwick intentó que no se le notase lo mucho que le afectaba verla tan guapa.

–Estás preciosa –le dijo–. Te sienta bien el azul.

–Gracias. Tú también estás bien.

–¿Bien? –repitió él–. Te diré que me he gastado una pequeña fortuna en este conjunto.

Era mentira. Los vaqueros negros y la camisa a rayas negras y grises le habían costado alrededor de doscientos dólares en una tienda de ropa de Erina Fair, y la cazadora de cuero negra la había comprado rebajada, por doscientos cincuenta dólares, en el mismo sitio.

Había visto el conjunto en el escaparate, le había gustado y se lo había comprado todo, algo poco habitual en él. Hasta hacía unas semanas, sólo compraba ropa hecha a la medida, pero desde que estaba en Wamberal ya no le importaban esas cosas. Le parecían… irrelevantes.

Tampoco le importó llegar a casa de Max en el coche de Kate, en vez de en su impresionante Ferrari. Sólo le importaba la comodidad de Amber.

–Es la primera vez que vengo –le dijo ésta cuando llegaron a casa de los Richmond, que estaba a menos de un kilómetro de la casa de su tía.

Era una casa impresionante incluso desde fuera y daba directamente a la playa. Era normal, Max era un hombre muy rico.

Amber y Warwick se detuvieron delante de las puertas de seguridad durante algo más de diez segundos antes de que éstas se abrieran y dejasen paso a un bonito jardín adornado con palmeras y una fuente en el centro. Warwick condujo por el camino circular que llevaba al aparcamiento y detuvo el coche delante del elegante porche. Una de las grandes puertas de madera se abrió en cuanto hubo apagado el motor y Max salió por ella sonriendo.

Entre los dos hombres, ayudaron a Amber a salir del coche y

entrar en la casa, ya que se había negado a llevar el andador.

–Llegáis justo a tiempo –comentó Max mientras subían poco a poco las escaleras–. He abierto una botella de un vino tinto maravilloso hace diez minutos y debe de estar en su punto para beberlo. No te preocupes, Amber, Warwick me ha dicho que prefieres el blanco, así que también he puesto un par de botellas de Sauvignon Blanc a enfriar.

–¡Un par de botellas! –exclamó ella–. Voy a acabar por el suelo antes de terminar.

–No lo creo. Tara también prefiere el blanco, así que te ayudará a beberlo. Por aquí…

–¡Qué casa tan bonita! –comentó Amber al entrar en el espacioso recibidor.

Había esperado una decoración diferente. Mientras estaba con Warwick en Sidney, había ido a muchas cenas a casa de personas ricas y famosas. Y había descubierto que podía dividir la decoración de estas casas en dos grupos: las que estaban llenas de lámparas de araña, antigüedades y más mármol que en el Vaticano; y las casas en blanco y negro, con muebles minimalistas, que eran bonitas en las revistas, pero carecían de calor y comodidad en realidad.

La casa de Tara y Max era cálida y cómoda, pero sin antigüedades a la vista.

Los muebles eran modernos, pero informales, todo en tonos crema. Al entrar en la cocina, Amber vio una zona de juegos para los niños a un lado, y una mesa para comer al otro. Unas puertas de cristal daban paso a una terraza, y a una piscina.

–Tara está vistiendo a Jasmine –les explicó Max–, pero no tardará.

–No pasa nada –respondió Amber–. Sacadme a esa mesa de la terraza para que pueda sentarme al sol.

–Buena idea. Te sacaré una copa de vino, pero antes quiero que Warwick conozca a Stevie. Está jugando fuera, en la arena, como de costumbre.

A Warwick se le había olvidado que Max tenía hijos al aceptar la invitación. No se le daban bien los niños, tal vez porque sabía que jamás los tendría. Solía ser impaciente con ellos y no le interesaban las múltiples cualidades que sus padres veían, orgullosos, en ellos.

Pero era imposible que Stevie no le cayese bien. No era sólo un niño guapo, sino que carecía de esa molesta energía que los niños pequeños parecen incapaces de controlar. Tampoco parecía necesitar que le entretuviesen constantemente. Estaba tan contento, jugando solo en la arena, haciendo carreteras y garajes para sus coches de juguete.

–Tienes un hijo estupendo –le dijo Warwick a Max mientras

volvían hacia la casa.

–Estoy de acuerdo. No se parece en nada a mí de niño –le contó mientras servía las bebidas para todo el mundo–. Yo era un pesado. Siempre quería llamar la atención, siempre quería ser lo primero. Stevie es independiente y tranquilo. Se parece a mi hermano pequeño, que era un niño encantador. Él también se llamaba Stevie. Por desgracia, murió joven, de un cáncer de testículos.

–Qué mala suerte.

–Yo no creo que fuese cuestión de suerte. Mamá dijo que debía de haber heredado el gen causante de la enfermedad.

Cualquier conversación acerca de la genética siempre interesaba a Warwick.

–¿No te preocupa haberlo heredado tú también?

–No. Stevie y yo éramos de padres diferentes. El padre de Stevie murió joven, de cáncer. Mi padre sigue estando fuerte. Tuvo un infarto hace unos años, pero se ha recuperado bien.

–Tu madre se casó dos veces, ¿no?

Max dudó antes de contestar.

–No –respondió por fin–. Tuvo una aventura.

–Ah…

Max se encogió de hombros.

–No fue sólo culpa suya. Mi padre estaba mucho fuera de casa. Supongo que ella se sentía sola.

–¿Y tu padre se enteró de la aventura, y de que se había quedado embarazada de otro hombre?

–Al principio, no. Cuando lo supo, hizo lo que hacen la mayoría de los hombres cuando se enfrentan a algo inconcebible. Se marchó. Bueno, en realidad, empezó a viajar todavía más.

«Es lo mismo que hago yo», admitió Warwick en voz baja. Viajar mucho. Ir de un sitio a otro, de negocio en negocio, de mujer en mujer.

Y le había funcionado bien hasta entonces. No había tenido tiempo para pensar. Pensar en lo inevitable conducía a la depresión, y a pensamientos todavía más horribles. Lo sentía por el padre de Max y entendía muy bien sus métodos para lidiar con la infidelidad de su esposa.

–Debió de ser una época muy difícil para él –comentó con toda sinceridad.

–También fue muy difícil para mí –respondió Max con cierta acidez, pero luego se encogió de hombros–, pero eso forma ya parte del pasado. No merece la pena recordarlo.

–No –dijo Warwick.

Había que preocuparse por el futuro.

–Toma. Llévale esta copa de vino blanco a tu chica. No sé por

qué tarda tanto Tara.

Warwick se quedó unos segundos inmóvil después de que Max hubiese desaparecido, luego, salió a la terraza.

–¡Qué bien se está aquí! –comentó Amber, aceptando la copa.

–Max ha ido a ver por qué tarda tanto Tara –le dijo él, dando un trago a su copa de vino tinto–. Umm. Es muy bueno.

–Los hombres y el vino tinto –comentó Amber con cierta impaciencia–. No sé qué veis en él. Yo bebería blanco todos los días.

–Cambiarás de idea con los años. Ah, ahí está Tara. Con la pequeña Jasmine, ¿no?

«Qué raro», pensó Warwick mientras recorría a la esposa de Max con la mirada. Era una rubia muy guapa, con una figura impresionante, sobre todo con aquellos vaqueros blancos y el jersey verde esmeralda que hacía juego con sus ojos, pero no se le aceleraba el corazón al verla, como le ocurría con Amber, y tal vez fuese mejor así.

Warwick pronto se dio cuenta de que la hija pequeña de Max, de tres años, no se parecía en nada a su hermano, ni físicamente ni en la manera de ser. Mientras que Stevie era simplemente un niño guapo, Jasmine iba a ser toda una belleza, pero mientras que Stevie no requería atención, Jasmine la demandaba constantemente. Pronto pidió que tío Wawie la tomase en brazos mientras su padre se ocupaba de la barbacoa.

–A Jasmine le encanta ver cómo hago la barbacoa, ¿verdad, princesa? –le dijo Max a la niña, después de que Warwick la hubiese tomado en brazos.

–A veces a papá se le quema la carne –dijo la niña, explicándose muy bien para tener sólo tres años–. Sobre todo las salchichas. Por eso tengo que vigilarlo. Tú también puedes vigilarlo, tío Wawie.

Max puso los ojos en blanco.

–¿Qué te parece si tío Wawie vigila las salchichas mientras yo hago las chuletas?

Jasmine hizo un puchero.

–No puede hacerlo, papá. Sólo tiene dos manos y las tiene ocupadas.

–Sí, Max –comentó Warwick–. Muy ocupadas.

Y tomó la copa de vino con la que le quedaba libre para darle un buen trago.

–Jasmine, ¿por qué no vas a jugar con Stevie en la arena? Debe de sentirse muy solo.

–A Stevie le gusta jugar solo, papá. Y yo quiero quedarme aquí –dijo la niña, haciéndole ojitos a Warwick.

De repente, éste se sintió fatal al pensar que jamás tendría una niña tan guapa como aquélla. Ni un hijo tan estupendo como Stevie.

Deseó no ser el hijo de su padre para haber podido casarse con Amber y tener una familia como la de Max. Podría haber vivido en una casa como aquélla. Podría haber envejecido con Amber, como Max probablemente envejecería con Tara. Podría haber sido incluso abuelo.

Pero eso jamás ocurriría.

Max tenía razón, era una cuestión de herencia.

Warwick supo entonces que no podría seguir con Amber mucho tiempo más. Tenía que volver a su vida anterior, en la que nada ni nadie le importaba. Aquello era demasiado doloroso.

Tal vez pudiese aguantar tres semanas más, pero tenía serias dudas al respecto.

–¿Te pasa algo, Warwick?

La pregunta de Max lo sacó de sus pensamientos.

–No. ¿Por qué?

–Te he visto un poco raro.

–¿Qué significa «raro», papá? –preguntó Jasmine.

–Significa triste.

–¿Estás triste, tío Wawie?

–Creo que necesito comer –respondió él–. Este vino es estupendo, pero se sube a la cabeza.

–Bueno, la carne casi está hecha. Y no se me ha quemado, señorita –añadió Max, dirigiéndose a su hija.

Ésta se echó a reír.

–¡Tara! –llamó Max–. ¿Cómo va la ensalada?

–Está todo en la mesa –respondió su mujer.

–En ese caso, llevaré la carne. ¡Ya estamos! Stevie, ve a lavarte las manos. La comida está lista.

Capítulo 14

HA sido un día estupendo –le dijo Amber a Tara poco después de las cuatro y media.

Estaban solas en la cocina mientras los hombres daban un paseo por la playa con los niños.

–Muchas gracias por habernos invitado –añadió.

–Gracias a vosotros por venir –le respondió Tara mientras terminaba de recoger el lavaplatos–. Últimamente no recibimos muchas visitas, salvo las de la familia, claro. Los niños acaban con la vida social de cualquiera. Aunque no me importa. Me gusta estar en casa.

–¿Y a Max? –preguntó Amber–. ¿Tampoco le importa?

Tara sonrió.

–Antes me preocupaba que echase de menos los viajes, pero no es así. Todavía viajamos mucho, pero todos juntos. Max ya no va nunca solo.

–Parecéis los dos muy felices.

–Y lo somos. ¿Y tú, Amber? ¿Eres feliz con Warwick?

Ella estuvo a punto de contarle la verdad, pero sólo a punto.

–Mucho –contestó, obligándose a sonreír.

–¿Crees que os casaréis en algún momento?

Amber decidió ser sincera en cierto modo.

–A Warwick no le gusta el matrimonio.

–Ya, eso había oído.

–¿A quién?

–A Kate.

–¿Qué te dijo mi tía exactamente?

–No creo que pueda repetirlo –admitió Tara, haciendo una mueca.

–¿Tan malo era? –le preguntó Amber.

–Los hombres cambian. Cuando yo conocí a Max, él tampoco tenía pensado casarse. Por entonces, estaba al mando de una docena de hoteles internacionales y se pasaba el día viajando.

–¿Y qué le ha hecho cambiar? A mí me parece que le encanta tener una familia.

Tara se echó a reír.

–El pequeño Stevie fue lo que le cambió.

Aquello entristeció a Amber.

–Por desgracia, Warwick tampoco quiere tener hijos.

–Eso lo dicen muchos hombres, pero los tienen. Max también dijo que no quería tener hijos, pero, cuando me quedé embarazada, cambió de idea y me pidió que me casase con él.

–Eso es porque te quiere.

Tara frunció el ceño.

–¿Y tú no crees que Warwick te quiera?

Amber se mordió el labio. Había metido la pata.

–Bueno… nunca me lo ha dicho.

–Eso no quiere decir nada, con un hombre como Warwick. Sé muy bien cómo son los de su tipo.

–¿Y cómo son?

–Reservados y un poco estirados. Ya sabes, británicos.

Amber se echó a reír.

–Warwick no es así. Es el hombre más impulsivo, temerario y loco que he conocido.

–¿De verdad? Jamás lo habría imaginado. Parece tan… conservador. ¿Cómo es en la cama? ¿O no debería preguntártelo?

Amber se ruborizó.

–No tengo queja.

Tara se echó a reír.

–¿Quién es ahora la reservada y tensa?

Amber rió también.

–Vaya, ¡está empezando a hacer frío!

Amber se giró despacio en la banqueta de la cocina al oír la voz de Max. Estaba justo delante de las puertas de cristal, limpiándose los pies en un felpudo y frotándose las manos con fuerza. Warwick todavía estaba en la terraza, sacudiendo la arena de la ropa de Jasmine. Cuando Stevie siguió a su padre dentro de la casa, Max le dio la mano y lo condujo hasta donde estaba su madre.

–Deberías haber visto el castillo de arena que han construido entre Warwick y Stevie –le dijo a Tara–. Tenía hasta un foso.

–He utilizado un hueso de sepia que he encontrado como puente levadizo –añadió Stevie orgulloso.

–¡Qué chico tan listo! –le dijo su madre.

Stevie sonrió encantado.

–Tío Warwick me ha dicho que me ayudará a hacer otro castillo pronto.

–Eso es muy amable por su parte –respondió Tara–, pero ahora es la hora del baño.

–Y hora de que nosotros nos vayamos a casa –dijo Warwick entrando en la cocina, con Jasmine en brazos.

–No quiero que tío Wawie se vaya a casa –protestó la niña, haciendo uno de sus típicos pucheros.

–Yo tampoco quiero marcharme, cariño –le dijo él–, pero tía Amber tiene un tobillo roto y se cansa enseguida. Tengo que llevarla a casa y meterla en la cama.

–Ven, dame a Jasmine –dijo Tara, tomando a su hija en brazos–. Max, ayuda a Warwick a bajar las escaleras con Amber. Siento tener

que dejaros, pero estos niños tienen su rutina. En cuanto nos salimos de ella, es una locura.

¿Acaso quiso el destino que Max los acompañara?

En cualquier caso, fue Max quien dijo las palabras fatales que hicieron que a Amber se le ocurriese la idea.

–Muchas gracias por ayudarme con los niños, Warwick. Has tenido una paciencia increíble con Jasmine. ¿Sabes?, serías un gran padre.

Warwick respondió algo que Amber no entendió. Su mente ya estaba en otra parte.

Warwick sería un gran padre. Ella también se había fijado en lo bien que se llevaba con los hijos de Max, en especial, con Jasmine. Su paciencia y dulzura la habían sorprendido.

De acuerdo, así que le daba miedo la paternidad. Probablemente, porque su padre no se había ocupado mucho de él, y porque su madre lo había abandonado. No había tenido precisamente un buen ejemplo.

Pero, en el fondo, era un hombre honrado, a pesar de la vida que había llevado hasta entonces. Un hombre decente, que estaba cuidando de ella y estaba cumpliendo su promesa de no tocarla.

Pero lo haría si ella le daba luz verde. La noche anterior había admitido que el celibato le estaba resultando muy duro. A Amber no le sería difícil seducirlo, siempre y cuando pudiese convencerlo de que lo único que quería de él era sexo. Ya se le ocurriría el modo.

Por supuesto, Warwick no sabía que había dejado de tomar la píldora. No se lo había dicho. Si se acostaban juntos, no se imaginaría que ella lo hacía para quedarse embarazada.

¡Aunque sólo de pensarlo se le cortaba la respiración!

–¿Te pasa algo? –le preguntó Warwick.

–¿Qué?

Fue entonces cuando Amber se dio cuenta de que ya iban de camino a casa. No recordaba haberse despedido de Max.

–Has dado una especie de grito. Como si algo te hubiese asustado.

–Ah, eso –dijo ella–. He movido el pie y me ha dolido.

–Hoy has hecho demasiadas cosas –la reprendió con tacto–. Tenías que haber traído el andador.

–Warwick, ya vale. Estoy bien.

–Pues me ha dado la sensación de que te dolía.

–Me tomaré un analgésico al llegar a casa.

¿Cómo iba a seducirlo si pensaba que le dolía el tobillo?

No obstante, tendría que hacerlo si quería tener un hijo suyo. Y lo quería. Más que nada en el mundo. ¿Por qué no intentarlo? ¿Por qué tenía que perderlo todo? Además, si tenía éxito y se quedaba embarazada, tal vez Warwick hiciese como Max y cambiase de

opinión con respecto al matrimonio y los hijos. Tal vez hasta se diese cuenta de que, al fin y al cabo, la quería.

O tal vez no. Lo que significaría que Amber tendría que criar a su hijo sola…

Ésa era una posibilidad que no podía descartar.

Su madre se pondría furiosa con ella, pero tía Kate la habría comprendido. En una ocasión, le había aconsejado a Amber que, si alguna vez se quedaba embarazada estando soltera, se quedase con el niño, pasase lo que pasase, porque ella se arrepentía de no haber tenido hijos. Kate le había dicho que ella la ayudaría con el niño si el padre no lo hacía.

Y ya la había ayudado, ¿no? Le había dejado su casa y su coche. Y todo un legado de autoestima e independencia.

«Puedo hacerlo», decidió Amber cuando llegaron a casa. «Tengo que hacerlo. No es nada malo, es lo correcto. Para los dos».

Capítulo 15

WARWICK aparcó el Astra lo más cerca posible del porche trasero, abrió la puerta de la casa y luego volvió al coche a ayudar a Amber a salir.

–Tardaremos mucho menos si me dejas que te lleve yo dentro.

Ella lo miró con sorpresa. Con sorpresa… y con algo más.

Pero Warwick no supo qué era. Amber había estado muy callada desde que habían salido de casa de Max. Era evidente que le dolía mucho el tobillo, otro motivo para llevarla él hasta la casa.

–Supongo que no pasará nada porque me lleves –contestó Amber, suspirando con resignación.

–Confía en mí, no lo haría si no fuese necesario –dijo Warwick, tomándola en brazos.

Nunca había sido masoquista. Al menos, hasta hacía un par de semanas. Tener una relación platónica con Amber era el masoquismo llevado al extremo. Y tenerla tan cerca de sí, una tortura.

Tragó saliva cuando ella lo abrazó por el cuello y aspiró el olor a limpio de su pelo. Amber olía maravillosamente. Era maravillosa. La agarró con fuerza y sintió que su decisión de no hacerle el amor perdía fuerza ante sus sentimientos.

Su perdición no iba a ser la necesidad de sexo, sino otros sentimientos, otras necesidades, mucho más importantes. La principal: ver cómo se le iluminaba la mirada de deseo por él una última vez.

–Amber –le dijo, deteniéndose en el pasillo, en la puerta de su habitación.

Ella levantó la vista para mirarlo.

–¿Qué?

–Lo siento.

–¿El qué?

–Esto…

En cuanto sus labios tocaron los de ella, Warwick sintió en su interior algo que no había sentido nunca. Fue como si le hubiese explotado el corazón y una nube de emociones creciese en su pecho y se le subiese a la cabeza, haciendo que se sintiese aturdido y desorientado.

Pero pronto su cuerpo respondió, deseándola con urgencia. Le metió la lengua en la boca, oyó que daba un grito ahogado y tuvo que apartarse de ella para respirar.

–No me pidas que pare –le dijo.

Amber no respondió. Tal vez no pudiese hacerlo. También parecía estar aturdida.

Warwick no esperó. La llevó escaleras arriba, subiéndolas de dos en dos. Una vez en su habitación, la tumbó en la cama y allí volvió a

abrazarla y a besarla hasta estar seguro de que ya no le haría parar.

Entonces, empezó a desnudarla muy despacio. Porque así era como siempre le había gustado hacerlo con ella, despacio.

Le quitó la chaqueta con cuidado y luego el resto de la ropa, hasta que se quedó sólo con la sensual ropa interior, y la fea bota que le sujetaba el tobillo roto.

–No vas a necesitarla –le dijo, quitándosela–. ¿Te hago daño?

–No.

Warwick la miró a los ojos y no vio dolor en ellos, sólo deseo.

–Por favor, no hables –le pidió Amber.

Eso le sorprendió, y también le preocupó. ¿Acaso no estaba segura de querer hacerlo?

Era normal que no lo estuviese, pero ya era demasiado tarde.

Después de quitarle la bota, tomó sus manos para ayudarla a sentarse y desabrocharle el sujetador. Amber se puso tensa y notó un escalofrío mientras Warwick se lo quitaba. Éste pensó que el escalofrío no había sido causado por el frío, había dejado la calefacción encendida al marcharse, para que, cuando volviesen, la casa estuviese caliente.

No, era un escalofrío de deseo y excitación.

Le acarició la espalda y notó que volvía a estremecerse. Colocó las almohadas en la cama y la tumbó.

La tentación de jugar con sus maravillosos pechos era muy fuerte, pero no quiso hacerlo tan pronto, todavía tenía que desnudarse él.

La dejó con las braguitas puestas, ya que desnudarla del todo en esos momentos habría sido un error, y empezó a quitarse la ropa.

A Amber le resultó increíblemente erótico, ver a Warwick desvistiéndose así. Era la primera vez que le hacía un striptease. Se sintió aliviada al ver que no se sentía culpable por estar devorándolo con la mirada.

Era un hombre impresionante. Y era suyo. Al menos, por esa noche. Amber no sabía lo que iba a depararle el futuro. Sólo sabía cuál era su presente. Y sabía que Warwick iba a producirle un placer que sólo él sabía darle, un placer al que ninguna mujer se habría podido resistir.

Por un momento, le dio igual quedarse embarazada o no. Lo único que importaba era estar allí con él.

Cuando Warwick se quitó por fin los calzoncillos, Amber abrió muchos los ojos, pero no con miedo. Halagado por su reacción, se tumbó a su lado en la cama y empezó a acariciarle los pezones como a ella le gustaba, primero con los dedos y, después, con la boca. Cuando Amber empezó a arquear la espalda, él bajó con la boca hasta el ombligo, y luego llegó al borde de las braguitas.

Le acarició el muslo y metió la mano por debajo del elástico, y ella tembló incontrolablemente.

Estaba húmeda, muy húmeda.

Warwick apartó la mano y le quitó las braguitas muy despacio, sin dejar de mirarla a los ojos. Después le separó las piernas e hizo que las doblase. Con cuidado, para no hacerle daño en el tobillo, se colocó entre sus muslos y la penetró muy lentamente.

Fue entonces cuando volvió a sentir aquella abrumadora emoción en el pecho y se sintió como si fuese a darle un infarto.

–Dios mío –dijo.

–¿Qué te pasa? –le preguntó Amber.

No le pasaba nada.

Se quedó mirándola a los ojos y supo que así era como se sentía uno cuando se enamoraba.

–No me pasa nada –respondió–. Has hecho que se me corte la respiración.

A Amber se le llenaron los ojos de lágrimas al oír aquello, y volvió a sentirse esperanzada.

–No se te ocurra llorar –le advirtió Warwick.

Ella parpadeó para evitarlo.

–No lo haré, te lo prometo.

–Vamos a disfrutar el uno del otro esta noche, como solíamos hacer.

–De acuerdo.

Pero, en el fondo, Amber sabía que aquella noche era diferente. Esa noche, le estaba engañando. Esa noche, tenía un plan secreto.

Y a pesar de no tener intención de contárselo a Warwick, Amber se dio cuenta de que tal vez la culpa no la dejase disfrutar del sexo como en otras ocasiones. Tal vez tuviese que fingir un orgasmo o dos, algo que no había tenido que hacer nunca antes.

Eso la preocupó, y la puso un poco triste.

–Buena chica –le dijo Warwick, empezando a moverse.

Y Amber no tardó en olvidarse de todas sus preocupaciones. Se centró en las exquisitas sensaciones que Warwick le estaba provocando. Supo que no tendría que fingir el orgasmo.

Se agarró a la colcha, intentando hacer que el placer durase más, pero no sirvió de nada.

Gritó al llegar al clímax y arqueó la espalda justo en el momento en que él llegaba también. Warwick gritó y dejó su semilla dentro de su vientre. Sólo entonces Amber pensó en el hijo que podrían estar gestando. Y, sólo con pensarlo, se sintió eufórica y emocionada. Deseó reír y llorar al mismo tiempo.

Apartó el rostro de él y cerró los ojos con fuerza, con miedo a mirarlo por lo que podría ver.

–Lo siento, Amber –le dijo él, acariciándole la mejilla–. Sé que no es esto lo que querías.

–¡No seas tonto! –exclamó ella, mirándolo–. Es exactamente lo que quería. Me ha costado estar sin sexo tanto como a ti.

Warwick arqueó las cejas.

–¿Significa eso que no te vas a enfadar porque te haya seducido?

–Por Dios santo, Warwick, no me has seducido. Soy tan responsable como tú de lo que acaba de ocurrir. Podría haberme negado en algún momento, pero no lo he hecho. He decidido que quería que me hicieras el amor.

–¿Y vas a dejar que te lo vuelva a hacer? –le preguntó él, moviendo las caderas para recordarle que seguía estando dentro de ella.

Amber recordó de repente que había visto en un programa de televisión acerca de problemas de fertilidad que quedarse embarazada era más una cuestión de calidad y de buscar el momento apropiado que de cantidad.

Se preguntó si hacerlo más de una vez por noche, sería demasiado.

–El que calla, otorga –comentó Warwick, empezando a moverse de nuevo.

Amber se mordió el labio inferior para no gemir. Era una sensación tan maravillosa…

No podía pedirle que parase. No podía. Ya intentaría controlarse más al día siguiente.

Capítulo 16

Extracto sacado del diario de Amber dos semanas después:

Últimamente no he escrito mucho. Supongo que no quería darle demasiadas vueltas a lo que he estado haciendo. No me gusta engañar a nadie. Odio la falsedad, pero ¿qué más podía hacer? No soporto pensar en vivir el resto de mi vida sola, como tía Kate. Necesito un hijo al que amar. Necesito un hijo de Warwick. No obstante, a pesar de haber tenido mucho sexo, tal vez no me haya quedado embarazada, porque no sé cuándo ha sido el día de mi ovulación. Y se me está agotando el tiempo. Warwick me dejará cuando hayan pasado las seis semanas. Me lo dice de vez en cuando, a menudo después de hacer el amor. No sé que voy a decirles a papá y a mamá cuando me deje. Vinieron a verme el domingo y ¿sabes lo que hizo Warwick? Preparar él la cena. Se quedaron impresionados. Mamá hasta admitió que se había equivocado con él, que era evidente que me quería y que al final se casaría conmigo. Eso me hizo pensar y después le pregunté a Warwick por qué se había tomado tantas molestias. Y ¿sabes lo que me contestó? Que porque quería que mis padres viesen que me estaba cuidando, y que yo no era una tonta de remate por haber pasado un año de mi vida viviendo con él. Ésa no era la respuesta que yo esperaba, pero no lloré. No he vuelto a llorar, ni siquiera cuando me ha dolido el tobillo. Por cierto, el tobillo va cada vez mejor. Ya puedo moverme sin el andador, sólo con un bastón. Warwick sigue subiéndome y bajándome las escaleras en brazos, cosa que a mí me parece muy romántica. También me ayuda a ducharme. Como es natural, le dije a Judy que no hacía falta que viniese más. En estos momentos, Warwick está haciendo la compra, pero no tardará en llegar. Yo estoy en la habitación de la tía Kate, porque Warwick me ha dicho que se preocuparía si me dejaba arriba. Creo que acaba de llegar. Tengo que dejar de escribir.

Warwick llamó a Amber al entrar en la casa con las primeras bolsas. No le respondió.

Frunció el ceño, dejó las bolsas sobre la mesa de la cocina y fue a la habitación en la que la había dejado. No estaba allí. Vio que la puerta del baño estaba cerrada.

–¡Amber! ¿Estás ahí? –preguntó.

–Sí –respondió ella con voz débil.

–¿Estás bien?

En esa ocasión, no contestó. Y eso le preocupó, así que se acercó a la puerta del baño.

–Amber, ¿qué te pasa?

–Nada.

Warwick no la creyó. Intentó abrir la puerta, pero no pudo.

–Si no me dices qué te pasa, echaré la puerta abajo. Iba a hacerlo

cuando la puerta se abrió y vio a Amber con el rostro sombrío y los ojos llenos de lágrimas.

–¿Qué te pasa? –le preguntó preocupado.

–No puedo contártelo –dijo ella sollozando.

–¿Por qué no?

–¡Porque no! –le gritó ella, viniéndose abajo por completo.

Warwick la tomó en brazos y la llevó hasta la cama, donde la dejó con cuidado. Ella se tumbó de lado, hecha un ovillo, y cerró los ojos con fuerza.

–¡Vete! –le pidió cuando él se inclinó a acariciarle el pelo–. ¡Vete de aquí!

Warwick jamás se había sentido tan impotente ni tan culpable. Porque sabía muy bien lo que le ocurría a Amber.

Estaba así por él.

No obstante, no se marchó. No podía hacerlo. Tomó una silla y se sentó junto a la cama hasta que Amber dejó de llorar.

–Es por mí, ¿verdad? –le preguntó entonces–. Yo soy la causa de esto.

Ella suspiró profundamente y se giró muy despacio para mirarlo.

–Ojalá pudiese culparte a ti de esto, pero no puedo –respondió–. Es todo culpa mía. He sido yo la que he hecho lo que no debía. Y ahora estoy siendo castigada.

Warwick no tenía ni idea de lo que quería decir.

–¿Castigada? ¿Por qué?

Ella lo miró a los ojos, había culpabilidad en su rostro.

–Cuando me rompí el tobillo –le dijo con voz entrecortada–, dejé de tomar la píldora. Por favor, no digas nada. Deja que termine. Deja que intente explicártelo.

A él se le hizo un nudo en el estómago. No necesitaba ninguna explicación. Sabía por qué Amber no se lo había dicho. Y sabía muy bien lo que había ocurrido.

Sintió lástima de ella, y remordimiento.

–Dejé la píldora porque pensé que habíamos terminado, pero luego me di cuenta de que quería quedarme embarazada –le contó–. Bueno, eso no es del todo cierto. Quería quedarme embarazada de ti. Y sabía que tú jamás accederías si lo sabías. Te prometo que no quería hacerlo para que te casases conmigo ni nada de eso. Jamás haría algo así. Sólo quería quedarme con una parte de ti a la que amar cuando tú te marchases. Siempre he sabido que lo que estaba haciendo no estaba bien, pero uno hace cosas horribles cuando está desesperado. No obstante, no tienes de qué preocuparte –añadió con amargura–. Porque me acaba de venir el periodo. Así que no estoy embarazada. Supongo que te alivia oírlo.

Warwick suspiró con tristeza. Había tenido la esperanza de

alejarse de la vida de Amber sin hacerle demasiado daño, y sin contarle la maldita verdad, pero acababa de darse cuenta de que no iba a ser posible. Sabía que Amber lo amaba. ¿Cómo había podido pensar que hacer el amor con ella y pasar más tiempo a su lado no le haría todavía más daño?

–No me siento aliviado, Amber –le contestó con toda sinceridad–. Me encantaría dejarte embarazada.

–¿De verdad? –le preguntó ella sorprendida, sentándose de un salto.

–Sí, pero eso no va a ocurrir, amor mío.

Amber se preguntó si había oído bien. ¿La había llamado «amor mío»?

Frunció el ceño y se preguntó si Warwick sería estéril. ¿Sería por eso por lo que no quería comprometerse con nadie?

–Lo que voy a contarte te va a sorprender mucho.

Amber lo escuchó.

–No puedo dejarte embarazada porque me hice la vasectomía…

Capítulo 17

LA vasectomía! –exclamó Amber.

–Sí.

–Pero, ¿por qué? –le preguntó con incredulidad–. ¿Y cuándo?

Warwick suspiró.

–Cuando tenía veinte años.

Ella se quedó boquiabierta. No podía creerlo.

–Tengo un gen –continuó él–, lo tienen todos los hombres de nuestra familia. Ahora que lo pienso, sólo somos hombres en mi familia.

Amber parpadeó por fin, pero siguió sin decir nada.

–Mi padre no se suicidó por el juego –añadió Warwick–. Creo que lo hizo porque había empezado a notar los primeros síntomas de su deterioro. Esto es lo que causa ese gen, una demencia temprana, por utilizar un término más técnico. Me enteré de la verdad poco después de la muerte de mi padre. Me lo contó todo mi tía Fenella. Yo sabía que mi tío había tenido demencia antes de morir, pero no sabía que la enfermedad ya hubiese afectado a mi abuelo y a mi bisabuelo. La tía Fenella lo investigó y descubrió que todos habían empezado a perder la cabeza alrededor de los cincuenta años. Me dijo que sólo me lo decía para evitar que yo tuviese hijos y le pasase el gen a otra generación más. Me dijo que había sido una pena que mi padre no lo hubiese sabido antes de tenerme a mí. Al parecer, tío George había tenido sus sospechas y por eso se había negado a tener hijos. Por desgracia, mi padre y él estuvieron años sin hablarse. Mi tía me dijo que sentía darme tan mala noticia, pero que creía que era su obligación hacerlo.

Warwick necesitó tomar aire antes de continuar con su historia.

–Tengo que confesar que no me sentó bien que me lo contase. Y creo que mi padre sospechó lo que iba a ocurrir y por eso llevó una vida tan hedonista. Yo lo comprendo, porque llevo veinte años poniéndome en su piel, y puedo asegurarte que no es una experiencia agradable.

–Oh, Warwick…

–Por favor, no llores, no lo soportaría.

Amber luchó por contener las lágrimas. Y lo consiguió, al menos, en apariencia, porque por dentro sí que estaba llorando. Debía de haber sido horrible descubrir con veinte años que no podría tener una vida larga y feliz, que estaba condenado a perder la cabeza.

No obstante, se dijo que tenía que encontrar el modo de hacer que los años que le quedasen a Warwick fuesen unos años llenos de felicidad.

–Si no tuvieras ese gen –le dijo–, ¿te habrías casado y tendrías

hijos?

–No lo sé Amber, sólo sé que tengo ese gen y que eso no puede cambiarlo nadie.

–¿Estás seguro? ¿Te has hecho alguna prueba? Supongo que tienen pruebas para comprobar esas cosas, ¿no?

Warwick frunció el ceño. La verdad era que no se había hecho ninguna prueba, pero creía lo que su tía Fenella le había dicho.

–No te has hecho ninguna prueba, ¿verdad? –insistió Amber.

–No.

–¿Y por qué no?

–Porque cuando empezaron a hacerse dichas pruebas me pareció que ya… no merecía la pena.

–¿Cómo puedes decir eso? Se sabe que los genes se saltan generaciones. O pueden ser recesivos.

–En mi familia, ese gen no se ha saltado ni una sola generación.

–Tal vez no, pero los milagros ocurren, Warwick. Yo pensé que jamás te enamorarías de mí, pero ha ocurrido, ¿verdad?

–Sí –admitió él.

Y por primera vez en veinte años, notó cómo los ojos se le llenaban de lágrimas. No podía ponerse a llorar.

–Tengo que irme –le dijo, poniéndose en pie bruscamente.

–¡No puedes irte! –le gritó Amber, intentando levantarse de la cama y haciéndose daño en el tobillo.

–¡Por Dios santo! –rugió él, haciendo que volviese a sentarse en la cama–. Sólo voy a la cocina. El helado ha debido de derretirse.

–Me da igual el helado. No voy a permitir que salgas de esta habitación hasta que no me prometas que irás a hacerte las pruebas.

Él suspiró.

–Amber, yo…

–Si me quieres, tienes que prometérmelo.

–¿Y cuando el resultado sea positivo?

–Entonces, estaremos seguros y nos enfrentaremos a ello. Juntos, Warwick. De eso se trata el amor. De estar juntos, para lo bueno y para lo malo.

–Pero yo sólo puedo ofrecerte lo malo.

–Eso no es cierto. Podemos casarnos y tener un hijo. Adoptarlo. Sólo tienes cuarenta años, Warwick. Tienes muchos años de buena vida por delante.

–No más de diez, Amber –le recordó él–. Y, entonces, ¿qué? ¿Me cuidarás hasta que no te reconozca? Sé que jamás me llevarías a una residencia, así que sería una carga para ti hasta el día que me muriese. Lo siento, pero te quiero demasiado para hacerte pasar por eso. Te mereces una vida mejor. Te mereces a un hombre que esté ahí para ti y para tus hijos hasta que éstos crezcan, a un hombre que pueda

hacerte el amor y hacerte feliz.

–Por favor, Warwick –gimió ella–, no lo hagas. No me dejes, por favor.

–Tengo que hacerlo, Amber.

–No. Todavía no. Mira, olvídate del matrimonio y los hijos. Todavía podemos pasar varios años buenos juntos. Podríamos viajar, hacer el amor y… y…

–No, Amber. A largo plazo, lo mejor es que te deje ahora y que tú sigas con tu vida.

–¡No, no, no! –gritó ella–. No lo entiendes. Jamás querré a nadie como te quiero a ti. Jamás me casaré. Me haré vieja en esta casa, sola, como tía Kate.

–Ésa será tu decisión, Amber, pero no tienes por qué morir sola. Estoy seguro de que hay muchos hombres a los que les encantaría darte lo que quieres. ¡Cómo Jim Hansen! Encuentra a un buen hombre, que proceda de una buena familia. Y entérate de cómo es su padre. Asegúrate de que es un hombre sano.

Amber se tapó los oídos con las manos.

–No pienso seguir escuchándote. No vas a marcharte, vas a quedarte y se nos va a ocurrir algo.

Él le quitó las manos de los oídos y la miró a los ojos.

–Lo siento, pero voy a marcharme. Tengo que hacerlo. Voy a guardar la compra en la cocina y, después, haré la maleta y me marcharé. Seguro que Tara y Max te ayudarán. Y tu madre también, si se lo pides.

–¡No! No me dejes, Warwick. Por favor, no me dejes.

–Amber, no me lo pongas todavía más difícil –le pidió él.

Y Amber se dio cuenta de que no podría convencerlo para que se quedase. También se dio cuenta de lo mucho que la quería. Tanto, que prefería sacrificar su propia felicidad a sacrificar la de ella.

–Prométeme una cosa antes de marcharte –le dijo.

–¿El qué?

–Que te harás las pruebas.

–Está bien –accedió Warwick a regañadientes.

–Dame tu palabra –insistió Amber.

–Te doy mi palabra, pero tengo que marcharme.

Capítulo 18

HAS tenido noticias suyas? –le preguntó Tara.

–No –respondió Amber.

Estaban sentadas en la terraza de Tara, tomándose un café, las dos solas. Max se había llevado a los niños a dar un paseo por la playa, ya que hacía un día de sol.

Habían pasado dos semanas desde que Warwick se había marchado. Dos semanas durante las cuales, Amber había pensado y hablado mucho.

Confiar en Tara y Max había sido una sabia decisión. Ellos habían evitado que se deprimiese. No obstante, todavía no se lo había contado a su madre.

–Se supone que ya debe de tener los resultados de las pruebas –comentó Tara.

–Sí, y han debido de ser positivos –dijo ésta.

–Sé que es duro de aceptar, Amber, pero tal vez sea mejor que se haya ido.

–No. Yo podría haberlo hecho feliz si me hubiese dejado.

–Ya le hiciste feliz. Le enseñaste lo que es amar y ser amado.

–Tal vez, pero me da miedo lo que pueda hacer cuando las cosas empiecen a ir mal y no tenga a nadie que lo quiera y lo cuide.

–¿No pensarás que va a suicidarse, como su padre? –inquirió Tara.

–Sé que lo hará –respondió ella, levantándose de repente–. Tengo que encontrarlo. Tengo que hacerle entender que cuando quieres a alguien no puedes olvidarlo así y… ¡Dios mío! –gritó–. ¡Warwick!

Tara siguió su mirada y lo vio andando por la arena, hacia ellas. Estaba con Max y con los niños.

Jasmine llegó corriendo a la terraza, sonriente.

–¡El tío Wawie ha vuelto! –gritó–. Mamá, no se ha ido.

–Eso parece, cariño –comentó Tara.

Amber intentó contener la alegría, tal vez sólo hubiese ido a despedirse de ellos antes de marcharse de Australia. Lo miró a los ojos y no vio excesiva alegría en ellos, sino más bien cansancio.

–Hola, Amber… Tara –dijo él al entrar en la terraza–. Siento presentarme así, pero necesitaba hablar con Amber y no quería hacerlo por teléfono. Y no estabas en casa –dijo, dirigiéndose a ella–. Supuse que estarías aquí.

–Viene casi todas las tardes –le dijo Tara.

–Supongo que no vienes andando por la playa, porque no creo que eso le siente nada bien a tu tobillo –le dijo Warwick a Amber.

Ella sonrió.

–No, vengo en coche –respondió.

–Tara –dijo Max–, Warwick quiere hablar a solas con Amber, ¿qué te parece si subimos a bañar a los niños?

–Yo no quiero bañarme –protestó Jasmine–. Quiero quedarme con el tío Wawie.

–No te preocupes, cielo, seguiré aquí cuando te hayas bañado –le aseguró éste.

–¿De verdad? –le preguntó Amber, sorprendida, cuando se quedaron a solas.

–Sí –respondió él, sentándose a su lado.

–¿Quiere decir eso que el resultado de las pruebas ha sido negativo? ¿Por eso has venido?

–No. Esto no tiene que ver con ninguna prueba.

–Pero te las has hecho, ¿verdad? Me diste tu palabra.

–Sí, me las hice la semana pasada, pero todavía no tengo el resultado.

–Entonces, ¿por qué has vuelto?

–Porque estaba decidido a marcharme de Australia, hasta puse el apartamento en venta, pero anoche me llamó Max, me preguntó qué habría hecho si yo estuviese bien y tú tuvieses ese gen. Y me hizo pensar. La verdad es que no he dormido en toda la noche. Y me he dado cuenta de que, en vez de dejarte ser feliz marchándome, te estaba condenando a la infelicidad desde el principio. Sé que si tú tuvieses el gen, no te dejaría. Por eso, si todavía me quieres, amor mío, si todavía tienes el valor… ¿Me harías el honor de casarte conmigo?

Amber no pudo evitar ponerse a llorar.

En esa ocasión, Warwick no le pidió que no lo hiciese, en su lugar, la abrazó con fuerza. Estaban así cuando sonó su teléfono.

–Maldita sea –murmuró–. Lo siento, cariño.

Buscó el aparato y vio que lo llamaban del laboratorio en el que se había hecho las pruebas.

–Acaba de llegar el resultado y es negativo –le anunció el investigador que, muy interesado por su caso, se había hecho cargo de él.

–¿Está seguro? ¿No puede haber ningún error?

–No puede haber ningún error. Lo he comprobado dos veces. Esto no significa que no vaya a tener demencia, pero tiene las mismas posibilidades de tener eso que cualquier otra persona.

–No puedo creerlo –balbució Warwick.

–Tengo que admitir que, con su historia familiar, a mí también me ha sorprendido. Sólo se me ocurre que su padre no sea en realidad su padre biológico. Son cosas que pasan. En cualquier caso, es una buena noticia, ¿verdad?

–Muy buena, muchas gracias por llamarme.

Warwick colgó el teléfono y miró a Amber.

–Todavía no me lo puedo creer –le dijo, intentando contener la emoción.

–¿Qué ha pasado?

–Era el profesor Jenkins, del laboratorio en el que me hice las pruebas. El resultado es negativo.

–Oh, Warwick, Dios mío, voy a ponerme a llorar otra vez.

–No pasa nada, cariño –le dijo él, abrazándola de nuevo–. Creo que yo también voy a llorar.

Cuando Max volvió al piso de abajo, ya no había nadie llorando, todo eran sonrisas.

–Te ha dicho que sí –le dijo Max a Warwick.

–Sí –respondió éste sonriendo.

–Creo que es una buena excusa para abrir una botella de champán.

–Antes, tengo que contarte que el resultado de las pruebas ha sido negativo –le dijo Warwick.

–¡Vaya! Eso sí que es una buena noticia. Tengo que contársela a Tara de inmediato. ¿Tara? –la llamó–. ¿Sabes qué?

–¿Te das cuenta de lo que significa todo esto, Amber? –le preguntó Warwick a Amber mientras Max iba en busca de su mujer.

–La verdad es que no.

–Que tal vez mi padre no fuese en realidad mi padre. Dadas las circunstancias, creo que debería ir a Londres en busca de mi madre, para hacerle algunas preguntas. ¿Te gustaría acompañarme?

–Por supuesto.

–También aprovecharé el viaje para buscar al mejor especialista para revertir mi vasectomía.

Después de decir aquello, Warwick pensó que jamás olvidaría la expresión de Amber al oír sus palabras.

Capítulo 19

MENOS de una semana después, Amber y Warwick estaban en la puerta de la casa de la madre de éste, en Kensington, esperando a que alguien les abriera.

–¿Cuántos años tiene ahora? –le preguntó Amber mientras esperaban.

–Sesenta –le dijo él–. Tenía veinte cuando yo nací, y veintiuno cuando mi padre se divorció de ella.

–Vaya, qué joven para estar casada y divorciada.

La mujer que abrió la puerta no aparentaba sesenta años, ni siquiera cincuenta, pero, a pesar de su belleza, Gloria Madison jamás había conseguido tener éxito como actriz.

Durante unos segundos, se quedó mirando fijamente a Warwick.

–Dios mío –dijo, llevándose una mano a la garganta–. Eres la viva imagen de él.

–¿De quién? –replicó Warwick en tono frío.

–De tu padre, por supuesto –respondió ella con cierta brusquedad.

–¿Y quién era exactamente mi padre?

–¿Por qué me preguntas eso? ¡Sabes muy bien quién era tu padre!

–¿Podemos entrar, madre? –le preguntó él–. No quiero hablar de algo tan personal en la calle.

–Por supuesto, pero tendréis que daros prisa, porque he quedado con alguien dentro de media hora.

Amber pensó que debía de tratarse de un hombre por la forma en la que iba vestida. Gloria los condujo hasta el salón y los invitó a sentarse en el sofá. Parecía muy nerviosa.

–Warwick quiere hacerse las pruebas de ADN –le dijo Amber– para confirmar que su padre era realmente su padre.

–Supongo que no lo sabes, madre, pero hay un gen en la familia Kincaid que produce una demencia temprana. Papá lo heredó, aunque creo que no lo supo hasta después de que yo naciera, y por eso se suicidó. Los síntomas suelen empezar alrededor de los cincuenta años.

–No sabía nada, ¡qué horror! –dijo ella–. Aunque, creo que te equivocas al pensar que James no lo sabía, Warwick. Por eso hizo lo que hizo.

–¿Y qué hizo? –quiso saber Amber.

Gloria miró a su hijo a los ojos.

–¿Me estás diciendo que, durante todo este tiempo, has creído que habías heredado la enfermedad de tu padre?

–¿Estás admitiendo tú que James Kincaid no era mi padre biológico? –inquirió él.

–Yo… prometí que jamás diría nada. Firmé un contrato. James me pagó mucho dinero por hacer lo que me pidió que hiciese.

–¿Y qué fue eso exactamente?

–Casarme con él y tenerte a ti, pero luego divorciarme y dejarte con él. Me dijo que quería un hijo, pero no una esposa.

–Entonces, James Kincaid era mi padre biológico.

–¡No! Estaba embarazada de cuatro meses cuando conocí a James.

Amber y Warwick la miraron con incredulidad.

–Lo siento mucho –balbució Gloria–. Lo siento muchísimo, pero James jamás me habló de una enfermedad hereditaria.

–Ya –dijo Warwick–. ¿Podrías traerme una copa de whisky o de coñac, madre? Lo que tengas.

–A mí también –dijo Amber.

Su madre volvió con dos copas de coñac y Warwick se dio cuenta de que no estaba enfadado con ella, ni tampoco con su padre biológico, pero tenía curiosidad.

–Cuando has dicho que soy su viva imagen, ¿te referías a mi padre biológico?

–Sí, aunque también te pareces a James. Siempre me atrajeron los hombres altos, morenos y guapos, con ojos azules. Así que todo el mundo creyó que eras hijo de James.

–Entonces, ¿quién es mi verdadero padre?

–Un hombre llamado Alistair Johnson. Era actor… un actor casado. Lo conocí cuando yo tenía diecinueve años y me enamoré perdidamente de él. Me quedé embarazada… y luego conocí a James en una fiesta –les contó–. No le costó nada seducirme y la primera noche que pasamos juntos le confesé que estaba embarazada. Él me dijo que se casaría conmigo y criaría a mi hijo como si fuese suyo, pero sólo si yo desaparecía completamente de escena.

Amber le dio otro trago a su copa para ocultar su sorpresa. ¿Qué tipo de hombre haría algo así?

–Me dijo que había tenido un cáncer de joven y se había quedado estéril, pero ahora que sé la verdad, imagino que se había hecho una vasectomía para no tener hijos. El hombre con el que yo me casé jamás se habría arriesgado a pasarle una enfermedad así a su hijo. James era demasiado inteligente para permitir que eso ocurriese.

Warwick asintió, era lo mismo que había hecho él.

–Pensaréis que hice algo horrible, pero era una época distinta y me pareció la mejor solución. Por si significa algo para ti, te diré que he pensado mucho en ti.

–Y yo en ti –admitió Warwick.

–Supongo que es demasiado tarde para pedirte perdón.

–Sí, es demasiado tarde –dijo él.

–Nunca es demasiado tarde para pedir perdón –intervino Amber–. Es tu madre, Warwick. La abuela de tus futuros hijos. Y yo me niego a marcharme de aquí hasta que hayáis hecho las paces.

Gloria la miró sorprendida y Warwick, molesto. Aunque sabía que ése era el motivo por el que se había enamorado de ella: porque tenía un gran corazón. Y porque era muy testaruda.

Suspiró resignado.

–Está bien, te perdono, madre.

Y, al decir aquello, Warwick se sintió mejor. En realidad, jamás había sentido demasiado rencor por que lo hubiese abandonado. Al fin y al cabo, no la conocía.

Gloria intentó no llorar. Llevaba haciéndolo desde que había abierto la puerta y había visto a su hijo por primera vez en más de treinta y nueve años. Durante ese tiempo, había lamentado el acuerdo al que había llegado con James y se había sentido muy culpable.

–Gracias –le dijo–. Y gracias también a ti –añadió mirando a Amber.

Ésta sonrió, primero a ella y luego a Warwick.

–Tenemos que irnos –dijo entonces él, agarrando a Amber del brazo y poniéndose en pie–. Supongo que tu visita está a punto de llegar.

–No va a venir nadie a verme, era mentira –confesó Gloria.

Y Amber se dio cuenta de que se había puesto así de guapa porque esperaba la llegada de su hijo.

–¿Por qué no invitamos a Gloria a comer, Warwick? –sugirió–. Va siendo hora de que nos conozcamos. Al fin y al cabo, es mi futura suegra.

–¡Os vais a casar! –exclamó Gloria–. Qué bien. Pero no llevas anillo de compromiso.

–Lo tendrá esta noche –comentó Warwick con brusquedad.

–¿Y cuándo será la boda?

–Este verano. En una preciosa playa que hay al norte de Sidney.

–Siempre he querido ir a Australia –comentó su madre.

Amber miró a Warwick, que se encogió de hombros, resignado.

Así pues, en un soleado día a principios de noviembre, en la playa de Wamberal, Amber Roberts se convirtió en la señora de Warwick Kincaid en una ceremonia sencilla a la que asistieron sólo unos pocos amigos y familiares. Max fue el padrino, por supuesto, y Tara la madrina. Y Amber brilló aquel día con un resplandor y una alegría que iba más allá de su belleza física. Warwick se sintió orgulloso de ella.

Después, se celebró una fiesta informal en la piscina de casa de

Max.

Gloria, que había volado a Australia para la ocasión, dijo que había sido la mejor boda a la que había asistido en su vida.

A pesar de haber pasado un día muy feliz, Warwick y Amber se alegraron de poder estar a solas durante la luna de miel, que pasaron en la isla de Whitsunday. Los últimos meses habían sido muy estresantes. Warwick había hecho que le revirtiesen la vasectomía y todavía tenían que ver si la operación había salido bien. Amber aún no se había quedado embarazada y a Warwick le preocupaba no ser capaz de darle lo que más quería en el mundo.

Durante la tercera y última semana de la luna de miel, Amber se hizo una prueba de embarazo. Él la estaba esperando fuera del cuarto de baño.

–¿Y? –le preguntó al verla salir.

–Se ha puesto azul –respondió ella–. Muy azul.

–¿Y qué significa eso?

–Que estoy embarazada, Warwick. ¡Vamos a tener un hijo!

Él se quedó sin habla, con un nudo en la garganta. Amber se acercó a abrazarlo.

–No tienes que decir nada –murmuró, apoyando la cabeza en su pecho–. Sé muy bien cómo te sientes…

Epílogo

Extracto del nuevo diario de Amber, empezado poco antes de cumplir veintisiete años, poco después de convertirse en la señora de Kincaid, y en ser madre de una niña:

Últimamente no he tenido mucho tiempo para escribir. Tener un hijo es… agotador. Pensé que se me daría bien ser madre porque era muy organizada. Cuando me puse de parto, ya habíamos terminado de redecorar la casa de la tía Kate y habíamos convertido una de las habitaciones del piso de arriba en un precioso dormitorio infantil de color rosa, pero poco después de salir del hospital y volver a casa con Kate, empecé a llorar día tras día, sin poder parar. El pobre Warwick no sabía qué hacer. Llamó a Tara, que ha tenido otro bebé. Ella le dijo que necesitaba que me ayudasen temporalmente con el bebé, pero que no fuese una niñera profesional, sino alguien que me quisiera. Así que Warwick llamó a mamá y ella vino enseguida. Al parecer, tengo depresión posparto. Mamá se dio cuenta nada más verme porque ella también la había padecido después de tenerme a mí. Me contó que tía Kate había estado ayudándola durante tres meses. Por suerte, yo no estoy tan mal y la presencia de mi madre en casa ha hecho que nos unamos mucho. Warwick también ha cambiado de opinión acerca de ella. Piensa que es una mujer maravillosa y se pasa el día diciéndolo. Mamá se pone sensible al oírlo y hasta se ha ruborizado una o dos veces. Si no lo hubiese visto con mis propios ojos, jamás lo habría creído. Mañana se marchará a casa y voy a echarla mucho de menos, aunque también va estar bien tener a mi querida Katie para mí sola otra vez. Warwick dice que es idéntica a mí, pero yo creo que tiene los ojos iguales que los de él. Es mucho más larga de lo que era yo, así que va a ser alta… y muy lista. Warwick dice que no va a mimarla demasiado, pero sólo hay que ver los juguetes que le ha comprado ya para saber que la niña va a hacer lo que quiera con él. Siempre pensé que Max quería a sus hijos, pero cuando veo a Warwick con Katie en brazos, hay algo muy especial en sus ojos, algo milagroso.

Y así es como la llama él: su pequeño milagro.

Yo pienso en todo lo que ha pasado y estoy segura de que tiene toda la razón, es un milagro.